This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

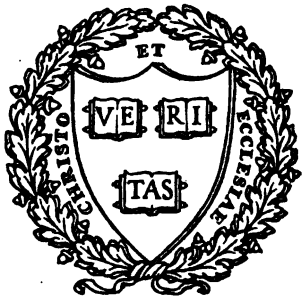
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5952.7.31

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

U: 530.1

NARRACIONES

OBRAS DEL AUTOR

La política de Capa y Espada. Estudio histórico: Un tomo. (Agotada.)

Obras dramáticas.

La torre de Talavera. Drama histórico en un acto y en verso.

Maldades que son justicias. Drama histórico en tres actos y en verso.

El nudo gordiano. Drama en tres actos y en verso (edición XXI).

El cielo ó el suelo. Drama en tres actos y en verso (edición III).

Las esculturas de carne. Drama en tres actos y en verso (edición III).

Las vengadoras (edición primitiva). Drama en tres actos y en prosa.

La vida pública. Drama en cuatro actos y en prosa (edición II).

Las vengadoras. Comedia en tres actos y en prosa (refundida).

EUGENIO SELLÉS

NARRACIONES

PARA LOS CELOSOS.

PARA LOS VIEJOS.—PARA LOS IDEALISTAS.

PARA LOS HOLGAZANES.—PARA LAS SOÑADORAS.

PARA LOS CONFIADOS. — PARA LOS FILÁNTROPOS.

PARA LOS DESCASTADOS.—PARA LOS DIVERTIDOS.

PARA LOS JUZGADORES.

Primer millar.

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

1893

Harvard College Library
AUG 2, 1920
Minot Fund
Span 5952.7.31

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

ESPEJISMOS

—

NARRACIÓN PARA LOS CELOSOS

I

Quién era Juan Pérez?

Si yo hubiera de describir un héroe de novela, podría malgastar cuatro buenas cuartillas de papel, pintando holgadamente las lindezas singulares de su persona y las cualidades extraordinarias de su carácter.

Pero las víctimas del mundo real pueden y suelen ser hombres vulgares, y Juan Pérez lo era tanto como su apellido.

Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, ni feo ni hermoso, ni tonto ni agudo, ni bondadoso ni cruel, ni iracundo ni apacible; de todo y de nada tenía, según los ojos con que se le mirase y como viniera el aire de las circunstancias.

Tales eran sus condiciones físicas y mo-

rales. Su edad, la de veintiocho años; su profesión, la militar, en la cual había llegado al empleo de capitán; sus bienes, ningunos, como no fueran su esposa y su espada, en las cuales tenía puestos todo su amor y todas sus esperanzas.

Juan tenía un defecto y un castigo, ambos en una sola pieza: era celoso, lo cual tampoco es raro en hombre de raza meridional, casado con mujer hermosa y constreñido por obligaciones del oficio marcial á pasar lejos de ella las horas más desocupadas del día y las noches más soñadoras del año.

Pero qué, ¿su esposa daba motivo á los celos? No. Marta era una niña de veintidos abriles, inocente y casta, tan enamorada de su esposo como su esposo de ella. Habían subido al altar por un calvario de cinco años de amor. Cuando se conocieron, eran él alférez, ella pobre; y como su fortuna no bastaba para sostener el decoro matrimonial, el alférez no pensaba sino en llegar á capitán para casarse, y la niña no pensaba sino en casarse para llegar á capitana.

Para ellos terminaban en ese punto luminoso la dicha, la ambición, el sueño dorado de la juventud. Se realizó y tuvieron el despacho de capitán, y boda y casa y libertad.

¡Qué alegres y satisfechos! A su entender no existían en el mundo, ni mujer más her-

mosa, ni marido más gallardo, ni amor más grande, ni casa más linda, ni sueldo mejor gastado, ni porvenir más bello, ni felicidad más duradera, ni ministerio más importante que el de mandar una compañía de un batallón de cazadores.

Todo les parecía excelente, y tenían razón para ello. La alegría interior se refleja en los objetos, como el sol naciente dora y abrillanta las nubes que guardan el rayo en su vientre.

El amor les cegaba y se miraban por dentro.

¡Espejismos de la felicidad!

II

Corría el año de 1874. El batallón donde Juan servía en Madrid, fué destinado á reforzar el ejército del Norte, cuando no eran transcurridos cuatro meses desde la unión de nuestra enamorada pareja.

Si es triste robar un día al plenilunio de miel, ¿qué será separarse cuando una bala puede romper para siempre la cadena de oro de un matrimonio feliz?

La mujer, más temerosa de la fantasía que de la realidad, no cree en los peligros

cuando los ve y los comparte con el sér adorado.

Juan partió para la guerra, y Marta le siguió con el valor de una heroína y la fe de una enamorada.

El batallón fué á guarnecer una villa de Vizcaya. El matrimonio se instaló solo en alegre casa con un huertecillo, colocada al extremo del pueblo y enfrente de aquellas sierras, empenachadas siempre por el humo de los combates. Nido de palomas colgado en el alero de una fortaleza; idilio cantado al borde de la ancha fosa abierta por la discordia fratricida.

Pero la suerte quería separar á Juan de Marta, y la suerte venció de la constancia.

La guerra crecía y tomaba mal sesgo; y como fuera grande la importancia estratégica de aquel pueblo, hubo necesidad de protegerlo con fortificaciones avanzadas.

Juan recibió orden de mandar uno de esos destacamentos. El capitán rabió, lloró Marta; pero ambos callaron, y la orden fué ejecutada apenas recibida.

El capitán Pérez marchó, pues, á su puesto, distante como dos kilómetros de la villa, dejando en ella, porque era imposible llevársela, á Marta al cuidado de su asistente Santiago, mozo gallego más honrado que

guapo, tan duro de puños como de mollera, y tan amante de su capitán como de sus valles de Mondoñedo.

Los esposos soportaron resignados el primer día de separación, tristes el segundo, desesperados el tercero. Al llegar el cuarto, pensaron que podrían verse alguna vez; luego se comunicaron por cartas aquel pensamiento ya conocido de ambos simultáneamente, como por resortes de corriente eléctrica subterránea, y, en conclusión, Juan, dejando por dos horas su avanzada, almorzó con Marta á los ocho días cabales de ausencia.

¡Otra felicidad desvanecida! Advertido de la falta el comandante militar, coronel áspero y ordenancista, reprendió duramente al capitán Pérez por haber abandonado, sin licencia previa, un puesto de honor y de compromiso.

Otros ocho días sin verse; otra batalla de deseos, y al cabo de ella otra victoria de la pasión sobre la Ordenanza.

Esta vez Juan no almorzó, sino comió con su mujer, entrada ya la noche, fiando á la oscuridad el encubrimiento de su segunda falta. Las sombras pueden ocultar todo menos la indiscreción de los tontos, y á Santiago, que lo era mucho, se le fué la lengua con otro asistente compañero de armas; y

por tales caminos, de tonto en tonto, de lengua en lengua, quizá de envidia en envidia, llegó la novedad al oído del coronel. Éste amenazó á Juan con someterlo á un consejo de guerra si reincidía, y pasó efectivamente otra semana sin reincidencia.

Pero por mucho que pese en el soldado el temor de la justicia militar, pesa más la privación en la mocedad; y Juan, apelando al engaño, imaginó visitar á su mujer á las altas horas de la noche y disfrazado con ropas de paisano, que conservaba en su equipaje. Marta había de dejar abierto el postigo del huerto, Juan había de entrar sigilosamente, y Santiago dormiría en aposento retirado. Precauciones razonables contra su indiscreción. La traza fué prevenida por escrito y puesta luego por obra; y Juan, tocada la retreta, entró sin ser visto en su casa, pasó en ella dos horas sin cuidado, y regresó sin peligro á su avanzada.

Continuaron al principio las entrevistas con la sobriedad que el secreto pedía; menudearon después, y como los gustos sin riesgo aficionan, y como lo hurtado es más sabroso que lo propio, acabaron nuestros enamorados por verse las más de las noches á despecho de Santiago, del coronel y de la Ordenanza.

¡Qué amor, qué delicia, qué horas! El idi-

lio se había completado con la emoción de lo romancesco; lo espontáneo tomaba el empuje de lo contenido; lo legítimo la atracción misteriosa de lo vedado.

Casi les parecían más hermosos los azares de la campaña que la tranquilidad respetada de su gabinete de Madrid, y hasta alababan en algunos momentos la digna rectitud del coronel, que así multiplicaba la fuerza y los goces de aquellas honradas voluptuosidades.

¡Espejismos de la privación!

III

Días después de quedarse solo con su capitana, Santiago dió en andar mohino y cabizbajo. El buen asistente, aunque no avisado, y quizá por eso, tenía corazón generoso y grandísimo amor á su capitán, quien, siendo teniente, le había salvado la vida, con riesgo de la propia, en una acción de guerra. Verdad es que precisamente á ese acto heroico debió Juan su apetecido ascenso, con lo cual ambos quedaron pagados, contentos de su fortuna y enlazados por mutua gratitud y recíproca confianza.

Pero por hondo que fuera este cariño, no

bastaba para explicar el cambio de carácter de Santiago. No vivía con su amo, como siempre, es cierto. Sin embargo, entre hombres eso no vale tanto como le costaba. Sólo el amor sexual sabe llorar ausencias, poque sólo él sabe temer olvidos.

¿Por qué, pues, andaba triste? Porque Marta estaba alegre, y esa felicidad solitaria parecía al leal Santiago desacato grave á la ausencia de su capitán.

Ignoraba que las risas del día eran ecos rezagados ó delicias anticipadas de otras risas de la noche. Así es, que cuando más reía Marta, rabiaba más el asistente, y, como la dicha es burlona, cuanto más rabiaba el asistente, más reía la capitana.

—Muy contenta está la señorita—solía decirle.

—¡Es claro!

—Yo lo veo turbio: hace dos semanas que no ve usted á mi capitán.

—Le veo... en sueños.

Semejante contestación pareció cruelmente irónica á Santiago, que se alejó estrujando su gorra de cuartel.

—¡Lo que yo dije!—pensaba otra mañana, mientras servía el almuerzo á Marta, que comía con grande apetito.—¡Cómo engulle y cómo ríe! ¡Si esta conformidad no podía venir de otra cosa! ¡Lástima de capitán,

tan valiente y tan guapo! ¡Y se la pega, no hay remedio! Esta noche he oído rechinar la puerta, y pasos quedos, y conversaciones bajas. Pues yo no aguanto que le engañe, no!

Aquel día fué, como todos, á la avanzada para llevar provisiones á su capitan. Detúvose allí más de lo ordinario, dando vueltas alrededor de Juan y rodeos á su imaginación, como quien busca una fórmula que no encuentra.

—Mi capitán—se aventuró á decirle:—¿por qué no va usted alguna noche al pueblo?

—¿Para que lo cuentes otra vez?

—No, mi capitán; yo le juro, por Santiago, mi patrón, que no hablaré aunque me pongan dentro del cuadro para fusilarme.

—Bueno, bueno: vete, que la señorita estará sola.

—¿Sola?

—¡Claro!

—Es verdad, sola; pues por eso quiero que usted la acompañe. ¡Si viera mi capitán qué guapa está!

—Pues por eso quiero que te vayas—concluyó secamente Juan, volviendo la espalda.

Santiago tornó al pueblo —No me he atrevido á decírselo... ¡Cobarde!—iba pensando por la agreste vereda.—Pero lo que es mañana... Y por si no me atrevo tampoco, lo

mejor será coger al bribón del cortejo, y rajarle esa cara que pone tan alegre á mi señorita.

Juan fué otra noche á su casa, y al salir de ella vió en la calleja vecina á un hombre envuelto en ancho capote. Parecía estar como en espera, y miró tanto y siguió tan tenazmente á Juan, que éste pensó aguardarlo, y lo hubiera hecho si en esta ocasión no le importara más guardar su secreto que su reputación incontestable de valeroso. Así fué que, en lugar de salir directamente al campo, apresuró los pasos, enderezándolos hacia el interior del pueblo para desorientar al curioso, y, ya libre de él, dió un rodeo por los cercados y tomó la vereda que conducía á la avanzada.

Una noche, cabalmente la que siguió á este encuentro, Marta cerró por la parte de fuera el cuarto del asistente, cuando éste se hubo recogido. Y lo hizo de igual modo todas las noches; porque, advertida de que Santiago dormía poco, curioseaba mucho y se levantaba de la cama algunas veces, Marta quiso colocar la discreción del gallego bajo las guardas de una llave, más seguras en lo humano que las del cariño y de la palabra.

—Me encierra—se dijo el asistente.—Ya no hay más que ver. Cuando se quita el

centinela, hay traición dentro del cuartel. No podré matar al pichón de esta paloma; pero lo matará el capitán. Mañana sin falta le contaré lo que hay.

Y, encerrado en su estrecho dormitorio, tuvo toda la noche el oído pegado á la puerta, para percibir mejor los sonidos. Y sintió los mismos pasos, las mismas conversaciones, los mismos rumores.

Convencido, y además soliviantado por la nueva experiencia, declaró lo más delicadamente que supo sus sospechas á Juan, quien dió por primera contestación una carcajada.

—No pensé—osó á decir—que mi capitán tomaría con tanta paciencia estas cosas.

—¿Vienes á contarme lo que sueñas por las noches?

—No sé cómo puedo soñar, porque hace muchas noches que no pego los ojos.

—¿Y por envidia quieres quitarme también el sueño?

—Lo que digo es que la señorita es muy guapa, que está muy sola, que hay muchos gorrones en el pueblo, que en campaña hay siempre hambre, y que cada cual se busca el pan como puede. Y luego... las mujeres... No digo que mi capitana sea mala... pero, en fin...

—En fin, eres muy bruto, y válgate eso

para que no te rompa el sable en las costillas—exclamó con visible enojo Juan, que, sin querer, iba sintiendo todo el peso de las razones que le exponía el asistente.

—Soy muy bruto; pero eso ¿qué tiene que ver para querer á mi capitán y decirle la verdad?

—Contarme tus visiones.

—¿Visiones? Pase que las viera una vez, y dos veces; ¡pero todas las noches!...

—¿Todas las noches? ¡Mentira, majadero! Todas las noches no puede ser.

Juan recordó que no visitaba á Marta sino algunas cada semana.

—Todas, mi capitán. Á menos que me engañen los oídos.

—Pues oye, y mira, y vigila, y cuéntame bien lo que pasa diariamente. Y entiende que te arranco la lengua si cuentas más de lo que han oído las orejas; pero te corto las orejas si no oyen todo lo que pasa.

—Descuide usted; escucharé, y oiré todas las noches.

—Como falte el ruido algunas, pagas caro el susto que me ha dado tu imbecilidad.

Santiago, estimulado doblemente por su sospecha y por las amenazas de su amo, puso empeño decidido en oir los susurros acostumbrados, y, como es consiguiente, no dejó de oir ni una sola noche, durante cua-

tro seguidas, unas veces claros, otras confusos, los rumores que buscaba. Quejido de una puerta ó de una ventana violentadas, compás ligero de unos pasos, roce leve de un vestido, cuchicheo precipitado de un diálogo traidor, choque rápido de dos besos furtivos. Porque el misterio nocturno tiene sonidos extraños, rumores que, aplicados con buena voluntad, corresponden á la voz llamadora del recelo. Ya una ráfaga de viento, ya el suspiro del sueño, el aleteo del pájaro que tropieza en las vidrieras, el murmullo de los árboles del huerto, el saltar de un gato sobre un mueble, el roer de la carcoma en el viejo armario, hasta los ruidos de la calle y las voces lejanas del campo, todo, como caen los rayos de luz en el foco, va á caer en el oído predispuesto, y crece en él con fuerza tan intensa y adquiere volumen tan abultado, que no parece sino que aquellos ecos vagos son los que recelamos y están donde los tememos, y aquellos fantasmas acústicos se mueven á nuestro lado con vida corpórea. Y es que cuando el deseo está en el ánimo y el silencio en el espacio, el ruido sale de nosotros mismos.

¡Espejismos de la suspicacia!

IV

Al conocer la revelación del asistente, Juan sintió como súbita llamarada que, partiendo del corazón, le abrasaba todas las venas. Pasada esta primera sacudida, una reflexión sencilla devolvió la tranquilidad á su ánimo.

—Sí—imaginaba;—Marta tiene, en efecto, un amante que la visita: pero ese amante soy yo; esas visitas son las mías.

Sin embargo, aquella noche no durmió con la tranquilidad acostumbrada.

—Hoy no he ido al pueblo: ¿habrá oído algo Santiago? — Tal fué la primera interrogación mental que se hizo apenas la conciencia rasgó los velos del sueño y antes que los ojos se abrieran á la luz del nuevo día.

Y como no podía contestarse, la melancolía se apoderó de su espíritu y las sombras nublaron su frente.

No quería pensar, y pensaba en las frases de Santiago. La duda había invadido ya su corazón, y él procuraba en vano desalojarla,

ó á lo menos adormecerla: á cada paso le avisaba con punzantes mordeduras.

¡Qué pesadas y angustiosas pasaron las horas hasta la media noche!

Se encaminó entonces á su casa, y al llegar á la tapia del huertecillo por cuya puerta solía entrar, asaltó pérfidamente su memoria el recuerdo de aquella figura encapotada que noches atrás vió en el mismo paraje.

Marta le recibió con amor: Juan se presentó, en cambio, frío y reservado. La frialdad es contagiosa, y pronto se comunicó á Marta.

—No te encuentro como siempre.

—Es que tú vienes como nunca.

—Estás preocupada...

—¡No ha de preocuparme tu despego!

—Y pálida y sombría.

—La sombra está en tus ojos, y refleja en los míos.

Y permanecieron callados durante cinco minutos. Era el primer punto de silencio que habían hallado en la música continua de sus amores.

Pero vinieron miradas casuales ó buscadas, sonrisas y palabras de desagravio, y las sombras se desvanecieron, el amor cobró su compás, y la música terminó como empre, en un beso.

—Mira—dijo Juan poco antes de separarse de Marta,—el postigo del huerto es peligroso.

—No deja de darme cuidado, sobre todo desde que hemos incomunicado á Santiago.

—Hay que cerrar ese postigo.

—Pero tiene solamente un cerrojo; y cerrado por la parte de dentro ¿cómo entrarás? La puerta de la casa da á una calle frecuentada, y pudieras ser visto.

—Pondremos cerradura en el postigo, y me llevaré la llave para abrir desde afuera.

—Convenido. Pero, ¿por qué te asusta ahora lo que tú mismo has ideado?

Juan era, efectivamente, quien había mandado dejar el postigo abierto y franco para sus entradas nocturnas; y no hallando á la mano explicación satisfactoria, refirió el encuentro del encapotado.

Relato tan medroso para las exaltadas imaginaciones femeninas, produjo en la de Marta la emoción que era de esperar.

El terror alteró el reposo de su fisonomía, y Juan, que de intento la miraba, no dejó de observarlo.

—Sí, sí—dijo Marta;—cerraremos el postigo; pero esto es poco, porque la llave, si asegura la casa, no asegura á mi marido cuando anda por esas callejas oscuras y esos senderos solitarios.

—No es posible concertarlo todo: ¡qué hemos de hacer!

—Si quisieras mi tranquilidad, lo hubieras adivinado. ¡Por Dios te pido que no vengas tantas veces, ni á tales horas!

Juan sintió un estremecimiento nervioso. Esa petición, venida de un cariño solícito, tomó ante su vista extraviada el color negro de sus propios recelos.

Juan salió bruscamente de la habitación y de la casa.

—Tiene miedo—pensaba.—¿Por mí ó por ella? El miedo quiere compañía, no soledad; y sin embargo, Marta prefiere alejarme. Teme, sí, pero teme que yo la vea demasiado. La molesto: ¡quizá le estorbo!

Y aquella noche pidió en vano calma y olvido al sueño. Las frases de Santiago, resonando tenazmente en el oído; la figura del hombre desconocido puesta siempre delante de los ojos; la frialdad y las palabras de Marta clavadas en el corazón, formaron en él una tempestad: tempestad de espumas, es cierto, pero que ahogan, porque ofuscando la vista impiden llegar á tierra firme. Y como las oleadas avanzan y retroceden por un mismo impulso, así la imaginación perturbada de Juan buscaba y destruía por sí misma la razón de los últimos sucesos.

—Ha encerrado á Santiago como á testigo peligroso que pudiera convertirse en delator... Habrá adivinado sus sospechas y revelaciones... Verdad es que lo incomunicó de acuerdo conmigo. Pero ella lo propuso, ella misma. La lealtad es huésped incómodo al lado de la infidelidad. Aquel hombre que me siguió, que acechaba junto á las tapias del huerto, podía espiarme por orden del coronel para averiguar si yo abandono mi puesto. Pero, si fuera así, ¿cómo no he sentido ya el peso de la Ordenanza? Van pasados algunos días, y nada revela que sea conocida mi falta. Luego aquel hombre no me buscaba á mí, buscaba la puerta de mi casa, y me siguió hasta cerciorarse de mi alejamiento. ¡Ah! Quizá ignoraba que yo estuviese allí aquella noche; tal vez una seña mal entendida le hizo equivocar el infame turno que le corresponde en mi lecho. ¡Y no lo conozco, no lo veo! ¡Ni puedo ahogarle!

—Mi capitán—le decía pocas horas después Santiago,—estoy seguro de ello; alguien entra en casa.

—Pero ¿todas las noches?

—Todas: unas veces mayor, otras menor, siempre siento ruido desde mi cuarto.

—Y durante el día ¿qué ves?

—Nada.

—¿Entra alguien en casa?

—Nadie.

Los celos ciertos, los celos que han encontrado su objeto, pueden llegar al crimen, porque tienen un término real, la venganza. Pero los celos de lo desconocido llevan directamente á la locura, porque al intentar satisfacerse, no hallan sino fantasmas impalpables que rinden las fuerzas del alma y escapan burlonamente á las fuerzas de la carne. Y el pobre capitán batallaba en el vacío.

¿Habéis visto esas bandadas de pájaros que suben, bajan y giran en el aire, siguiendo siempre el capricho de uno de ellos que hace punta y guión? Pues habéis visto el interior de un espíritu apasionado. Así vuelan por él los pensamientos. Cuando la idea capital toma una dirección caprichosa, todas las demás la siguen, y todas las impresiones convergen hacia un punto del horizonte, formando la gran pirámide de fantasías que, comenzada por el sacudimiento leve de una pluma, acaba por nublar el sol de la evidencia.

Juan se había fijado desde luego en el desvío con que, á su parecer, le trataba su esposa, cuyo rostro, cuyas conversaciones no ofrecían ya el aspecto alegre é ingenuo que hasta entonces habían tenido.

Y en vez de indagar motivos y provocar explicaciones para poner en claro la verdad, y las cosas en su cauce natural, Juan, dando por averiguada la razón, visitaba á Marta, más que como esposo amante, como observador frío que va á estudiar movimientos, disecar palabras y sorprender secretos del corazón. Una noche, al entrar en su casa, advirtió en los párpados de Marta señales de llanto reciente.

—Has llorado—le dijo.

Y como la pobre niña quisiera negarlo, Juan reflexionó maliciosamente que sólo hay interés en ocultar el agua cuando no viene de fuente pura.

—Tus ojos están todavía húmedos: si hubieras sentido dolores míos, ¿por qué negarlo?

—Pues bien; he llorado... porque ya no me quieres.

—La respuesta me hubiese satisfecho antes, por espontánea; pero no me convence después de haber abierto yo mismo el camino á la disculpa.

—¿Disculpa? ¿De qué?

—Ya es tarde para recoger mentiras escapadas. Cállate y déjame.

Marta, no acostumbrada á tales durezas de tono y ademán, desistió de buscar en su marido consuelos que no encontraba.

—Estos pesares—se decía Juan,—no sentidos hasta ahora, responden claramente á emociones también nuevas en ella. Si en nuestra situación ó nuestra fortuna no hay cambio conocido por donde venga el dolor, ¿quién duda que la raíz de él está fuera de nosotros?

Marta había llorado, efectivamente, porque no veía á Juan tan enamorado como antes. Y lloró muchas veces; y como las tristezas de Marta nacían del enojo de Juan, y el enojo de Juan de las tristezas de Marta, formóse una continuidad sin solución, círculo eterno, laberinto sin salida donde se perdían para siempre la ventura y la esperanza de aquellas dos almas que se iban alejando recíprocamente por exceso de amor.

Otra noche Marta acogió á Juan con animación y risas inusitadas. Su risa tenía algo de nerviosa, su animación algo de febril.

—Hoy te encuentro demasiado alegre.

—Compensaciones, querido mío, compensaciones: en cambio anteayer me encontraste demasiado triste.

—Y hoy no te ha convenido parecérmelo: alegría premeditada: ¿no es esto lo que quieres decir?

—Está visto—pensaba Juan;—ha advertido que yo sospechaba de su melancolía, y la disimula.

—Este placer es tan grande, tan íntimo, tan justo como lo sería el tuyo si supieras lo que yo me sé.

Marta pronunció las últimas palabras despacio y bajando la voz y los ojos.

Había en su actitud una como grata violencia, y en su rostro y su acento los matices propios de esas costosas revelaciones deseadas por el amor, pero temidas por el pudor de la mujer. Y después de todos los rodeos convenientes dió á entender cómo sentía en su seno los estremecimientos y en su naturaleza las transformaciones de la maternidad.

—Es, en efecto, justa—sobre todo por rara—la alegría de encontrarse con un hijo futuro, cuando once meses estériles de matrimonio habían desvanecido casi nuestras esperanzas de sucesión. Placer doble, puesto que se ganan á la par una esperanza y un hijo.

Juan dió á estas frases un sabor irónico, que la pobre Marta, aturdida por la felicidad, no pudo apreciar en aquellos momentos.

—La Providencia—continuó—ha sido aquí más generosa que en Madrid, concediendo á este amor, interrumpido siempre por los azares guerreros, el fruto bendito que había negado antes á la primera continua embriaguez de nuestra luna de miel.

—Acuérdate—replicó Marta inocentemente—de mi amiga Clara, la mujer del brigadier. En Madrid, durante los tres primeros años de su matrimonio, no logró hijos y los tuvo apenas salió de allí con su marido, que fué á mandar su brigada de Navarra. He oído decir que la mudanza de clima suele ser fecunda. El aire puro de estas montañas, la actividad del ejercicio campestre, el cambio de aguas, la novedad de esta vida...

—¡Oh! sí, el cambio... la novedad... es indudable... producen milagros. Estoy convencido.

Aquella noche Juan lloró con el llanto de las grandes tormentas morales, semejante á los grandes desbordamientos de los ríos que arrastran mezcladas las aguas limpias de su manantial con el cieno de sus remansos y las malezas de sus orillas, todo revuelto en torrente asolador. Así, por sus ojos se desbordaban confundidas lágrimas puras de su amor engañado y de sus ilusiones muertas, lágrimas amargas de su infortunio y abrasadoras de sus celos, cieno de sus rencores y de su venganza: pena, desesperación y coraje en una sola corriente.

Al otro día, muy de mañana, recibió orden de presentarse al comandante militar, el cual le comunicó instrucciones estrechas tocantes al servicio, porque la facción car-

lista se aproximaba y era de temer un ataque de ella.

El coronel, considerando quizá los sacrificios pasados y los riesgos próximos, concedió espontáneamente á su subordinado, ya que estaba en el pueblo, permiso para pasar una hora al lado de su esposa.

La visita extraordinaria de Juan, cuya venida ignoraba Marta, produjo en ella el sobrecogimiento de todo lo inesperado, sea alegre ó triste; y Juan, creyendo ver en esta sorpresa natural la contrariedad de una visita inoportuna ó tal vez el miedo acusador de una traición descubierta, se dejó arrebatar por la ira, pronunciando frases que sublevaron la dignidad de la esposa honrada. Estalló, pues, la primer reyerta conyugal, sobrevinieron las reconvenciones, salieron al aire los celos comprimidos en el corazón, sonaron amenazas, se desbordaron las iras por los labios de Juan y las lágrimas por los ojos de Marta, y todo fué visto ú oído por la curiosidad de ese público dispuesto siempre á detener el paso ocioso ante el escándalo ó aplicar la oreja impertinente á las discordias del hogar.

Y si las pasiones propias publican á voces sus secretos, ¿cómo y por qué han de pedir discreción á los extraños? La maledicencia juzga que le pertenecen como cosa suya los

jirones de honra que se le vienen á la mano, y los utiliza por derecho de hallazgo, como andrajo recogido en mitad de la calle.

Desde aquel día la calumnia hincó el diente en la reputación del matrimonio, sobre cuya vida hacían los murmuradores más piadosos el siguiente razonamiento lógico: "Nada hemos visto; pero cuando el mismo capitán Pérez duda de su esposa, sus razones tendrá para ello.„

Y—¡lealtad funesta!—Santiago, eco fiel de sus sospechas y de las ajenas, transmitió á su amo las hablillas del pueblo como para justificar con ellas sus propios recelos y observaciones.

La sospecha lanzada al viento por los labios de Juan, volvía á sus oídos por el largo rodeo del mundo y del tiempo, crecida ya é hinchada al contacto de las mil lenguas de la maledicencia, como hinchan la carne las picaduras de la víbora.

—Santiago, ya lo has visto,—dijo Juan á su asistente:—he tenido calma de sobra para buscar la certeza de mi desgracia; la he encontrado, y no hay que aguardar más. Tú me quieres; lo has demostrado ayudándome á descubrir; mereces ayudarme á castigar.

—¿Cómo será, si sigo encerrado por las noches?

—Conviene que sigas encerrado, que aparentes confianza y descuido, que dejes libertad á los traidores; cualquier cambio les pondría en guardia y ahuyentaría la caza.

La ventana de tu cuarto da á la calle, y desde el piso de la calle á la ventana hay poco espacio; además, eres fuerte y ágil: ten prevenida una buena cuerda para descolgarte el día que yo te avise. Hasta entonces te encargo más calma, más disimulo que nunca.„

Y Juan, consecuente con esta consigna, siguió visitando á su mujer como si nada hubiese sucedido, como si nada intentase contra ella; pero siempre observándola á través de los cristales ahumados de la desconfianza.

¿Le recibía llorando? Remordimientos. ¿Le recibía alegre y cariñosa? Perfidia y afectación. ¿Tranquila? Falsedad. ¿Vestida con abandono? No había tenido tiempo para adornarse. ¿Adornada? Para complacer apetitos criminales.

En la mirada, en las palabras, en la actitud, en el color, ya pálido ó ya subido del rostro, en todo veía y encontraba revelaciones nuevas, cuando no voluptuosidades encendidas en el fuego abrasador de las pasiones reprobadas.

Así, el viajero que atraviesa de noche vastas llanuras de arena, limpias de lodo con que mancharse y de piedras en que tropezar, avanza con terror, creyendo sumergirse á cada paso en profundos lagos fingidos por la sábana plateada que la luna tiende sobre el haz de la tierra.

Juan, en efecto, se ahogaba en los esplendores de la luna.

¡Espejismos de los celos!

V

Juan iba al pueblo casi todas las noches. En una de ellas, y no bien se había alejado doscientos pasos de su avanzada, nuestro capitán sintió, á la parte derecha del sendero por donde caminaba, ruido muy semejante al que producen los jabalíes cuando corren entre las jaras.

Aquel ruido no podía, sin embargo, proceder de ninguna especie de alimañas; porque aunque en otro tiempo la caza abundó por tales parajes, el estrépito de la guerra la había obligado á la sazón á buscar guaridas más solitarias y seguras, ahuyentándola de aquellas escabrosidades, visitadas constantemente por las guerrillas carlistas,

pisadas palmo á palmo por las columnas liberales, y escandalizadas siempre por las cornetas y el tiroteo de ambos ejércitos.

Atento á estas razones, Juan se detuvo y escuchó: en el monte se movía algo indudablemente. La noche estaba muy oscura, como bien elegida para una sorpresa, y era imposible cerciorarse de la verdad por otro camino que el de los oídos. Así fué que Juan recogió en ellos todas sus potencias y facultades, y aplicándolos cuidadosamente, pudo conocer que no uno, sino muchos seres vivos iban por diversas partes á la vez rompiendo la maleza del monte bajo. Juan previno su revólver, y se guareció de una madroñera al lado del camino, para no quedar al descubierto en caso de una sorpresa traidora. ¡Cuál no sería la suya cuando á ocho pasos, y en un claro del matorral, vió la figura de un carlista, cuyo uniforme y cuya boina distinguió bien, porque lo escaso de la distancia suplía á lo grande de la oscuridad! Juan, parapetado detrás de las matas, podía tender en tierra á aquel hombre y á otros cinco que le siguieran. Pero entretanto, los demás sorprenderían infaliblemente al destacamento, y la hazaña y el sacrificio cierto del bravo capitán habrían sido inútiles para su propio deber y para el provecho de las armas liberales.

Esto mismo pensó, sin duda, y en vez de hostilizar á los aparecidos, encorvó el cuerpo para no ser visto, y se corrió á lo largo de la senda hasta el cuerpo de guardia de la avanzada. Dió la voz de alarma á los soldados, despertó á sablazos á los dormidos, y en menos que se tarda en referirlo, se puso en defensa la compañía, con tanta oportunidad, que en aquel momento mismo el centinela colocado en la trinchera hacía fuego contra un grupo enemigo que, á pocos pasos de él, saltó de entre las sombras. Gracias al feliz suceso de las deserciones nocturnas de nuestro capitán, el ataque fué rechazado, evitándose una sorpresa que estuvo á punto de prosperar.

Pero ¿qué relación tienen los acontecimientos de la vida militar del capitán Pérez con las desgracias de su vida íntima? Véase lo que sucedía en el pueblo, y júzguese después. Apenas se dejaron oir las primeras descargas de fusilería, cuyos ecos, repetidos por las quebradas del terreno, llegaron con doble estruendo á la villa, el coronel saltó del lecho; las cornetas, que pocas horas antes habían tocado silencio, tocaron generala; los ordenanzas corrieron de una parte á otra llevando órdenes y despertando á jefes y oficiales; los soldados salieron de sus alojamientos, unos medio dormidos,

todos á medio vestir; acudieron á sus banderas, formaron con la incorrección propia del apresuramiento en calles y plazas, y en diez minutos aquel recinto, antes silencioso y desierto, quedó trocado en un campamento animado por ese desorden nervioso, mitad miedo y mitad deseo del peligro, que precede á todo combate en la vida de campaña. El tráfago y la baraúnda de la soldadesca cundieron al paisanaje, y no hubo vecino que no se pusiera en pie repentinamente, movidos unos por la curiosidad y los más por el terror.

Una mujer se adelantó á todos en salir á la calle: esa no tuvo que despertarse, porque no estaba dormida, ni tuvo que vestirse, porque no estaba desnuda. Era Marta, que aguardaba á su marido. Santiago, que velaba también, al conocer que el tiroteo procedía del destacamento de su capitán, se descolgó de la ventana por la cuerda prevenida, y él y los oficiales de órdenes que primeramente salieron á la calle, hallaron ya en ella á Marta.

Y como nadie podía, y Marta no quería explicar que estuviese desvelada y vestida en su casa á tales horas, pasó por artículo de fe que el tiroteo la había sorprendido fuera y muy lejos de ella; porque nadie entendía cómo, estando dormida, pudo en tan

breve tiempo presentarse sin los descuidos y señales propios de un aliño improvisado. Las mismas gentes que la hallaron tan compuesta de traje como descompuesta de rostro, la impidieron salir, como ella quería imprudentemente, al campo en busca de su marido. Una fuerte columna fué en auxilio de la avanzada, y con ella Santiago á ver á su capitán.

Acabada la escaramuza y venida la mañana, Juan observó entre los oficiales llegados del pueblo, cuchicheos, sonrisas maliciosas y hasta pullas, que le encendían la sangre. Decíase que Marta había sido hallada en la calle antes que ninguna otra persona; estaban en la corriente calumniadora que envolvía la reputación de aquella mujer inocente, y la caridad que muerde, los amigos misericordiosos no saben perdonar ni al camarada por quien otras veces saben arriesgar la vida.

Para complemento de la obra fatal, Santiago explicó á su capitán la causa de aquellas murmuraciones, refiriéndole el suceso de la noche pasada.

—¡Ah! ¿Conque arrastra por esas calles mi honor mientras yo peleo aquí por ganarlo? Pues bien; esta noche tiraré mi honor militar por vengar el privado. Espérame á las doce, Santiago.

En efecto; Juan estaba á aquella hora delante de su casa. Pero no entró, como solía. Llegado á la tapia del huerto, se detuvo en la puerta, la reconoció para cerciorarse de que estaba cerrada; siguió por la calleja, parándose y mirando cuidadosamente á las ventanas de la casa; dobló la esquina que formaban las dos fachadas de ella, y quedó largo espacio rondando su morada, oculto unas veces en los huecos de las puertas vecinas, y otras veces en las sombras de la calle, que eran espesas.

Por su parte, Marta, sobresaltada por los sucesos de la noche anterior, no se había acostado, en espera de los que pudieran sobrevenir. Ni la inquietud la hubiera dejado dormir aunque ella lo pretendiera. Desasosegada y nerviosa, no podía parar dos minutos en una habitación, ni dos segundos en una postura. Se levantaba y se sentaba, iba y venía de la alcoba á la sala, y de la sala al balcón abierto frente á las sierras, que ocultaban entre sus riscos el destacamento de Juan. Desde allí, miraba y nada veía, y escuchaba conteniendo la respiración, para percibir mejor todos los rumores, que, por leves que fuesen, le sonaban á descargas lejanas de fusilería.

Una de las veces que Marta salió al balcón, Juan, que seguía vigilando en los alre-

dedores de la casa, sintió el ruido que produjo, al abrirse, la vidriera. Oculto tras una esquina, vió aparecer el busto de Marta, que se dibujaba claramente en el cuadro de luz proyectada de la parte de adentro de la sala. Marta miró al campo, después á la calle, y desapareció, cerrando otra vez el balcón.

—No me espera—se dijo Juan,—y sin embargo está despierta. Sabe que hoy no puedo, ó al menos no debo venir, y está vestida. O espera á alguien, ó explora la calle para asegurar la salida del que esté dentro: quizá para salir ella misma, como anoche.

Entonces se corrió hacia la calleja, al pie de la ventana del cuarto de Santiago, y arrojó una piedrecilla á los cristales. Un minuto después, la ventana fué abierta con cuidado y cayó de ella una cuerda anudada, por la cual Juan se encaramó ágilmente y subió al aposento de Santiago. Desde allí, sumergidos en las tinieblas y en el silencio, capitán y asistente pudieron percibir murmullos confusos, pasos leves, roce de vestidos, abrir y cerrar de puertas, todos aquellos ruidos de que hablaba el asistente á su capitán.

—Esta es la ocasión: vamos—dijo Juan.

Y sacando fácilmente, porque ya estaban

arrancados de antemano por Santiago, los clavos de la cerradura, la levantó, dejando franca la puerta, por donde ambos salieron descalzos, para no ser oídos, al pasillo que comunicaba con el resto de la casa. Juan marchaba delante de Santiago por aquellas habitaciones sin luz, cuyo plano conocía perfectamente. El pasillo tenía tres huecos. El primero, contando desde el cuarto de Santiago, correspondía á la escalera que llevaba á las habitaciones bajas y al portal de la casa. En el segundo hueco se abría otro pasillo, que terminaba en la alcoba de Marta. El tercer hueco daba ingreso á la sala, y ésta á un gabinete que comunicaba con la misma alcoba, cuya otra puerta salía al segundo pasillo antes señalado. Ni la arquitectura ni el mueblaje de estos aposentos tenían nada de particular. Es de mencionar—y esto no por extraordinario, sino por la importancia capital que tiene en los sucesos presentes—un armario de luna que, colocado en la alcoba frente á la puerta falsa, se dejaba ver desde el vértice de ambos pasillos. La luz de la sala, penetrando por las vidrieras de la alcoba, cubría con una gran faja luminosa el espejo del armario: lo demás quedaba en la oscuridad, de suerte que, mirando desde la parte de afuera, no se podía, á primera vista, precisar si

aquel fondo claro era espejo, luz ó puerta de otro aposento.

Juan llegó al sitio en que confluían los dos pasillos, como para entrar en la sala.

Ansioso de mirar y aterrado por lo que esperaba ver, resuelto á matar y á morir, y sintiendo menos morir que matar, su espíritu se hallaba en esa situación suprema en que no obran libremente las facultades perturbadas, en que los oídos no oyen lo que suena ni los ojos ven lo que existe; en esa que pudiera llamarse locura de los sentidos, porque en ellos la alucinación puede y habla más que la realidad.

Antes de entrar en la sala, se detuvo involuntariamente, volviendo la cabeza á la derecha, para dejar una última mirada en aquel nido, donde había soñado tanto amor y tanta felicidad, y ahora iba en busca del crimen y en espera del infortunio.

Y ¡cuál no sería su desesperación al ver en el fondo de la alcoba la figura de un hombre vestido con largo capote de paisano! Miróle Juan con rabia, y con rabia se agitó aquella figura, como si, en vez de esconderse, le provocara. Dió Juan un paso hacia la alcoba, y la figura dió otro hacia el pasillo, como si, en vez de temer, se burlara.

Santiago, que quedaba muy detrás y fue-

ra de la zona de luz donde se movía su capitán, dijo á éste:

—¡Ese, ese es el encapotado que ví en la calleja aquella noche!

Juan, revólver en mano, iba á lanzarse sobre aquel hombre, cuando sonaron dos tiros de fusil en las avanzadas del pueblo.

Oirlos, abandonar el balcón donde estaba, atravesar la sala y el pasillo, bajar á saltos la escalera y hallarse en el portal, fué para Marta obra tan breve que no dió á Juan tiempo para cerrar el paso á su mujer. Siguióla, sin embargo, y la asió en el momento en que ella descorría el cerrojo de la puerta de la calle.

—¡Me has visto y quieres escaparte, miserable!—gritó fuera de sí Juan, afianzando por los cabellos á su esposa, la cual, sobrecogida de terror no pudo gritar.

Acaso conoció la voz de su marido; pero la sorpresa, el sitio, la ocasión, la hora, la oscuridad, el grito estridente que oyó, la brutalidad de la acometida, el mismo dolor físico del golpe recibido, paralizaron su ánimo y sus sentidos, hasta tal extremo que, aunque quiso contestar, garganta y lengua se negaron por el pronto á obedecer el mandato de la voluntad.

—¡Te has perdido y me has perdido!—añadió Juan.

—¿Qué vas á hacer, Juan de mi alma? exclamó entonces Marta, con acento que expresaba dolor de la injusticia, antes que miedo de la muerte.

—¡Matarte, infame!

—¡Juan, por Dios! Por *tu* hijo que llevo en mis entrañas!

—¡Y qué tengo yo que ver con el hijo de tus vicios! respondió salvajemente Juan, á quien enardeció más, en vez de aplacarlo, aquel recuerdo. Y sin soltar su presa ni dar espacio á más palabras, puso el cañón del revólver en la cabeza de Marta y disparó. La desdichada cayó pesadamente sobre las losas del portal.

—¡Ahora él!—dijo Juan, gateando atropelladamente con pies y manos por las escaleras, para llegar más pronto al piso principal. Y llegó al mismo pasillo, y miró á la misma alcoba, y vió en ella la misma faja de luz, y en el fondo la misma figura de antes.

El bulto, apenas vió á Juan, se movió y avanzó hacia él como él avanzaba hacia la figura, hasta encontrarse ambos frente á frente á cuatro pasos de distancia. Entonces Juan disparó el segundo tiró de su revólver. Con el estruendo del disparo coincidió otro estrépito dentro de la alcoba; ese estrépito chirriante que producen los cris-

tales al quebrarse. La figura amenazadora desapareció repentinamente, no como caída al suelo, sino como desvanecida en el aire.

Juan entró en la alcoba, buscó por todas partes con la rapidez del vértigo, y no encontró persona viva ni muerta; la alcoba estaba vacía, y, sin embargo, nadie había salido de ella.

Al mismo tiempo Santiago acercó la lámpara que alumbraba la sala vecina, y ambos tropezaron entonces con grandes trozos de cristal rotos y esparcidos al pie del armario de luna. El armario conservaba solamente algunos jirones puntiagudos de su antiguo espejo. El resto había caído deshecho en cien pedazos por la bala de Juan.

Éste conoció entonces que la figura del soñado amante era su propia figura, reproducida en el espejo, cuyos despojos relucientes fueron como reverberos que arrojaron vivas haces de luz en la oscurecida conciencia de Juan.

Y caídos los velos, el infeliz esposo penetró espantado en la terrible realidad de aquella tragedia. Concertando fechas y circunstancias, dedujo que la noche en que Santiago encontró á un hombre junto á la casa, pudiera ser la misma noche en que él huyó de otro; recordó que vestía en aquella sazón el capote de paisano y el sombre

ro que Santiago acababa de reconocer en el espejo, y concluyó por cerciorarse de que no otra, sino su propia persona era la que el buen asistente persiguió en la calleja. Comprendió que los rumores, pasos, cuchicheos y besos oídos y revelados por Santiago, eran los rumores que él producía al entrar secretamente en su casa, los pasos de sus pies, los cuchicheos de sus conversaciones nocturnas, los besos que sus labios ponían en los de su enamorada mujer. Vió, en suma, que se había asustado de su sombra, que él había sido su propio rival, y que abrasado por celos de sí mismo, al disparar su revólver, había apuntado á su corazón, hiriéndolo de muerte.

Juan quedó atónito y mudo: salieron después gruesas lágrimas de sus ojos y gritos de loco de su garganta, y con la lámpara en una mano y el revólver en la otra, se precipitó hacia el portal.

—¡Marta, mi Marta adorada; esposa de mi corazón, lévantate, háblame, perdóname!—exclamó arrodillado junto á su mujer, oprimiéndola entre sus brazos, sacudiendo su cuerpo para llamarlo á la vida, y besando sus labios, tintos en sangre, y sus ojos abiertos y vidriados.

Pero ni aquellos oídos oían, ni aquella boca contestaba, ni aquellos ojos veían aun-

que miraban. Juan levantó entre sus brazos y probó á incorporar aquella carne inerte, que se dobló y cayó otra vez sobre el pecho de Juan. Era una masa muerta, que sólo conservaba el calor de la vida que por ella había pasado, así como queda un último reflejo de sol en el ocaso, cuando la noche ha invadido ya la tierra.

Persuadido de la realidad, el infortunado esposo estrechó contra su pecho aquel cuerpo sacrificado, juntó su boca con la suya y se aplicó el revólver en la frente.

Oyóse una detonación sorda, y los dos cuerpos se desplomaron en el suelo.

Pero ¿cómo Juan no se reconoció en el espejo de su alcoba? Porque no entró en ella solo.

Le acompañaban las sugestiones del Yago inocente de esta historia, y además la pasión de sus celos, predispuesta, por obra del extravío, á ver lo que buscaba, existiera ó no.

Iba con un prejuicio formado: el de encontrar allí un hombre, y tenía que encontrarlo, si no verdadero, fingido por las alucinaciones del espíritu.

En toda pasión extremada hay algo de locura, y en toda locura algo de trastorno físico, por donde las perturbaciones morales se comunican á los sentidos. Cuando

por impresión constante, buena ó mala, de celos ó de esperanza, de temor ó de deseo, una imagen se posa en el ánimo, el espíritu la envía á la retina, la retina á lo exterior, y de lo exterior vuelve por círculo misterioso á los ojos, hecha carne. Desde entonces la imagen va y viene con nosotros, y la vemos donde quiera que miramos, siempre fija, siempre clara, siempre delante, porque cabalga, no en el aire, sino en el espíritu, y el espíritu se adelanta á la materia.

¡Espejismos de los ojos!

VI

Santiago permaneció clavado en su sitio, mirando sin pestañear los dos cadáveres. Entonces comenzó á darse cuenta de la enormidad de su error y de las consecuencias de su estúpida suspicacia; y considerando que había sido causa principal de todo, pensó un momento, dar también como desahogo de su conciencia y redención de su culpa, su vida á aquella catástrofe de los amores imprudentes.

Y lo hubiera puesto por obra si no se le ocurriera, por fortuna, una idea delicada, [illegible]so la primera de' tal linaje que se apo-

sentaba en su cerebro: la de morir, sí, pero no con muerte inútil, sino salvando antes el honor militar de su capitán, ya que le había hecho perder dicha, esposa y vida.

Santiago discurrió, con acertado juicio, que al día siguiente las lenguas de la maledicencia podrían decir que el capitán Pérez había desertado de su puesto cuando lo atacaban los carlistas, para venir á perecer como un celoso cobarde en su casa, y tal vez á manos del amante de su mujer.

El asistente resolvió prestar el último servicio posible á su capitán. Así fué que, despojándole del capote de paisano que vestía sobre el uniforme, cargó el cadáver en los hombros, no sin vendar antes con un pañuelo la horadada frente, para que la sangre que aún manaba de ella, no delatase con su rastro el camino que llevaba.

En esta forma salió Santiago al campo, tomó la senda del monte, y veinte minutos después ponía en tierra su fúnebre carga, como á cien pasos de la caseta que fué alojamiento del capitán.

Entretanto el tiroteo, comenzado por los disparos oídos media hora antes en el pueblo, había arreciado hasta convertirse en formalísimo combate, presentado por la facción en toda la línea de trincheras y avanzadas de la sierra.

Á pesar de lo mortífero del fuego, Santiago había conseguido llegar impunemente—gracias á las últimas sombras de la noche—á aquel sitio, que era el de mayor peligro, y por tal, buscado de intento para sus propósitos.

Comenzó de allí á poco á clarear el día. Santiago levantó entonces el pañuelo con que había restañado la sangre de su capitán, y vió que, ya coagulada, no corría de la herida. Contrariedad importante, porque habiendo de aparentarse que el capitán había muerto en aquel mismo paraje, era forzoso que en él apareciera, como comprobante, la sangre fresca.

El cadáver, casi frío y rígido, no podía ya dar la necesaria para teñir á lo menos el pedazo de tierra donde yacía la cabeza del capitán. Pero el instinto de Santiago se adelantaba entonces á todo, con facilidad rara para él. Parecía como si el sacudimiento de aquella catástrofe hubiera despertado y recogido en las postrimerías de la vida del pobre mozo todo el entendimiento y todo el buen cálculo que en el resto de ella le habían faltado.

Santiago calculó que haciéndose matar sobre el cadáver de su amo, su sangre propia, que era abundante, podría servir bien de festón para ambos cadáveres. Pero afi-

nó todavía más sus previsiones, pensando que nadie escoge el momento en que ha de nacer ni la postura en que ha de morir. "Sangre por sangre, se dijo, tanto vale para el caso la mía como la suya. ¿Quién va á conocer el engaño? En el suelo, la sangre de un soldado es igual á la de un capitán general.„ Cogió, pues, la espada que aún ceñía su amo, se abrió las venas y dejó correr de ellas, junto al cadáver, la sangre suficiente para la verosimilitud completa del suceso.

Las balas silbaban á su alrededor.

Levantó entonces los brazos, amenazando con fiereza á los carlistas que estaban enfrente, mientras levantaba el alma á sus creencias, que estaban arriba, y atravesado por el plomo, cayó á dos pasos de Juan. Á la mañana siguiente la justicia recogía el cadáver de Marta, y la guarnición echaba tierra y ramas de laurel sobre el capitán Pérez, muerto gloriosamente en la avanzadilla confiada á su lealtad.

Y la guarnición y la gente de la comarca y la prensa de España, declararon como artículo de fe que la esposa del capitán P... había sido asesinada en su casa por extravíos suyos y celos de un amante, mientras el engañado esposo perdía la vida por su honor y por su patria en las montañas del Norte.

¡Espejismos de la opinión!

LOS ANTEOJOS DE LA EDAD

NARRACIÓN PARA LOS VIEJOS

ALFONSO, el *sabio*, como en són de burla, pero por su natural despejo, le apodaban sus amigos, vivía en uno de los puertecillos más pintorescos de la costa de Santander, en San Vicente de la Barquera, gozando de todas las felicidades que podía dar un pueblo de España en el año de gracia de 1840. Nacido veinte años atrás en solar hidalgo de esa montaña, de donde descendieron á la vieja Castilla casi todos los apellidos nobles, no era rico, sin embargo, aunque era más que rico: era feliz. Su padre fué un labrador montañés de aquellos que llevan sin brillo, pero sin desdoro, sin enaltecerlo, pero sin rebajarlo, un nombre ilustre en el blasón de la nobleza, bajo la anguarina de campesino, remendada con más colores ue tienen los cuarteles de su escudo.

Un viejo y macizo casón de piedra, con apariencias de maltratado palacio por delante, y con realidades de casa de labor por detrás, flanqueado en sus extremos por dos muros salientes, que subiendo desde el suelo al tejado, á modo de orejeras, embarazaban las vistas laterales del largo balcón corrido por toda la fachada; una capilla junto al edificio; una huerta y algunos corrales, todo cerrado por gruesas tapias, con portada monumental de remate blasonado, y unas tierras contiguas á la casa, componían el patrimonio de ella y de la familia de nuestro Alfonso. Un pasar modesto, pero seguro. Nadie se acostaba allí en sábanas de holanda; pero tampoco se acostaba sin cenar.

Alfonso, como hijo bueno de padres ya cansados, dirigía la labranza de las tierras y entretenía sus ocios, que eran mayores que la labor, pescando escurridizas anguilas en la ría, y mozas, también escurridizas, en las empinadas y oscuras calles de San Vicente. Con esto, y con leer un par de horas diarias en los pocos libros de su padre, pasaba la vida, dando salud y solaz al cuerpo y al espíritu.

Su lectura preferida—bien que no tenía mucha en que escoger—fué siempre el *Viaje por España,* del infatigable D. An-

tonio Pons, antiguo Secretario de la Real Academia de Nobles Artes, el cual tuvo la paciencia de visitar, caballero en bestias mayores, uno por uno todos los pueblos del mapa peninsular, allá en los días de Carlos IV, y de escribir después sus pareceres en veinte tomos, donde se describen punto por punto todas las maravillas artísticas, y también todas las mamarrachadas antiartísticas de estos reinos. Su repetida lectura dió á nuestro Alfonso, á más del dictado de sabio de sus camaradas, una erudición de segunda mano, poco común en su pueblo, y aficiones irresistibles de viajero. Añádase á esto que todo montañés nace americano, como toda montañesa ama de cría; agréguese el estímulo de la vista diaria de indianos que vuelven ricos para pasear por las romerías sus caballos con jaeces de plata á la mejicana, y se tendrá averiguado por cuáles causas nuestro mozo se sintió apoderado un día de la nostalgia de los países desconocidos.

Resuelto á probar fortuna y ver mundo, comunicó su pensamiento con su padre, el cual lo dió por aprobado, porque, como buen ribereño, no creía perfecta la vida del hombre que no hubiera hecho su peregrinación á la Meca de la fortuna, á las Indias. Por el pronto, el mancebo no iría tan lejos,

sino á Cádiz, al lado de un su tío, enriquecido en el comercio de vinos, con quien podría hacer el aprendizaje mercantil para pasar luego con más fruto á América.

Salió, pues, una mañana de su pueblo con todo lo que sus padres podían darle: sanos consejos, abrazos fuertes y besos apretados; poca ropa, algunos duros para sus gastos, el viaje pagado y cartas para el pariente gaditano. Despidióle su familia en el extremo del puente largo de la ría, y ante las lágrimas mudas de su madre y el balbuciente "sé feliz, hijo mío„ de su padre, Alfonso sintió en los ojos la humedad y en la garganta el nudo de las tristezas puras. Subió la cuesta del camino, y en el recodo donde por última vez se ve el hermoso panorama de aquel puertecillo, volvió la cabeza para contemplar, primero, á aquellos dos viejos que desde abajo le saludaban, y después, cuando ya se los ocultó el repliegue del terreno, para despedirse de aquella casa donde tan bien se hallaba con su menos que mediana fortuna.

¡Qué alegre le parecía! Allí estaba la ventana de su cuarto vacío, abierta ya sin cuidado de los nortes, como puerta de jaula sin pájaro. ¡Qué blanda aquella cama, fuera de la cual iba á dormir por primera vez en su vida! ¡Qué hermoso el largo corre-

dor bañado por el sol naciente! ¡Qué confortable el ancho hogar de aquel comedor! ¡Qué provisto de manzanas aquel rústico armario de pino! ¡Qué espacioso aquel corral donde jugaba al toro con los becerrillos! ¡Qué frondosa aquella huerta, y qué vistosos aquellos maizales! ¡Y qué pintorescos la ermita de la Barquera, colgada sobre la ría; el pueblo nuevo de abajo, que se lava los pies en las aguas, y el pueblo viejo de arriba, tirado en fragmentos sobre la colina, con su iglesia maciza, sus casas fuertes en esqueleto, sus palacios caídos, su castillo sin techos ni almenaje, sus rotos muros, conquistados por la hiedra, símbolos petrificados, restos mortuorios de un feudalismo deshecho por el tiempo y abrasado por un incendio.

Tan bello parecía todo aquello á Alfonso, que tuvo tentaciones de volver, como si misteriosos hilos tirasen de él hacia atrás. Pero hizo un esfuerzo, secó una lágrima y espoleó con fuerza el mulo que le llevaba, arrojando un suspiro, y con él del pecho aquella que consideraba pusilanimidad de campesino pegado al terruño. Padres, morada, ría, última casa del pueblo, último cubo del castillo y último pico de la iglesia, todo desapareció de su vista, tapado por las sinuosidades del camino.

Marchó en silencio durante media hora, á cuyo término encendió un cigarro; diez minutos después rompió á hablar con el arriero que le acompañaba; cinco más tarde se reía de las rusticidades maliciosas del buen lebaniego; luego le pedía noticia de los pueblos por donde habían de pasar hasta Santander, y al llegar al primero, más que ganas de volverse, las tenía de tomar puerto en el famoso de Cádiz. Hay en la vida dos sentimientos olvidadizos que atenúan, como calmante poderoso, el dolor de las separaciones tristes: el de la hija que al casarse entra en posesión de sus libertades amorosas, y el del hijo mozo que por primera vez siente la posesión de su persona, de sus acciones y gustos, emancipado de la autoridad paterna. Los padres quedan llorando y los hijos parten riendo. ¡Sabia crueldad y previsora ingratitud de la Naturaleza! Sin ella, la especie humana hubiera acabado en su primera familia y en su primera hora.

Muy hermoso se le figuraba su pueblo, porque no había otro mejor en las cercanías, y muy contento se hallaba en él; pero también encontraba hermosura en los que veía al paso, y también sentía felicidad en la contemplación de aquellos paisajes de la marina cantábrica.

A la segunda jornada ya no pensaba sino en Andalucía y en sus grandes poblaciones, en sus jardines, en sus vinos, en sus patios, en sus rejas y en sus mujeres. Y ya le hormigueaban, con serpenteo de fuego, por las venas las poéticas sensualidades de la vida andaluza, contadas por los jándalos y adivinadas con segura intuición por la mocedad. La decoración imaginaria había cambiado, ganando siempre. Cuando se va hacia arriba en la existencia, el día de hoy es mejor que el de ayer, y la última estancia mejor que la anterior, porque los países interiores del alma joven ganan siempre por la sola magia de la novedad.

***

¿Sería preciso seguir desde este punto hasta el final, con todo pormenor, los viajes, impresiones, alegrías, asombros y aventuras de nuestro héroe?

Basta á nuestro propósito decir, que en Santander se embarcó para Cádiz; que en Cádiz se encontró más dichoso que en su pueblo, y que al cabo de un año de aprendizaje en el escritorio de su tío, obtuvo de éste la comisión de expender sus vinos por España.

Visitó con sus muestras la Andalucía; se netió en las huertas del reino de Valencia

por la provincia de Murcia; subió á la industriosa Cataluña, bajó á Aragón, anduvo las llanuras de Castilla; asaltó las Asturias por la muralla blanca de Pajares, y en todo lugar, así en costas mediterráneas como cantábricas, bajo el sol limpio del Mediodía como bajo el cielo ceniciento del Norte, se halló sano, alegre y feliz.

Indudablemente, el mundo es bueno, sobre todo visto por los anteojos de unas pupilas de veintiún años, que tienen por delante toda una vida virgen que explorar.

A los tres años de viaje, Alfonso conoció que la tierra española se le acababa, y vuelto á Cádiz, donde residió todavía un año más, se embarcó para América. Sirviendo allí ajenos intereses, ya en la Habana, ya en Méjico; un día en las repúblicas del Sur y otro en los Estados del Norte, pasó diez años, al cabo de los cuales pudo establecerse por cuenta propia, dedicado á todos los negocios que su actividad abarcaba y su ambición comprendía.

Afortunado en ellos, nuestro hombre hizo un día balance general, y se encontró con un capital activo de cien mil pesos en oro, y otro capital pasivo de sesenta años de edad.

Los emigrantes montañeses que nacen americanos, una vez enriquecidos, se vuelven españoles.

América es el taller y España el hogar; allí trabajan y aquí descansan.

Alfonso, que había trabajado mucho durante su juventud, tomaba ahora, con su riqueza, venganza justa de su trabajo. Soltero y egoísta, no economizaba placeres á su persona, manjares á su mesa ni comodidades á su casa. Además, comía con apetito y digería con facilidad constantemente, hasta que una tarde, tras agradable comida, sazonada quizás con sales femeninas, se vió acometido por la primera indigestión.

La edad denunciaba oportunamente sus estragos, y el estómago, que es el órgano que se acobarda más pronto en la batalla de la Naturaleza, le tocaba retirada.

En las tristezas solitarias de su enfermedad, más penosa que larga, empezó á sentir la nostalgia de la tierra conocida, con igual fuerza que cuarenta años antes había sentido la nostalgia de la tierra desconocida. Tras aquella indigestión, curada al parecer, vinieron otras.

—"El clima de la Habana es mortífero. Estos calores enervan las fuerzas vitales,"—se decía, olvidando, ó queriendo olvidar, que no era aquel padecimiento accidental y aislado, sino el principio de una enfermedad, larga ó corta, pero definitiva; el pri-

mer desmayo de las energías de la materia; el primer entorpecimiento de la máquina cansada; vampiros que se apoderan de la sangre para no soltar ya la presa; enemigos que, en vez de huir, se refuerzan cuando se les tiene por vencidos; avanzadas primeras de la muerte.

"En España,—seguía pensando—hacía yo atrocidades con mi estómago, y ¡ni un mal cólico!

"A España, pues. Por otra parte, esto comienza ya á aburrirme. Conozco palmo á palmo la isla de Cuba, y cara por cara á sus habitantes. Vida monótona, raza floja, buenos ojos, pero pieles demasiado morenas.

„El calor es enemigo del sueño y del apetito, y la inapetencia y la vigilia, enemigos de la salud.

„Y luego ¿qué lazos me sujetan aquí? ¿Qué afectos íntimos tengo? ¿Qué cariños desinteresados? ¿El cariño del servidor mercenario? Obligación de su necesidad.

„¿La amistad de los corresponsales? Cambio de intereses.

„¿El trato de cuatro familias? Relaciones de cortesía.

"Afectos de formulario, que ni me estiman vivo, ni me llorarían muerto. Todos serios, todos ceremoniosos; ni un amigo

del alma, ni un camarada de la infancia. En España, todo. La amistad por la amistad, las intimidades de la antigua penuria; los mozos de mi tiempo, con quienes partía el tabaco y reñia por las mozas. ¡Qué alegres y divertidos ellos! Y ellas, ¡qué vivas y qué graciosas!

„Aquel loco de Frasquito, que siempre me vencía en beber manzanilla. ¡Qué estómago! ¡Pues y aquel Diego, compañero de escritorio, que se las apostaba conmigo á buen mozo! Cuantas queridas tuve, otras tantas quiso quitarme... Y me quitó algunas... bastantes. Pero allá nos andábamos. ¡Qué de bofetadas nos dábamos!... Y después, tan amigos. La verdad es que éramos insaciables.

„¡Y aquella Ángeles de Cádiz! ¡Y aquella Angustias de Granada! ¡Y Pepina la de Oviedo! ¡Qué historias, qué mujeres y qué tierra! Aquello es vivir. ¡Vaya, á España!„

Y dicho y hecho. Dos meses después de este monólogo, Alfonso, apoyado en la mura del vapor correo, veía achicarse y achicarse hasta desvanecerse en la línea del mar la tierra cubana, de la cual se alejaba con rumbo á España.

Hizo la travesía sin novedad. Solo, sí, le pareció advertir durante ella, que el buque no tenía todas las comodidades de la mo-

derna industria naviera. El viaje empezó á ser largo, en opinión de Alfonso.

—"El mar es el mismo; luego estos capitanes de ahora desvían del rumbo, ó estos barcos no andan,—decía al noveno día de navegación.—Ello es que la travesía va haciéndose molesta, lo cual no me ha sucedido nunca. Recuerdo precisamente la primera que hice treinta y cinco años ha. ¡Quién tuviera los vapores de mi tiempo! ¡Oh, aquel *Rápido* sí que era cómodo y andador!„

Sin embargo, y con permiso de nuestro navegante Alfonso, el celebrado *Rápido* era ya en aquella fecha un viejo y desvencijado vapor de ruedas, que nunca anduvo más de cuatro ó cinco millas por hora, con buen tiempo, y el vapor que montaba en esta ocasión era uno de los mejores transatlánticos, hermoso modelo de ingeniería naval.

Pero al fin, más ó menos quebrantados los huesos, nuestro hombre llegó á ver una noche el faro de Sanlúcar, y, al amanecer, la costa española, término de sus molestias y tierra prometida de sus sueños.

Y unas horas después, ¡qué emoción, mezcla de placer y de miedo, sintió al pisar en el muelle de Cádiz la misma grada que había pisado al embarcarse para América!

Entre ambas pisadas mediaba una vida. La primera fué firme; sobre ella gravitaba un cuerpo lleno de juventud y de esperanzas; la segunda fué vacilante; sobre ella pesaba un cuerpo cargado de años.

¿Qué había pasado durante su ausencia? Mucho tiempo; pero ¿qué significa eso en el andar del planeta? El mundo y la humanidad son siempre los mismos. La gente será más vieja, pero hará lo mismo que hacía. Así opinaba nuestro viajero.

Desde luego, sabía que su tío estaba enterrado y que la casa se había deshecho. ¿Vivirían los camaradas y amigos de su tiempo?

***

Y aquí empiezan los prodigios de esta historia, que asombraron la imaginación y amargaron la existencia de Alfonso.

Su primera operación fué buscar al que había sido su mejor amigo en Cádiz, al famoso bebedor de manzanilla, Frasquito, al cual encontró instalado en una menos que decente casa, amueblada con mal disimulada pobreza. Como habían vivido muy juntos, se reconocieron sin vacilar, y se abrazaron sin decirse otras palabras de afecto, ino sus nombres respectivos.

Estaban, indudablemente, más viejos de lo que esperaban ellos mismos. Pero pronto la imaginación y el cariño comenzaron la piadosa obra de engaño con que saben idealizar las realidades feas.

Siempre que dos personas queridas se ven después de muchos años, la primera vista es la única que no engaña. Al cuarto de hora de mirarse y remirarse, ya no hay sinceridad en los ojos; el deseo ha suplido lo que falta. Nada desfigura tanto un rostro como la costumbre de verlo.

Recordando lo que fué la persona, la imaginación rectifica las líneas descompuestas, la memoria recompone el edificio arruinado, el cariño revoca los colores caídos, y la figura, la voz, los gestos y la expresión quedan retrotraídos al estado y momento en que los dos amigos se separaron, como los fragmentos esculturales bajo la mano del arqueólogo que reconstruye una edad con cuatro datos epigráficos.

Sólo por efecto de esta restauración arqueológica pudo decir Frasquito á Alfonso, mirándole fijamente y abrazándole otra vez:

—Decididamente no ha pasado día por ti.

—Pues, por mi parte, te encuentro algo cambiado.

—Es que he llevado peor vida que tú. Ya

ves — añadió señalando con ademán elocuente á los muebles;—he prosperado poco.

—Pero al verte, me parece que fué ayer cuando tomamos la última borrachera.

—¿Y serías capaz todavía de empalmarla con la de hoy?

—¿Por qué no? Cabalmente he venido sólo por volver á aquellos tiempos, á nuestros grandes tiempos. América me sentaba mal. He padecido de dispepsias, y el médico me tenía prohibido allí el uso de bebidas alcohólicas. Aquí usábamos y abusábamos de ellas sin peligro; por eso me vuelvo. Oye: hoy no he podido probar bocado á bordo, y como es ya hora conveniente, te vienes á comer conmigo: entre plato y plato, nos contaremos nuestra vida, y entre botella y botella, recordaremos nuestras aventuras.

Fueron las ostras el aperitivo con que empezó la comida, y la deseada manzanilla el vino servido para ellas.

—¿No advierte algo extraño en esta manzanilla?—dijo Alfonso al gustar la primera caña.

—Nada absolutamente—respondió Francisco, bebiendo también.

—¡Ah, sí! ó está disipada, ó torcida, ó siempre fué mala. ¡Mozo, esta manzanilla es de química!

—No es de ahí, ni por acá se conoce ese

pueblo: es de Sanlúcar, señorito; legítima y superior.

—Bueno; trae otra botella de la marca mejor.

Segunda caña: la manzanilla nueva seguía siendo mala.

—A ver, pruébala tú, Frasquito, y dime francamente si ésta es la manzanilla de nuestro tiempo.

—La conozco, la he seguido día por día; es la misma, y aun mejorada.

—Te digo que no me sabe de la misma manera.

—¿Querrás hacerme creer que ha perdido sus virtudes la tierra de Sanlúcar?

—¿Y querrás tú convencerme de que ha mejorado?

—La elaboración, sí.

Alfonso habló largamente de la buena manzanilla de su tiempo.

—Pues ¡y estas pescadillas! No saben á nada.

—¿También pretendes que haya cambiado el mar de Cádiz?

—No sabrán freirlas. ¡Oh, las pescadillas de nuestro tiempo hicieron famoso á Cádiz!

Y dejó el plato de pescadillas.

—¡Y la carne! No se puede comer ni digerir. La cocina inglesa es insoportable.

—Pues conserva mejor la sustancia de los alimentos.

—Pero la comida andaluza ha perdido su carácter. ¡Oh, la ternera de nuestro tiempo!

—¿También crees que ha cambiado el carácter de las terneras?

Semejante burla no sentó bien á Alfonso, rico señor acostumbrado al humilde servilismo negro de América.

—El tuyo sí que ha variado; eres agrio como el vinagre.

—Después de todo, opina como quieras; no tengo interés en defender una manzanilla que no hago, ni una comida que no pago.

—En nuestro tiempo...

—Desengáñate; en nuestro tiempo, teníamos el mejor cocinero del mundo, el que no podrás pagar con todo el oro que traes: el apetito.

—Este pobre Frasquito ha cambiado de gustos y de carácter. No es el mismo de nuestro tiempo, se decía Alfonso cuando dos horas después se separaban ambos amigos.—¡Pero ahí estará mi Diego, mi eterno rival, mi invariable Diego!

***

Y, en efecto, á la mañana siguiente, buscó á su Diego, que le recibió con verdadero cariño, en un lindo comedor y en compañía de una señora blanca de pelo y abultadísima de formas, y de dos señoritas no muy jóvenes, pero muy agraciadas.

Alfonso saludó ceremoniosamente con la cabeza á las señoras.

—¡Cómo! - exclamó Diego.—¿Es ese todo el recuerdo eterno que le juraste el día de tu embarque? ¡Y al volver á verla, ni siquiera le alargas la mano! Es Angeles, la última novia que te quité; bien es verdad que pagué cara mi traición: me casé con ella. Estas son nuestras hijas.

Alfonso se disculpó como pudo de la torpeza de no haber conocido á Angeles; torpeza fácil de disculpar, porque tampoco Angeles había conocido Alfonso.

¡Cómo reconocer aquella primitiva cabellera de ala de cuervo en las cuatro canas de esta cabeza, ni aquella figura ágil y nerviosa en los rollos de carne colorada que por todas partes le sobraban!

La buena señora no manifestó el menor embarazo por verse frente á frente del hombre á quien había engañado; antes bien, esto fué motivo para dar prontamente tono de familiaridad á la entrevista.

El almuerzo empezaba entonces, y Alfon-

so fué convidado con insistencia tan tenaz, que se sentó á la mesa entre las dos hijas de Diego.

Como no había perdido sus aficiones galantes, puso toda su atención en ellas, prestando poca á su antiguo amigo, cuyas preguntas curiosas satisfacía lacónicamente, y ninguna á su vieja novia, la cual, á su vez, tampoco se inquietaba mucho por esta indiferencia. ¡Había pasado tanto tiempo y se hallaban tan envejecidos!...

Respirábase en la casa un sano ambiente de bienestar; la vida de aquella familia parecía feliz; las niñas eran agradables, y ante aquel espectáculo pasó por la imaginación de Alfonso una como ráfaga de envidia, y quizá, más que envidia, deseo vago de hacer suegra á la que pudo hacer esposa.

Ello es que empezó á mirar á la hija mayor, quien respondía con sonrisas de benévolo agrado á las miradas del viejo, siempre que las encontraba, aunque no hacía, en verdad, esfuerzos para encontrarlas. La piropeó, y ella se limitó á dar las gracias, sin hacer tampoco nada para obtener nuevos piropos.

Hablábale del amor y de los novios, y ella se ruborizaba sinceramente, y no con el rubor estudiado con que suele provocar-

se al atrevimiento en semejantes casos. Cortaba, en vez de enredar, el hilo de estas conversaciones, siempre interesantes para toda mujer.

Alfonso estaba maravillado de esta frialdad.

—"Esta chica es de mármol„—se dijo; y fué volviendo hábilmente la plática á la otra hermana. Era más habladora y más curiosa. A las preguntas contestaba con preguntas, y á las observaciones con observaciones. Pero acaecía que, si Alfonso le hablaba de la felicidad conyugal, ella quería saber cómo era y cuánto costaba la vida en la Habana; y si el viejo preguntaba cuántos novios había tenido la niña, la niña preguntaba cuántos miles de duros había reunido el viejo.

Nunca consiguió de ella una réplica congruente, con lo cual nuestro antiguo conquistador seguía cada vez más maravillado del carácter de las muchachas del día. Si una era de hielo, otra era toda interés.

Concluído el almuerzo, ambos amigos quedaron solos con las tazas de café sobre la mesa. El diálogo, tomando entonces rumbos más íntimos y expansivos, recayó bien pronto en lo que había de recaer, dada la historia especial de aquella amistad: en los

recuerdos de las aventuras amorosas y en el recuerdo de las mujeres de antaño.

—Pero, chico—decía Alfonso:—éstas no son las mujeres de nuestro tiempo.

—¡Cómo han de ser! ¡Buenas estarían si fueran aquéllas! Son las hijas de las mujeres de nuestro tiempo.

—Quiero decir, que no son como aquéllas. ¡Las de entonces! ¡Qué gracia! ¡Qué despejo! ¡Qué calor! Sobre todo, ¡qué calor! No había que echarles más que una mirada; ellas buscaban la segunda; se les dirigía un piropo, y con sus dengues encontraban dos; se les hablaba de amor, y ya no había modo de desenredar la conversación si no era enamorándolas de verdad.

Esta juventud, ni es juventud, ni siente, ni quiere, ni vive. Estos vástagos no son de aquella casta, ni esta frialdad es heredada. ¡Qué comparación cabe entre estas estatuas y aquella Ángeles, tan viva, tan revoltosa, tan alegre de cascos, que dejó á un alférez de marina por mí, y á mí por su esposo!

Por supuesto, que Alfonso no comunicó las últimas reflexiones por respetos á su íntimo amigo; se las hizo discretamente para sus adentros, mientras buscaba en su petaca el mejor cigarro para su antiguo val.

Bueno será decir que encontró malo el almuerzo, aunque también guardó el secreto por cortesía.

***

Algo contrariado con lo que hasta entonces le sucediera, se dió Alfonso á visitar las amistades y los sitios de Cádiz, de que él había conservado opinión tan grata y memorias tan queridas.

Todo, sin embargo, le parecía cambiado. Las famosas mujeres gaditanas, menos agraciadas; el trato, siempre alabado por su dulzura, más áspero; los días más largos; las noches, menos divertidas; el cielo, menos limpio; las calles, más estrechas; la bahía, más pequeña; todo, en suma, achicado á sus ojos: la realidad presente no correspondía con la realidad pasada.

Aburríase en su antiguo paraíso, y lo abandonó desilusionado á los ocho días de entrar en él lleno de ilusiones.

—Cádiz ha perdido mucho—decía, arrellanándose en el vagón del camino de hierro.—La vida se ha trasladado indudablemente á las ciudades interiores de Andalucía. ¡Oh! ¡Sevilla! La felicidad ha ido á vivir á Sevilla durante mi ausencia.

Pero, con asombro de nuestro hombre,

Sevilla estaba tan cambiada como Cádiz. Desde las mujeres de los barrios hasta el aroma de los naranjos; desde el suelo hasta los monumentos; naturaleza y arte, todo parecía distinto.

El río, sucio y pobre; Triana menos alegre, las Delicias, tristes; la Torre del Oro, raquítica; la Lonja, estrecha; el Alcázar, obra de confitería; la Catedral y la Giralda, desprovistas de las proporciones gigantescas con que Alfonso las veía desde América, á través de los mares y de los años. Y cansado también de Sevilla, resolvió visitar las poblaciones donde se había sentido feliz en sus mocedades, hasta encontrar la que no hubiera perdido el carácter y el atractivo que en aquella sazón tenía. Y así como entonces en un mal mulo y con la bolsa vacía se echó por el mundo buscando impresiones desconocidas, ahora, cargado de oro, y en ferrocarril, rodó por media España buscando la felicidad gozada en los parajes que tienen los alrededores más bellos del mundo, pero también los más mudables: los alrededores de los veinticinco años.

Le pareció Córdoba desierta, y sombría su Catedral, bajo cuya techumbre chata se ahogaba la oración y el espíritu no volaba como en las libres elevaciones de las na-

ves góticas. Hasta las paredes y los arcos de herradura habían perdido su aspecto noble en la restauración de los primitivos colores arabescos, cuya herética hermosura oriental cubriera en lo antiguo, con capas de piadosa cal, un obispo tan enemigo del Korán como del arte.

Granada era una ciudad petrificada: la vida, absorbida por la piedra, estaba totalmente en los monumentos. Y sin embargo, no le pareció tan asombrosa como antes aquella Alhambra, donde había sentido arrobamientos estéticos parecidos á éxtasis amorosos, ni le parecieron los jardines del Generalife tan risueños, ni los valles del Darro tan pintorescos como lo eran cuando los recorrió la última vez con Angustias, su hermosa granadina, hoy cargada de años, de achaques y de nietos.

Alfonso seguía aburriéndose.

—¡Ah!—pensó:—me voy á Madrid. España estará en Madrid. Allí está el corazón, allí estará la sangre; allí el cerebro, allí el nervio. No habrá naturaleza, no habrá monumentos, pero hay mundo; no se recuerda lo pasado ni lo eterno, pero se goza de lo presente. Allí la vida social, el placer de los sentidos, la emoción desvanecedora del torbellino. Allí fuí años atrás feliz, con la felicidad del mareo suave, con la atrac-

ción de lo opulento, el deleite del lujo y de la presentación aparatosa; el resplandor teatral; la dicha fabricada por el artificio, pero al cabo dicha y resplandor.

***

Y sin embargo, pasados veinte días en la villa coronada, Alfonso se persuadió de que aquel Madrid no era el Madrid que él buscaba.

Barrios nuevos, donde había eriales antiguos; calles abiertas, donde había casucas malsanas ó conventos destartalados; la población socavada por un río que se derrama dentro de su cuerpo por muchas arterias, llevando sangre de vida y limpieza adonde antes había sequedad y podredumbre; las viejas plazuelas, de polvoroso suelo, convertidas en jardines regados por lluvia artificial; plazas espaciosas, vías derechas, edificios ostentosos, paseos y parques arrancados al privilegio tradicional; palacios, teatros y circos desconocidos; medios ignorados de locomoción; electricidad en el alumbrado y electricidad en la vida; más movimiento, más confusión, más luz, más comodidades en la villa transformada, no con el falso revoque que una vieja verde esta á sus arrugas en el tocador, para

dejarlo otra vez en la cama, sino con la renovación completa de un pueblo que nace de otro pueblo, con la pulcritud de las poblaciones cultas y el aire propio de los tiempos modernos.

Alfonso no dejaba de reconocer todos esos adelantos y ventajas, aunque en medio de ello echaba de ver la falta de algo irreemplazable; el pueblo, al mudar de aspecto exterior, había mudado de carácter interior; el exceso de policía lo había adulterado, y ya no era el pueblo legendario, alegre y heroico de las manolas y los chisperos, del amor, la camorra y las aventuras.

Alfonso se desesperaba viendo las cabelleras negras guardadas bajo el sombrero francés, en vez de lucidas, como antes, por entre los graciosos festones de la mantilla española, y buscaba en vano el calañés en los barrios bajos; sólo encontraba chulos con hongo, y aun toreros con americana, como si fueran negociantes de algodón de Nueva York.

Las mujeres habían perdido, no solamente su gracia clásica, sino hasta el color madrileño. Sólo había blancas y rubias. El blanco de cera y el tinte de oro habían acabado con la fisonomía meridional.

Por lo que tocaba á sus antiguas amigas, Alfonso no encontró ni aun las casas ni las

calles donde vivieron; lo cual le produjo la misma sorpresa que á Don Quijote la desaparición de su librería caballeresca por arte de encantamiento; y por lo que hace á comidas, Lhardy, Fornos, "Los Cisnes„ y "El Inglés„, servían solamente platos indigestos, bajo denominaciones exóticas, inferiores desde luego, en gusto y en provecho á los manjares con que el famoso Perona alimentó invariablemente á los golosos de la generación pasada.

Pues ¿y las ciencias? ¿y las letras? ¿y las artes? ¿y la política? En España no existía ya aquella ciencia sólida que dejaron los conventos y los claustros de Alcalá y de Toledo.

El catedrático más profundo de las Universidades nuevas, no pasaba de ser lo que anteriormente se llamaba un erudito á la violeta: poca cantidad de muchas ciencias.

Los políticos no tenían virilidad, ni los oradores arranques; sus discusiones eran torneos retóricos sin consecuencias.

Ni había tampoco escritores, ni autores dramáticos, ni novelistas; la literatura decaía de año en año, falta de fantasía, de soplo poético y de idealismo. Lo extraordinario había desaparecido del libro y del teatro, y los autores se empeñaban en llevar ideas graves y realidad de vida á lo que

debía ser engaño deleitoso y ficción ligera, propios solamente para el entretenimiento de unas cuantas horas desocupadas.

Las producciones parecían relatos de cosas acaecidas á un cualquiera en el gabinete de su casa.

Por su parte, los actores estudiaban el modo de parecer desde el tablado hombres como los que estaban en la platea. Para esto, ¿qué falta hace el teatro?

Nada de maravilloso, nada de lances, aventuras y héroes singulares. El plural de la vida común los había absorbido.

***

Harto, en fin, de Madrid, y desengañado de la vida moderna, Alfonso quiso averiguar si encontraría en la vida antigua algo que no hubiese decaído y mudado durante su ausencia, algo que hubiese burlado al tiempo.

—Pueden cambiar fácilmente—pensaba—las costumbres de un pueblo, el carácter de una raza, el aspecto de un país, las caras de los individuos. La gente envejece, y, al envejecer, pierde: esto es natural. Pero no habrán cambiado, no pueden cambiar los caracteres de la España monumental, la majestad de sus grandes templos, la cara de

sus viejas torres y murallas. Han envejecido también, es verdad; mas en la vida del arte monumental, el tiempo ayuda en vez de perjudicar á la belleza; á mayor edad, mayor hermosura. Y visitó Toledo, Burgos, León, cuyos vestigios históricos habían encantado sus sentimientos artísticos cuarenta años atrás.

Era la última investigación que le quedaba por hacer. Y he aquí la carta que después de ella enderezó á un su amigo de la infancia, de los muy pocos contemporáneos que en San Vicente de la Barquera habían resistido al roer destructor de tantos años:

"Querido amigo Leandro: Te escribo lleno de asombros y dudas. O yo me he vuelto loco, ó el mundo se ha vuelto del revés. No lo conozco. La Naturaleza ha cambiado y el globo terráqueo está, sin remedio, próximo á un cataclismo. El termómetro avisa un desequilibrio profundo en nuestra España. Rusia y el Senegal se han dado cita en ella. El invierno es insufrible por frío, y el verano por caliente. La mortalidad es grande, y las enfermedades son muchas: lo comprendo; la Península, antes envidiada por la suavidad de su clima, es ya inhabitable. Los árboles dan frutos insípidos, y las carnes son indigeribles.

„En cuanto á la sociedad, ¿qué te diré? No la hay. Los hombres son por dentro mujeres, y las mujeres hombres por dentro y por fuera. La mayoría de unos y otras, triste y empalagosa. Ellas, sin fuego; ellos, sin brío. La ciencia, gárrula; la literatura, muerta. Ni los artistas tienen fantasía, ni los cantantes voz. La manzanilla, mala. La política, podrida. ¿Dónde están los milicianos progresistas de nuestro tiempo? El alcázar de Toledo no es más que un cuartel, y la catedral parece condenada á emparedamiento entre las calles mezquinas que la cercan. La catedral de León se ha venido á tierra. Burgos no parece ya la ciudad de los jueces y los condes: los huesos del Cid no están en Cardeña, y hasta se me figura que la hermosa Magdalena de la capilla del Condestable mira de otra manera que miraba. Todo, en fin, está trocado y perdido, hasta el honor. No es ésta la España de nuestro tiempo, la patria querida que yo soñaba en las tierras americanas. Así es que, acongojado por tales desengaños, he resuelto volver á mi pueblo. Allí sí que estarán las cosas y las personas como las dejé. ¡Mis amigos, mis camaradas, mi casa! Todo invariable.

„Voy, pues, á reanudar el hilo de la existencia en el punto en que lo corté: el nudo

es un poco largo; lo marcan algunas arrugas en la piel, pero nada más. Prepara, por tanto, los brazos, para recibir en ellos á tu fiel amigo, *Alfonso.*„

***

Leandro, que era también el amigo más leal de Alfonso, al cual no había visto desde cuarenta años atrás, se adelantó para recibirlo hasta Torrelavega.

Sus nativas inclinaciones llevaron como de la mano á Alfonso á detenerse en Santillana. Encontróla asimismo cambiada.

—No te esfuerces, querido Leandro. En vano tratarás de hacerme ver sino lo que ven mis ojos claramente. En vano intentarás demostrarme que esta Santillana de ahora es aquella Santillana famosa en las historias y adorada en mi corazón. No son éstas aquellas calles de casas fuertes y vetustos palacios que olían á Edad Media, tanto, que se esperaba ver en ellas al belicoso señor feudal y la altiva rica hembra, antes que al pacífico montañés con la azada al hombro, y á la robusta campesina con el cuévano á la espalda. No es ésta aquella hermosa colegiata románica, llena de sombras y de misterios, ni éste su claustro, cu-

ʼs arcos achatados ornaban fantásticos

figurones, y en cuyo suelo dormía la muerte en viejos sarcófagos; todo imponente entonces por la doble majestad del arte y del tiempo; hoy imponente sólo por el miedo de la muerte y el horror de lo nauseabundo.

—Lo mismo están que estaban claustro y sepulcros—decía Leandro; - pero en la mocedad los mirábamos, sin pensar más que en el arte; hoy los miramos pensando en la muerte, como quien ve la morada vecina que le espera y ha de encerrarlo de un momento á otro.

Ni satisfecho ni agradecido Alfonso con la explicación, calló, temiendo provocar otras del mismo orden, y siguió su camino hacia San Vicente de la Barquera. Leandro, por su parte, se propuso guardar, y guardó, sistemático silencio ante las ciegas observaciones de su amigo. Y de esta suerte llegaron hasta dar vista á la deseada villa de la Barquera.

—No me parece—dijo Alfonso con tristeza y después de algunos momentos de ansiedad,—no me parece tan bonito como era nuestro pueblo.

—Pues está muy mejorado.

—¿Y mi casa?

—Aquella de la izquierda. ¡Pues qué! ¿no la conoces?

—No la hubiera conocido si no la señalas. No parece la misma.

—Sin embargo, lo es.

—Diría que está en otro sitio.

—Amigo mío, tan torcidamente ves las cosas, que por ese camino llegarías á sostener que los mismos Picos de Europa que allí vemos, no están donde estaban.

—Y si no te incomodaras, y si no te pareciera yo loco, me atrevería á decir que no están.

—Vaya, decididamente el clima de América te ha trastornado el juicio, pobre amigo mío.

Y en esto llegaron á la casa de Alfonso.

Como ya era tarde, y el viaje no había sido corto ni cómodo, Alfonso pidió al lecho el descanso de que necesitaba su cuerpo.

El mal sueño, porque no fué tranquilo, y además la impaciencia que le cosquilleaba, levantaron muy de mañana á nuestro hombre, que, después de visitar rincón por rincón su casa, salió de ella en busca de sus amigos.

Nuevos reconocimientos y nuevos desencantos.

Y al volver á su casa se echó medio llorando en brazos de Leandro, diciéndole:

—Esta casa es muy mala, y sobre todo muy triste; el pueblo, un corral; son sucios

escombros sus antigüedades; los amigos, fastidiosos; las mujeres, insoportables; los paisajes monótonos, y la ría un lodazal insalubre. Mi última esperanza ha muerto: mi pueblo es como los demás pueblos, como todo el mundo; el planeta es ya inhabitable. ¡Ah, nuestro tiempo! En nuestro tiempo, el mundo era otro.

—Nuestro tiempo era como éste y como todos los tiempos,—contestó enojado Leandro, cuya amistosa paciencia quedó agotada.—Ahora, ven, mentecato, y verás por tus propios ojos la razón de esos que te parecen pródigios inusitados.

Y llevándole ante un espejo continuó:

—Mírate, y después, dime si con esa cara arrugada puedes agradar á las mujeres, para que ellas procuren agradarte; si con ese gesto que la edad avinagra, pueden parecerte amables los amigos que como tú la tienen; si por el conducto, ya mohoso, de esos oídos, puedes percibir voces delicadas; si por ese paladar borroso puedes gustar algo que no te sepa sino á manjar desabrido; si con esos ojos medio ciegos, puedes apreciar las líneas tenues y los colores suaves; en suma, si con un alma desgastada y un cuerpo atormentado siempre por irritantes padecimientos y malos humores, hay arte que complazca, música que con-

tente, monumento que agrade, ciencia que persuada, política que convenza, paisaje que alegre ni compañía que satisfaga.

—Tienes razón en parte. Las dolencias físicas ennegrecen todo lo que se ve. Pero confiesa, á lo menos, que antes había médicos que me las curasen.

—Porque entonces tenías á tu servicio los dos mejores médicos: la juventud y la fuerza; ellas solas te curaban. Por lo demás, nada ha cambiado ni decaído, fuera de tí; el único cambio que existe, va dentro de tu naturaleza. Dentro, llevas ese hastío del mundo; dentro, ese aburrimiento de las gentes, y dentro, hasta el frío que crees advertir en la temperatura. Todo está como estaba y es como era; pero se ha ahumado el cristal con que lo miras, y siempre el hombre que ciega imagina que se ha apagado el sol, cuando los apagados son sus ojos mismos.

—Y, en efecto,—concluyó tristemente Alfonso,—los tísicos creen que les falta aire para respirar, y en realidad lo que les falta es pulmón para respirarlo.

Y desde entonces vivió, el poco tiempo que vivió, convencido de que en el mundo, lo verdaderamente triste, feo é inhabitable, es un cuerpo de sesenta y cinco años.

LAS RECETAS DE MAESE ANTÓN

—

PARTE PRIMERA

—

LAS PERAS DEL OLMO

Narración para los idealistas.

Constancio era un perdido decente. Esto quiere decir que le adornaban todos los vicios honrosos y los pecados aplaudidos. ¡Pecados aplaudidos y vicios honrosos! ¿Cabe tal riña de palabras contrapuestas en la patria adoptiva del catolicismo, donde se aprende á pensar por la doctrina cristiana del padre Astete? Averígüelo quien pueda. La verdad es que, no obstante las condenaciones del catecismo, la sociedad encubre grandes faltas por no quedarse desnuda, y aun las aplaude en la mocedad, porque en ella hasta parecen gracias los lunares del rostro, fogosidades las

canas prematuras y gallardías las jorobas del espíritu.

El diablo no tenía por dónde desechar á Constancio, quien era manirroto, jugador, mujeriego, presumido y enamorado de su persona, aunque feo; con lo cual se juntaban en una pieza un vicio, el de la vanidad, y un pecado, el de la mentira, porque pretendía expender por buena la mala moneda de su cara. Sin embargo, era reputado por hombre agradable y de buen fondo en el mundo que llama á los pecados extravíos y pasiones á los vicios. De éstos le dominaban especialmente el de la pereza, invencible para toda suerte de trabajos, y el de la ambición desapoderada, así en las cosas materiales como en los deseos del alma.

Cuando jugaba no se satisfacía hasta dejar sin una moneda á los banqueros ó á los puntos, según hacía de punto ó de banquero, con lo cual siempre acababa perdiendo lo ganado y lo propio.

En sus devaneos políticos pedía sencillamente á partidos y hombres sinceridad en las ideas, desinterés en las personas, justicia en los tribunales, pureza en el sufragio, aptitud para los empleos y otras utopias de este jaez, antiguallas tan desacreditadas y muertas como aquella Milicia nacional, guardadora cesante de la buena fe política.

Cuando amaba, exigía de las mujeres honradas que faltasen por él á sus deberes, y de las ligeras que contra él no faltasen á sus palabras; era de ver cómo pretendía la infidelidad en las que pasan por ser honestas, y la fidelidad en las que viven de las infidelidades. Límite humano de pretensiones y verdadera gula de ambición.

El padre de este César frustrado, primer contribuyente de un pueblo escondido en las fragosidades de las Alpujarras, nunca pudo enderezar las malas inclinaciones de su hijo, ni encaminar por los carriles usados de la tierra los pasos de aquel soñador, que siempre andaba por las escabrosidades de las alturas.

Envióle á las aulas de Granada, por cumplir con su conciencia paternal, aunque sin esperanza de que su hijo se corrigiese ni perfeccionase en nada, fuera de las ciencias maleantes, para las que ya había demostrado notables disposiciones en el pueblo.

Los atractivos de una ciudad hermosa como Granada, las seducciones de una vida nueva, el trato de gentes más ricas y mejor pulimentadas que las de su villorrio, los regalos y placeres no experimentados hasta entonces, consumaron la obra empezada por la naturaleza, haciendo de Constancio — vagabundo perfecto.

Claro está, que tomado el sabor de aquella vida ociosa, ni estudió ni volvió al pueblo sino dos brevísimas temporadas de verano, por voluntad manifiesta de su padre, y con tan poca suya, que apenas salió de su casa por cuyo huerto murado paseaba sus trajes y preseas, admiración de sus vecinos, su nostalgia aburrida, dolor de su padre cariñoso, sus ambiciones muy superiores á lo que veía y su disgusto desdeñoso de todo lo que le rodeaba.

Pero huérfano al poco tiempo, y mayor de edad nuestro mozo, rompió el único dique que hasta entonces tuvieran sus antojos; la caja de su padre, abierta antes para él sin ruindad, pero con medida, y saqueada ahora sin medida ni previsión.

Roto el dique metálico, se desbordó el torrente mal contenido, inundando de oro derretido, de vino derramado, de espumas y de cieno la vida de Constancio con tal rapidez y con tan fiero arrebato, que en seis años de mucho vivir y poco pensar en los días tristes que sobrevendrían, derrochó su herencia, parte en el juego, lo cual demuestra que siempre jugó limpio, y parte con las mujeres, lo cual denota que les había repartido más que quitado.

*
* *

Una noche del Corpus, fiesta famosa de Granada, Constancio perdía sus últimos mil duros en la ruleta, y media hora después comunicaba su desgracia y ruina á su última querida; declarando honradamente que no podía sostenerla en lo sucesivo, pero exigiendo de ella que le amase como en lo pasado.

Naturalmente, la buena muchacha lo prometió así, y aun lo cumplió mientras no estuvo provista de otro amante, que fué al mes cabal, en cuyo punto y hora dejó á nuestro inocente varón plantado en mitad de la calle.

Enfurecióse él, y, por buen componer, se ofreció ella á partir furtivamente sus favores entre el antiguo y el nuevo amante. No era escasa generosidad la de Angustias, ni mala la avenencia para un pobre como Constancio; pero lo quiso todo y se quedó sin nada, fuera de un furibundo sablazo con que su rival le partió en cuatro los dos labios en un lance de honor ocasionado por la querella amorosa.

Convalecido de la herida, Constancio se trasladó á Madrid, depósito común de ambiciosos, sumidero de huidos y escondite de arruinados, para ocultar su miseria y perseguir su fortuna. No pudo tocarla, porque la que estaba á su alcance no era de su gus-

to, y la que era de su gusto no estaba á su alcance.

Y he ahí cómo un hombre nacido para ser el primero y más feliz entre los de su pueblo, si hubiese tomado la vida tal cual ella se da, fué durante un año el último y más desdichado de Madrid, porque quería hacer de sus deseos realidades y tomar por vehículo obediente á sus pasos este planeta que lleva en su rotación á la humanidad, como lleva la muela á la semilla: para hacerla polvo.

Por aquel año empezó Constancio á sentir las espinas de la pobreza más angustiosa de las pobrezas: la que no se aviene á ser pobre. No se acurruca, como la miseria resignada, sola en hogar sin cama, ni luz ni fuego, pero sin ambiciones, ni zozobras, ni vergüenzas. No. Vive siempre ostentosa con su séquito inseparable: el rubor de las deudas, la persecución de los acreedores, el continuo mudar de alojamiento, hasta el hambre disimulada del estómago y el apetito doloroso de placeres gustados antes y después prohibidos.

Y solo quien vivió en las ruidosas compañías de la bacanal; en la habitación alquilada de una fonda quien tantas veces puso casa á sus protegidas; desvelado por los pesares quien siempre lo estuvo por los de-

leites, ¿cómo no pensar en las venganzas seguras que la moral toma de sus enemigos? Y en aquel punto de atrición Constancio determinó hacer vida honesta, como lo determinan todos los perdidos cuando no les quedan recursos para hacer otra vida.

***

Motivo principal de este propósito de conversión fueron ciertas proposiciones que recibió de su pueblo para la venta de la única propiedad salvada del naufragio: salvada providencialmente, no por previsión del dueño, sino por falta de compradores, que siempre la desecharon por inútil..

Era una antigua casa de labor, el hogar solariego de la familia.

Su edificación databa de los primeros años del siglo XVIII.

Constancio ni conocía aquella antigualla escondida en el callejón más feo de la villa, y destinada por sus abuelos para vivienda y oficinas del administrador de los bienes cuando los había, y para archivo de la documentación de la casa.

Comprábala un tío de Constancio, no por negocio, sino por el placer de conservar en familia el asiento primitivo de ella.

Constancio, convidado por el tío, pasó al pueblo, más para descanso de los apuros cortesanos que por tratar de la venta, aunque éste era el pretexto del convite.

Para desengaño suyo, la tasación de la finca no alcanzaba á diez mil reales, y cuando la hubo visto aún le pareció pagada á capricho de artista y no á precio de especulador. El aspecto de la casa era no tanto pobre como siniestro. Parte de ella se componía de un solo piso: un ingreso mitad zaguán y mitad cocina, con alto hogar de campana, cuatro aposentos interiores y un corralillo frontero al antiguo cementerio de la iglesia parroquial.

Formaba la otra y mejor parte conjunta del edificio una torre de piedra, resto indubitable de alguna fortificación árabe, aunque desfigurada por revocos y pegotes de siglos cristianos. Aprovechando aquella fuerte construcción, pegada á ella y como á su amparo, estaba construída la casa de Constancio.

—Con que, trato cerrado — decía el tío después de haber visitado los tres cuartos que componían los tres pisos de la torre. Diez mil reales: ya ves si la pago bien.

—Sobradamente; pero no tengo para nada.

—Aún tendrás menos el día que tu

acreedores te embarguen la casa y te la tasen en cien duros, valor de los materiales.

—Pero... ¿y el solar y el sitio?

—Precisamente eso le perjudica. Linda con el cementerio parroquial.

—Pero ya no se hacen enterramientos en él.

—Se hicieron hasta fecha reciente. Esta parra que cubre de gigantescos pámpanos y dulcísimas uvas el corralejo, tiene metidas las mil bocas de sus raíces por las antiguas huesas, atraída por la sustancia de la tierra. Aparte de esa mala vecindad, la casa fué en otro tiempo casa de miedo, y la torre atalaya de moros. Cuando nuestro tatarabuelo la compró, aún vivían en ella descendientes de los moriscos de estas Alpujarras. Como que la casa se vendió por mano y orden de la Inquisición de Granada. Nadie, pues, se atrevería á darte lo que te doy por ser cosa de familia. Con ese dinero puedes establecer una tienda aquí.

—¡Una tienda! ¡Qué vergüenza!

—Pues avergüénzate de tus abuelos, porque con ella labraron la fortuna que has deshecho. Trabajando mucho podrías rehacerla para tus hijos.

—No sé trabajar: no puedo.

—Pues dí entonces que no puedes vivir.

Con que, trato cerrado, sobrino. Recoge los papeles que te pertenecen, y lo demás queda por mío. Hasta luego.

***

Constancio quedó solo y triste en la pieza que servía de archivo. Era un cuarto de alta techumbre abovedada, mal iluminado por tres ventanillos estrechos y desiguales, que fueron troneras en la antigua fábrica. Su mueblaje, una mesa tosca de nogal; sobre ella un tintero de loza talaverana, con plumas resecas de ave, y un gran velón de cobre, cuyo dorado primitivo asomaba á trechos por la verde capa de cardenillo que el desuso le había echado encima. Junto á la mesa un sillón de cuero cordobés, y arrimada á las paredes una estantería de pino, sin otra pintura que la de la edad, en la cual estantería se medio acostaban infolios de pergamino y voluminosos legajos encartonados cuidadosamente.

"Cuentas del año de 1850„—leyó Constancio sobre uno de ellos.

—¡Y qué me importan! "Del 30„. Al suelo. "Del 10„. "Del 1793„.

"Entradas del año: suma total: treinta mil reales„. "Gastos: ocho mil reales„.—Así se hacían los capitales. Lo que yo he gasta-

do á veces en una cena. Así se deshacen los patrimonios.

Y Constancio iba descomponiendo aquellos legajos tan puestos en orden, con la misma prisa con que desbarató la fortuna representada por ellos.

"Cartas de 1760.„ ¡Hasta las cartas archivaban estos viejos!

"Títulos de propiedad.„ El legajo estaba vacío; los títulos habían pasado á los nuevos poseedores de las fincas.

"Testamentos.„ Constancio se detuvo con triste respeto ante aquel legajo y lo puso sobre la mesa.

Leyendo la relación de haberes y bienes que su padre le había trasmitido, conoció por primera vez la importancia de lo que había gastado y la imposibilidad de restaurarlo.

—¡Perdido! ¡perdido para siempre! — se dijo con desesperación. Se le abrasaban las sienes; tuvo que buscar aire fresco, aproximándose á una ventana. El vértigo de la altura y de la ira le empujaba, y pensó dar fin á su vida arrojándose desde la torre á la calle. Pero su cuerpo no tuvo salida por la estrechez de la tronera, y Constancio tornó á la mesa y á la lectura.

"Testamento que otorga Antón Marín, maestro que fué de platería en el Zacatín

de esta ciudad de Granada: año de gracia de 1740.„ Y junto con él un pliego encabezado de esta manera: "Recomendaciones y secretos que Antón Marín deja á sus herederos.„

—¡Secretos! ¡Si descubriera el de algún tesoro oculto! Aquellas gentes solían enterrar las onzas.

Constancio, exaltado por tal esperanza, devoró con avidez las páginas amarillentas del legajo.

"Recomendación del alma á Dios, escrita por mi tío el beneficiado de la capilla de los Señores Reyes Católicos.„ ¡Adelante!

"Secreto para conservar el vino.„ ¡Borracho!

"Receta para adobar jamones al modo de la Alpujarra.„ ¡Glotón!

Concluían los secretos y con ellos las ilusiones de Constancio, cuando hirieron su vista y más su imaginación dos rótulos verdaderamente atractivos:

"Secreto para ser feliz.

"Receta para hacer oro.„

En menos tiempo del que necesitó para releer los rótulos Constancio, concluyó estas reflexiones:

"Antón Marín fué maestro de platería, el primer rico de la familia, hombre feliz y muerto á los noventa años de edad. Luego

puede haber algo digno de consideración en los secretos de la riqueza y de la felicidad.„

Acaeció, pues, que tras su primera risa de asombro burlón, vino la curiosidad por conocer las fórmulas; á la curiosidad satisfecha, siguió el desencanto, al desencanto sucedieron cinco minutos de meditación y á la meditación el convencimiento definitivo.

"En efecto, ó no hay felicidad, ó no puede haber otra fórmula para encontrarla „

Recogió los papeles esparcidos, y guardando la llave de la casa, se fué á la de su tío.

—No hay nada de lo hablado—le dijo.—Me quedo con mi casa.

—¿Para qué la quieres tú, gitano sin hogar?

—Justamente para tenerlo desde hoy.

Y Constancio se aposentó desde aquella noche en su morada.

* * *

En adelante fué otro hombre por fuera y por dentro. Cobraron vigor aquellos miembros flacos, colores aquel rostro anémico, aquellos ojos amortiguados luz, alegría aquella boca, reposo aquellos nervios sal-

tadores, fuerza aquel ánimo abatido por las contrariedades, y toda la persona aquel aspecto de felicidad y de salud que viven y se acompañan tan inseparablemente que no es dado á veces decidir si la salud viene de la felicidad, ó si la felicidad viene de la salud.

¿Por qué tal cambio? Porque Constancio había resuelto ser dichoso, y lo era· ¿Cómo? Poseía un secreto al parecer preciosísimo, un pedazo de papel con ciertas palabras escritas en caracteres antiguos, oración ó conjuro que llevaba siempre en su cartera á modo de oráculo con el cual consultaba y resolvía en trances de duda ó de apuro.

Andando el tiempo, el corazón rendido, mas no muerto, de Constancio, sintió los primeros aletazos de una pasión amorosa. Encendíala una buena moza de su pueblo, rica, altanera, y sobre todo enamorada de otro mozo, si no tan inteligente y afinado como Constancio, más rico, más joven y más galán, aunque un algo imbécil y un mucho tosco; cualidades, que en vez de restarle encantos, le añadían el de la fortaleza, encanto muy principal para la moza alpujarreña, cuya piel tostaba el fuego de la sangre morisca. Vencer en comparación tan desigual y rendir la plaza con fuerzas tan inferiores, era obra imposible, y por tal

la reputó Constancio á las primeras embestidas.

Entristecióle el caso; pero lejos de acobardarle le sacudió las celdillas de aquel cerebro testarudo, amasado por la naturaleza para intentar los imposibles, aunque en ellos se descalabrara las más veces. Se descalabró una más, recibiendo su persistencia la puñalada venenosa del desdén que más punza: el desdén risueño. Enfurecióse, y se le enconó la herida, de suerte que, picado juntamente del amor ajeno y del propio, Constancio se empeñó en ablandar la esquivez de la muchacha. Y como no lo lograra, empezaron de nuevo para él los días de tristeza, las noches de insomnio, los desmayos del espíritu, hasta que lamentándose en una ocasión de su infelicidad, como solía en pasados tiempos, y á punto ya de resoluciones desesperadas, sacó de la cartera el amuleto famoso, y después de leerlo, se serenó, como si un soplo de frescura celestial hubiera apagado súbitamente las llamaradas de su sangre.

– Soy pobre, soy feo, ¡sí, feo!—exclamó mirándose ante un espejillo;—ese mozo es rico, es guapo; ella mujer, y joven. ¿Por qué regla ha de querer lo peor teniendo lo mejor? Sería tonta, como lo soy yo cuando lo retendo. Efectivamente, pido peras al olmo

Y dejó de ver á la niña, con mucho trabajo el primer día, con menos los siguientes, hasta que la costumbre cansó al pesar, llevándolo por esas pendientes graduadas que empiezan en la resignación y acaban en el olvido.

***

Otro día Constancio se enredó en las zarzas de un afecto, si menos hondo, más arrebatado que el anterior; porque aquél le cogía el espíritu, pero éste el espíritu y la carne. Tratábase de cierta coqueta incorregible, nacida, como todas las de su ralea, para el mal de dos filos. Hermosuras que hieren á los demás, hiriéndose á sí mismas; que destruyen la paz ajena sin provecho de la suya; siempre alegres y nunca contentas, porque no sienten los duelos, pero tampoco los goces íntimos del alma; que no gozan sino cuando estrenan amante; fieras carnívoras por vicio y no por hambre, que escupen la presa sin masticarla, después de matarla por el solo placer del estrago.

Pero la virtud en la naturaleza humana es como el aire en la física; no hay atmósfera tan putrefacta que no contenga algo de aire respirable, aunque ese poco sea insu

ficiente para la respiración sana: el vacío moral no existe.

Y Carmen—que éste era el nombre de la tal—tenía también su virtud, única entre tanta degradación: la franqueza. No engañaba á nadie. Así fué que cuando Constancio, ofendido por la primera traición de Carmen, se le quejó de ella, recibió esta réplica sincera:

—Acúsame de todo menos de traición; sólo hay traición habiendo engaño. Confieso que soy caprichosa, y no puedo ser de otra manera; quien me quiera, ha de tomarme así, ó dejarme.

A pesar de esta confesión, confirmada por cien pruebas históricas, Constancio se propuso lo imposible; domesticar aquella perdiz salvaje, criada en libertad, que moriría de rabia en el encierro de la vida casera.

Los idealismos de Constancio reaparecieron como solían, y planteó la cuestión rotundamente.—O todo ó nada—dijo un dia.—Pues nada—decidió Carmen con burlona viveza.

En camino de la desesperación y próximo ya á determinaciones violentas estaba otra vez Constancio, cuando consultó con su precioso manuscrito.

—Tiene razón—pensó:—hay que tomarla como es. Entre el todo y la nada hay un

término medio: algo; contentémonos con lo posible: el olmo no da peras.

Indudablemente, recordó el funesto fin de sus exigencias con Angustias la granadina, que le valieron el abandono, y sobre él la cuchillada que aún le escocía. Serenos, pues, sus apetitos, pactó paces con su ánimo y con Carmen. Los días perdidos antes en reyertas y celos, eran ahora aprovechados deleitosamente en esas mentiras del amor, tan necesarias, que el corazón, aun conociéndolas, las admite por lisonjeras, como el hambriento admite con placer los manjares esponjosos que hinchan, aunque no alimentan el estómago.

***

¡Qué diferencia entre el Constancio de antes y el de ahora! Aquél, rico, halagado, con grandes recursos en los grandes emporios de los vicios alegres, se marchitaba, devorado por el constante ardor de las aspiraciones nunca hartas. Este otro Constancio, pobre, oscurecido en miserable aldea, era feliz y se esponjaba de alma y de cuerpo con la llenura de los deseos cumplidos.

¡Con qué descanso se levantaba de la mesa de juego—solía jugar á las siete y media ó al golfo, en casa del boticario,—ga-

nando dos ó tres duros, él, que tantas veces los había perdido á miles por no contentarse con los centenares ya ganados! ¡Con qué orgullo se arrellanaba en los toscos sillones del Ayuntamiento de su villa, él, á quien parecía antes asiento escaso el banco ministerial de las Cortes! ¡Con qué despotismo empleaba su autoridad concejil en ganar votos electorales para el candidato del gobierno, él, que tanta saliva había gastado en pro de la independencia municipal y de la pureza del sufragio!

El hombre que hubiese parado en un manicomio si siguiera los fantasmas de sus idealismos, ó en una cárcel si siguiera sus viciosas inclinaciones, era ahora el hombre más cuerdo y honrado de la villa. Y el desesperado que intentó buscar en el suicidio descanso de las batallas de la vida, la cuidaba ya como flor de perfumes delicadísimos que podía disipar un aire colado.

¿Cómo se había operado esa transformación maravillosa? El mundo era el mismo: sus días y sus noches; sus simas y sus alturas; sus luces y sus nieblas; sus fríos y sus calores; sus campos frescos y sus eriales terrosos. La vida era la misma: sus ciudades aparatosas y sus aldeas miserables; sus potentados y sus siervos; sus mujeres stas y sus mujeres perdidas; sus hom-

bres buenos y sus hombres malos; vicios y virtudes; placeres y dolores; verdades y engaños. Nada había cambiado en el planeta, que giraba con monótona regularidad, como el cilindro de un poliorama, exhibiendo una vez más sus vistas y lienzos siempre repetidos.

Había cambiado sólo el lente con que Constancio miraba aquellos panoramas; ese anteojo interno, que bien graduado nos da la medida y la distancia verdaderas de las cosas; y mal graduado por nuestra voluntad las aleja ó las aproxima, las abulta ó las desmedra, produciendo con perspectivas falsas sombras fingidas y tristezas sin realidad.

Porque en el mundo no hay otras dichas sino las que nosotros mismos nos hacemos: ni hay buena ni mala suerte, sino buenos y malos procederes. El infortunio no viene de lo exterior, como las sensaciones físicas, sino que se labra en el ánimo mismo donde reside, pues en algo se diferencian los seres que piensan, sienten, quieren y crecen de dentro afuera, de la materia inorgánica, que crece de afuera adentro por agregaciones sucesivas, como el pedrusco erizado de picos punzadores.

Constancio había adquirido en un día el dón supremo entre los dones del espíritu:

el dón de hacerse cargo de las cosas. ¿Cuál fué ese instante luminoso de su existencia? Aquel en que conoció, por el testamento de maese Antón, el famoso secreto de la felicidad humana.

Desde entonces comenzó á ver claro en la tierra. Pretendía antes que todo fuese en ella cumbres con blancuras de nieve, aguas de limpio manantial, soles sin eclipse nocturno, virtudes sin quiebra, justicias sin interés, amores sin dolo, pasiones sin bajeza, fortuna sin reveses; y como no lo encontraba en estado purísimo, en esas pepitas de oro nativo, codicia de los mineros, se reputaba por hombre desventurado porque tenía que desamasar los terrenos y verter las escorias con que va mezclado siempre el oro en los confusos criaderos del subsuelo moral.

¡Qué noche de estrago, incendio y ruina aquella en que nuestro antiguo idealista, con la tea de la realidad en la mano, entró á saco los alcázares de sus ilusiones!

Una borrachera de la muerte. No destrozaron tantos tesoros y preciosidades los bárbaros de Atila en las ciudades italianas, ni los de Omar en Alejandría, ni nuestros tercios en la Roma papal, ni nuestros descubridores en los templos indianos. Palacios destruídos, ídolos rotos, estatuas que-

bradas, gigantes mutilados, todo lo ostentoso que encontró en los interiores de su cabeza, y cuanto vió de bello, grande, alto ó querido, en mujer, hombre, institución ó creencia, todo deshecho, y después consumido por las llamas, y luego aventado por el soplo glacial salido de la boca de un muerto, que legaba á sus descendientes los secretos de la existencia.

Y cuando el espíritu, desalojado ya de la bandada de hermosos pájaros que en él vivían, ajustó á sus huecos las esquinas de la realidad, Constancio fué feliz sin interrupción.

Complacíale todo, y todo tenía su lado agradable para él. Las mujeres, porque no les pedía hermosura sino por fuera; los hombres, porque no les pedía grandeza sino en las palabras; su aldea, porque no la comparaba con las ciudades famosas; su mediocridad, porque no le pedía excelencias; la naturaleza, porque no le pedía sino lo ordinario; el mundo, porque no le pedía sino su movimiento corriente; su propia vida, porque ni le pedía milagros, ni él mismo se pedía ser una excepción de la raza humana. Vió, en suma, que, en vez de ángeles, heroes y paraísos, eran las mujeres, carne; los hombres, barro, y el mundo tierra.

Pero ¿cuál era ese secreto infalible de la felicidad? La siguiente observación, escrita al morir por un hombre que había vivido noventa años entre sus semejantes: un gran práctico de los canales de la vida.

"¿En qué consiste la felicidad humana? En el cumplimiento de los deseos: acorta tus deseos, y tendrás á tu alcance la felicidad. Toma las cosas como ellas son, y no como las quieres: puesto que el olmo no da peras, no se las pidas.„

En cuatro palabras, un tratado perfecto de filosofía, por el cual se rigió puntualmente Constancio: no pedía peras al olmo.

LAS RECETAS DE MAESE ANTON

—

PARTE SEGUNDA

—

UN ALQUIMISTA DEL SIGLO XIX

NARRACIÓN PARA LOS HOLGAZANES

Constancio luchaba en vano contra la pobreza que, encontrándole débil y perezoso, le iba tomando todas las posiciones de la vida. Alegría, entereza, fuerzas del espíritu, y hasta fuerzas de la carne, flaqueaban ya, y se rendían al empuje de aquel enemigo victorioso.

Empobrecido por los vicios y criado en ellos, se obstinó en pedir á los vicios lo que le habían quitado: su fortuna. Jugó en la Bolsa el resto de ella, jugó á los naipes el importe de sus joyas, á la lotería su última esperanza, y, finalmente, intentó jugar su coro al azar más peligroso del mundo, al

azar de un casamiento de conveniencia. Pero si no tenía suerte para los primeros juegos, para el último no tenía cara. Sobre no ser agraciada la suya, afeábala más la cicatriz de una herida que le partió los labios en cierto lance de honor á que le condujo una mujer sin honra; aquella Angustias de ingrata memoria. Así es que concurrió sin resultado á la feria cortesana de herederas ricas que compran maridos pobres, ó, mejor dicho, que se cambian por la vanidad de un título nobiliario, por el ruido de una posición sonora, ó cuando menos por la gentileza de un buen mozo.

Rendido, pues, á la pobreza y desesperanzado de remediarla estaba Constancio, cuando recibió proposiciones para la venta de la última propiedad que le quedaba: el hogar solariego de la familia, olvidado en un villorrio de las Alpujarras. Cómo fué á aquella casa y lo que le pasó en su vieja torre, es ya sabido, y queda narrado en la parte primera de esta historia. Vióse allí cómo dió casualmente con el testamento de su tatarabuelo, y con el famoso codicilo de las recetas. Cuando, entre otras no menos extravagantes, halló la fórmula para hacer oro, se burló de la credulidad de los siglos pasados; pero después de leída se burló del descreimiento del siglo presente. Y dijo,

con la satisfacción intensa del que descubre un tesoro ignorado: "Efectivamente, esta es la única fórmula posible para hacer oro". Entonces, en lugar de vender á su tío la casa, se encerró en ella, y nadie supo de él durante dos años.

***

Pasados éstos, los vecinos observaron que aquel hombre, vuelto á la villa casi en calidad de mendigo, vivía, si no con el boato de siempre, con un bienestar que nunca tuvo. Dejábase ver en su rostro y en su proceder esa alegría serena, producida solamente por la certidumbre de lo por venir, como si Constancio contara con un caudal manado perennemente de sus propios bolsillos y no expuesto á contingencias de la fortuna.

Comodidades en su vivienda, abundancia y hasta golosinas en su mesa, y en su vida y persona todo lo necesario, mucho de lo superfluo y algo de lo vicioso, pues también se regalaba con el lujo de mantener á alguna muchacha pobre, pero bonita.

Las gentes se dieron pronto á murmurar le tal mudanza de fortuna en aquel que

vieron arruinado y holgazán dos años antes.

—No hay que formar malos juicios; lo mantiene su tío, que es un buen señor, por decoro de la familia.

Así se explicaba un viejo labrador que no había visto nunca más mundo que el de sus tierras del término municipal.

—Su tío le costeará necesidades; pero, por lo mismo que es un buen señor, no le costearía vicios,—observó un hombrecillo con arte de leguleyo de aldea.

— Convencidos, — afirmaron algunos; — desechada la suposición.

—Hay quien presume que le sostiene su tía, á hurtadillas del tío,—dijo bajando la voz y guiñando los ojos otro interlocutor, que era el malicioso del corrillo donde sobre esto se departía á la puerta de la iglesia después de la misa mayor.

—La tía—añadía otro—está aún frescota, y fué siempre alegre y dada al señorío; y Constancio, aunque feo, tiene buen aire y treinta años; es á saber: veintinueve menos que el tío.

—Por ese lo digo,—replicó el malicioso.

—Puede ser: la explicación es verosímil,—dijeron los mismos que antes negaron la primera explicación, quizá por ser la más honrada.

Pero acaeció que, días después de este

diálogo, la desacreditada tía entregó su cuerpo y sus secretos á la tierra, donde la metieron unas fiebres pútridas.

Y acaeció también que Constancio, á pesar de la muerte de la tía, siguió viviendo y gastando como si continuasen los favores de la difunta.

—Vean ustedes con qué poco fundamento se desacredita á la gente,—hablaba uno del antiguo corro.—Dábase por cierto que Constancio vivía sobre las costillas de aquella señora.

—Calumnia doble para la tía y para el sobrino,—agregó otro que parecía hombre formal.—Tengo para mí la sospecha de que lo mantiene la moza de marras.

—¿La que suena como mantenida por él? Pero... ¿cómo? ¡Si ella es más pobre que las ratas!

—Porque á su vez la moza recibe dinero de un viejo enamorado.

—Desengáñese usted; las buenas mozas no dan ya sino disgustos.

—Menos cuando les conviene tapar reputaciones agujereadas con la cabeza de algún perdido sin escrúpulos. El viejo quiere casar á la muchacha con Constancio.

—¡Ya!

—¡Ya!

A poco de esto, la tal moza se fugó con

la compañía de unos cómicos que estuvieron ocho días en el pueblo.

Y Constancio continuó viviendo, no como antes, sino mejor, porque faltándole un vicio que sostener, aplicaba los ahorros de Venus á los gastos de Ceres y Baco.

—¡Vamos! Está descubierta la mina,—siguió diciendo la murmuración, que nunca se da por vencida.

—Constancio ha vuelto á las andadas: juega.

—Efectivamente: juega muchas tardes en casa de don Antonio.

—Y juega con fullerías, porque siempre gana.

—Sabe de esas cosas más que todos nosotros. ¡Como que no ha hecho otro estudio en su vida!

—¡Y yo que le he admitido en mi partida de brisca!

—¡Y yo que me he dejado ganar por él cuatro pesetas!

Lo cierto es que Constancio jugaba á veces, por no olvidar el vicio, á la siete y media, y aun al golfo en casa del boticario, donde solían atravesarse en toda la semana unas cuantas pesetas muy reñidas y disputadas.

Pero como entre los contertulios corriera la voz de aquella estafa monstruosa, el juego fué suprimido.

Y la fortuna de Constancio, en vez de bajar, prosperaba, porque la malicia se había empeñado ahora en limpiarlo de los vicios con que lo manchó en otro tiempo la lisonja.

—Pues esta abundancia no trae buen origen, digan lo que quieran,—repetía la insaciable lengua de la murmuración.

—¿Y quién dice que trae buen origen?

—Malísimo. ¡Pues qué! ¿acaso no está ya el señor juez del partido tras los hilos de este filón?

—¡Cómo! ¿Constancio?...

—Ladrón de caminos.

—Tal vez secuestrador...

—Jefe de una partida de bandidos.

—¡Pero si nadie entra en su casa!

—Pero él sale con frecuencia del pueblo, y tarda á veces cinco y seis días en volver.

—Es cierto.

—Y se ha advertido que sale sin dinero y vuelve con él.

***

En efecto: la ciencia popular, que cree ó quiere explicarse todo á tuertas ó á derechas, llegó á vocear tanto é inventó tan pegrinas conjeturas, que Constancio se vió

un día complicado en un proceso criminal sobre robos hechos por entonces en los caminos y en las iglesias del país.

La justicia, inducida por la voz pública, ó tal vez por denuncias concretas, se consideró en el deber de interrogar á Constancio y registrar su domicilio.

El hallazgo de importante cantidad de piedras preciosas, de las cuales no había noticia ni antecedente, y de ciertas joyas de uso femenino y aun sagrado, dió malísimo sesgo al asunto.

Justificar la procedencia de las piedras y alhajas, el objeto de sus viajes frecuentes y probar su inocencia, fueron trabajos que pusieron en aprieto á Constancio.

La gente suspicaz quedó convencida, no de la honradez de Constancio, sino de que la justicia había errado la pista. No era ladrón ni secuestrador. Pero era algo malo.

—¡Falsificador de moneda! ¿Qué recurso queda al hombre que ni la tiene, ni la gana, ni la recibe, ni la roba? ¡Hacerla! ¿Cuándo y dónde? De noche, y en su casa. Observen ustedes sus costumbres. Vive y duerme en el piso alto de la torre, lejos de la vista y del trato de su única criada, que habita en el cuarto bajo de la casa.

—Que pasa en claro todas las noches, lo

sabemos, porque se despierta á la una de la tarde.

—Dígamelo á mí—intervenía el cura,—que al levantarme para la misa del alba, veo constantemente iluminada la torre. Por las rendijas de sus maderas salen á lo exterior filtraciones de luz artificial, compañera de la vigilia.

—¿Estudiará?

—Nunca estudió. Ni el estudio labra moneda. Ni el ruido leve, pero continuo, que se escapa del cuarto corresponde con las meditaciones silenciosas del estudio.

—¿Ruido?

—Seco y picado como de martillo unas veces, otras sordo y ligado como de lima.

—¿Y sale hasta afuera?

—No: pero se oye desde abajo. Su criada me lo ha participado, pidiéndome por Dios que exorcice la casa. ¡Como que todo el pueblo sabe que fué casa de miedo!

—Evidentemente. Monedero falso.

—¡Y compra siempre en mi tienda! Ahora mismo voy á ver mi cajón. Y desde mañana miraré y remiraré sus monedas.

Miradas y remiradas en adelante las monedas de Constancio, resultó que eran cabalmente las mejores y más corrientes del pueblo.

—¿Conque piensan que las hago yo mis-

mo?—dijo, cuando su criada le manifestó cómo y por qué le examinaban las monedas.

—Yo mismo las fabrico, en verdad; pero el oro que hago es el más legítimo de la tierra.

—¿Usted?

—Y si lo mereces, he de dejarte el secreto para que también lo utilices.

¡Secreto en oídos de mujer! No necesitó averiguar otra cosa la muchacha para sentirse roída de curiosidad y de deseos de comunicar el descubrimiento con persona que pudiera darle razón de él. Confiólo, en efecto, á una vieja comadre muy sabida, con ribetes de saludadora y profesión de partera, tan consumada y cabal en su arte, que por sí propia se lo guisaba y se lo comía todo, desde el principio al postre, porque así concertaba tratos con mozas caedizas, como recogía y tapaba después los frutos del tropezón.

—Todo puede ser, hija mía—respondió la tal,—y todo debe de creerse de tu amo, que ha aprendido mucho por tierra de herejes. Además, esa casa ha tenido siempre misterio. Mi abuela, que murió tan vieja como yo quisiera morir, contaba de ella cosas que ponen los pelos de punta; ruido de cadenas que no se veían, aparecidos, almas en pena,

moros que se fingían cristianos y otras visiones que dieron en qué entender á la Inquisición.

La comadre refirió á otra en confianza lo del oro, la tercera lo transmitió á la cuarta, y pasando de boca en boca, el secreto quedó tan voceado, que no hubo chico ni grande que no lo supiera.

—En efecto, —dijo el boticario cuando llegó hasta él; —antiguamente hubo una ciencia que de eso trataba. La alquimia, madre de la química, dió fórmulas para hacer oro artificial; pero ya nadie cree en ellas: y gracias que se dé crédito á nuestras fórmulas para hacer los medicamentos específicos.

***

No obstante, el vulgo aquel que nunca creyó que el hierro cría sangre, creyó que la alquimia criaba oro, y se atuvo á las sospechas de la saludadora antes que al dictamen facultativo del farmacéutico. La imaginación fué más allá que la ciencia, y aquellas gentes supersticiosas tomaron por artículo de fe lo de la alquimia.

¡Las supersticiones! El sol las incuba con su capa abrasadora tan invariablemente, que bajo todo cielo de mucha luz hay un s de mucha superstición. Se explica por

razones climatológicas, como la producción de los naranjales y las palmeras. Quien sufre los rigores del calor, busca naturalmente el consuelo de la sombra.

Véase el ejemplo de los pueblos orientales y los de origen oriental. Poblaciones apretadas, calles estrechas y tortuosas para encontrar en sus lobregueces y recodos amparo contra el sol; casas sin ventanaje, puertas enanas, corredores angulosos, cámaras abiertas á patios interiores, alcobas empotradas en las paredes, todo en ellas cerrado, todo oscuridad y misterio. Allí se huye de la luz como del enemigo que azota las carnes. La arquitectura defensiva ha trazado las ciudades y viviendas andaluzas de origen moro, como la ingeniería militar dispone la defensa de una plaza asediada por el fuego de cien baterías. Y este orden de vida material rige también ya por naturaleza, ó ya por hábito, en la vida moral. En ella, lo misterioso domina á lo claro. Esas razas ven más en las tinieblas que á la luz. Creen lo oculto mejor que lo visible. Su fantasía sabe más que sus ojos, y es mayor su fe en las cosas no explicadas que en las que aclara la razón. Entre esas castas visionarias, lo que se supone supera á lo que se demuestra; y el arte, todo misterios no enseñados, prevalece sobre la ciencia exac-

ta, toda claridad, sujeta á reglas inmutables.

Se explican la aparición de un cometa ó de un eclipse por la amenaza de una catástrofe, más bien que por la evolución necesaria, indeclinable de los astros en las órbitas siderales.

Cautívales la devoción de lo sobrenatural, y temen á las burlas del duende y á las llamas del diablo, y no á la mofa de las malas lenguas y al fuego de los propios vicios.

Fían sus venturas y temen sus peligros de la quietud de los muertos, y no de la actividad de los vivos. Ponen toda su fe en el vaticinio de una gitana, y no les queda ninguna para las previsiones de un sabio: así, están aguardando siempre de las rayas de la mano la fortuna que no encomiendan al trabajo de los dedos.

Creen en los agüeros de los pájaros que van por las nubes, y no miran á los precipicios de la tierra: en la buena dicha de quien palpa á un jorobado, y no en la de quien endereza por derecho sus acciones. Evitan las palabras siniestras que llevan aparejado el infortunio, y dan vuelo á las injurias que traen consigo deshonra y desolación.

Recogen y guardan, como amuleto bienhechor, la herradura encontrada en la

calle, y descuidan á la mula que les labra la heredad.

Si enferman, prefieren el remedio de hierbas desconocidas que aplica la comadre, al medicamento que elabora el boticario, y llaman á la saludadora que desde lejos santigua con frases ininteligibles, antes que al médico que, con el termómetro y el auscultador, siente y ve claramente el progreso de la dolencia y la consunción de la vida, como se ve la consunción del aceite en el depósito cristalino de una lámpara.

¿Cómo, pues, en tierra tan abonada no había de árraigar la conseja de la alquimia? Propagóse de tal suerte, que entre los vecinos del pueblo eran pocos los que no graduaban á Constancio de doctor en alquimia; muchos los que se santiguaban con miedo al pasar junto á la torre; varios los que olían el azufre de las retortas infernadas, y todos los que le envidiaban la fortuna de haber dado, por caminos buenos ó malos, con el secreto de la riqueza, cuyos aumentos crecían con los años, tanto como su fama de alquimista.

Y la envidia maniobró un día, acudiendo al juez para que persiguiera á Constancio por milagrero.

—¿Enseña su secreto á alguno de ustedes mediante precio?—preguntó el juez.

—¡Qué ha de enseñar! ¡Si lo malo es que no vende el secreto por todo el oro del mundo! - contestaron.

—¿Expende moneda falsa?

—La suya es intachable.

—Pues en ese caso, nada puedo hacer. El Código solamente castiga los milagros hechos en perjuicio y fraude del prójimo: los llamamos estafas. Si no la hay aquí, lo único que siento es ignorar el secreto; porque, sabiéndolo, dejaría mi juzgado, donde oigo tantas sandeces.

***

La conducta de Constancio era, en realidad, sospechosa, aun para gentes menos crédulas que sus convecinos.

Había en ella algún misterio. Constancio, á quien las inclinaciones naturales, los hábitos antiguos y la fortuna presente debieran empujar al ocio de la vida alegre, llevaba, por el contrario, un vivir arreglado y hasta metódico. No se privaba ciertamente de los regalos del cuerpo ni de los recreos del espíritu, y todavía menos de aquellos placeres sensuales, que son á la par recreo del espíritu, regalo de la carne y mandato imperioso de ambos. Pero se daba á ellos con orden inalterado, obede-

ciendo á la tiranía de las pasiones solamente en horas determinadas.

En las demás, que eran muchas, y señaladamente en las nocturnas, se encerraba en su cuarto de la torre, cuyas dobles puertas no franqueaba nunca á persona viviente, inclusa su criada, la cual no conseguía penetrar, ni con fines de limpieza, en el misterioso aposento. El amo lo limpiaba y componía por sus propias manos, y de tarde en tarde.

¿Por qué esas cautelas en quien no las tuvo antes para nada? ¿Y qué hacía en aquel encierro impenetrable?

El tiempo, que llega á todas partes, y las dolencias, que saltan á todo tiempo, rasgaron el velo.

Fué el caso, que una noche Constancio se sintió acometido de súbito malestar, y tras él de un desvanecimiento que le derribó por tierra. Recobrado del síncope, el instinto de la vida llevó sus manos á la puerta para abrirla, y la voz á la garganta para requerir auxilio.

Parecíale que se ahogaba en el estrecho espacio de su estancia, y quiso salir de ella olvidado de todo; porque cuando se ve cercano el gran secreto de la tumba, no interesan ya los secretos de la tierra. Socorrióle como pudo la criada, la cual fué á pedir la

asistencia del médico, juzgando insuficiente la suya. Con el médico llegó á la casa el boticario que con él estaba, y tras el boticario vinieron los tertulianos á aquella hora reunidos en el laboratorio; acudieron unos porque Constancio era querido en el pueblo á pesar de sus brujerías, y otros por curiosear, aprovechando las franquezas desordenadas de la muerte para sorprender los secretos de la vida.

El cuadro era extraño. La negrura de la noche; la mole pardusca del torreón; la estrechez de su escalerilla de caracol, semejante á cañón de chimenea por donde la fantasía popular descuelga sus duendes y brujas: el aspecto de la habitación, que con sus librotes forrados de pergamino, su mesa roída de los años, sus paredes atroneradas, pudiera tomarse por estudio de sabio ó de astrólogo; la figura de Constancio, medio sentado y medio caído en secular sillón de cuero, desencajadas las facciones y quebrado el color del rostro; el poco espacio, la luz mortecina, todo daba al acto apariencias de un cuadro de viejos siglos que adquiriera, por artes mágicas, vida, movimiento y resurrección perfecta en medio de seres y cosas de nuestra edad. Y lo que más maravilló entre aquellas maravillas, fué la vestimenta estrambótica de Constancio. Amplio

mandil de estezado, cuya antigüedad respetable declaraban su hechura, su color y su delgadez, le cubría el cuerpo desde los hombros á las canillas, á manera de ropón, y gorro puntiagudo le tapaba la cabeza. Era evidentemente un gorro común de dormir; pero acompañado de aquel traje y en tal ocasión, pareció á todos caperuza de nigromante, que no otra cosa semejaba Constancio en aquel momento.

Y por nigromante le confirmaron ya los crédulos que lo sospechaban antes; y los más avisados le dieron desde entonces, á causa del mandil, por maestro en la sociedad masónica, punto menos que sociedad con los diablos. La enfermedad apretó tanto, que hubo de pensarse en preparar el alma del paciente para el último dolor de la existencia. Negóse á ello el anciano cura párroco, por el mal ejemplo que daría á los fieles la absolución de un endiablado masón, y solamente se atrevió con él el teniente cura, hombre arriscado, que no creía del todo en los diablos, tal vez para tranquilizar su conciencia moza. El padre oyó los pecados generales de la ley humana con benevolencia, y sin ponerles mala cara, reservando de intento sus escrúpulos y admoniciones para el gran pecado de la masonería, cuya confesión esperaba. Pero

como el penitente diera por hecha su confesión, omitiendo lo esperado, le dijo con severidad:

—Está haciendo, hijo mío, una confesión inútil y hasta sacrílega; quien engaña al tribunal de Dios, se engaña á sí mismo; porque puedo absolver los pecados que usted confiesa, pero no los que calla.

—Padre—respondió Constancio:—¿cree usted también en la alquimia?

—No; mas creo en la existencia de sociedades impías que condena nuestra religión; esas sociedades socorren á sus miembros.

—No pertenezco á ellas.

—Entonces, ¿cómo y de qué vive?

—¿De qué vivo? Pues bien, padre mio; me acuso de un pecado que es verdaderamente grande herejía en esta tierra católica de España. He dado, en efecto, con la piedra filosofal, cuyo secreto hallé un día en el testamento de mi tatarabuelo. ¿Quiere usted conocerlo? Tráigame acá ese escrito amarillento que está sobre la mesa; siempre lo tengo delante de mis ojos para no olvidar la fórmula.

El cura acercó el papel; leído y recibidas otras explicaciones, absolvió al penitente, y en saliendo del cuarto dijo á los amigos maravillados:

—Acabo de absolverlo: si muere, muere

el hombre más cristiano y más purificado del pueblo; porque es quien ha sufrido más el castigo que Dios impuso á los pecados de la humanidad.

***

¿Qué había visto y leído el cura en el testamento de maese Antón Marín, cuarto abuelo de Constancio?

La famosa receta para hacer oro, la fórmula infalible, no incluída en el *Ars magna* de Raimundo Lulio.

Un renglón toscamente escrito que decía: *Trabaja siempre con las dos manos, y gasta con una, y sacarás oro del tiempo.*

Y eso había hecho Constancio desde aquella noche en que, desesperado y al borde del abismo, descubrió el testamento y las recetas que, por vía de codicilo, dejó su antepasado. Aprendió, como él, el oficio de diamantista y platero, en el cual llegó á ser tan consumado artífice, que se le compraban obras á precio de preferencia en Córdoba y Madrid, adonde iba frecuentemente para venderlas y comprar oro y pedrería, que labraba en el sigilo de su torre.

Pero bien: ¿por qué ocultaba como si fuera delito lo que era honroso y meritorio?

¿Y por qué aquel misterio con que com-

prometió á veces su reputación y tranquilidad? Porque á él, rico de origen, señorón por costumbres, y holgazán desde niño, le avergonzaba, como á casi todos los españoles, el trabajo manual. En este clima el trabajo duele más que el hambre, y mucho más que la mala reputación. Con tal de pasar por caballeros, pasamos hasta por falsificadores.

Como la revelación fué hecha bajo el sigilo confesional, el cura nada dijo á los vecinos, y aun nada aprovechó del secreto.

Curado de su enfermedad, nuestro nigromante murió rico al cabo de sus años, y siempre en olor de alquimia y azufre para el pueblo. Efectivamente: había dado con la única fórmula de la piedra filosofal.

Pero no quiso divulgarla jamás, considerando que era de poca aplicación en su tierra.

Los sueños de la Epifanía.

NARRACIÓN PARA LAS SOÑADORAS

I

LA ESPERA DE LOS REYES

¡Los reyes! ¡Los reyes! ¡Ya vienen! ¡Por allí! ¡Por allí!

—¡Ay, mamá, mamá, ya están ahí!—exclamó alborozadamente la niña al oir en la calle el estrépito de voces enronquecidas, repique de cencerros y arrastrar de escaleras.

Y la niña intentó abrir las vidrieras arreboladas por los resplandores rojizos de las hachas de viento.

—No abras: ese airazo va á helarnos.

—Pues llévame á la calle; quiero ir á recibirlos; me lo prometiste el año pasado.

Mi primo los vió, y me ha dicho que traen mucho oro, y además camellos cargados de juguetes, y muñecos vestidos de raso. Quiero ser la primera niña á quien bese el Rey mago que viene delante, porque es el principal.

—No seas loca: iremos por los Reyes, y vendrá...

—¿Qué?

—Una pulmonía que te llevará en veinticuatro horas al cielo. ¡Oye, oye, cómo sopla el aire! Además, las niñas decentes no van á recibir á los Reyes; eso es feo. Los Reyes las buscan á ellas cuando están dormidas.

—Sí, lo sé, lo sé. Les llenan de dulces las botas y les dejan el aguinaldo en la cabecera de la cama. Pero quiero verlos, y los esperaré despierta.

—Y no vendrán entonces; los Reyes solamente se paran delante de los balcones donde ven puestas las botitas, en señal de que las niñas están ya en siete sueños. Porque las que no están dormidas temprano, son malas, y ellos no quieren sino á las buenas.

—Pues, mira, mamá, engañaremos á los Reyes.

—¿Engañar á los Reyes? Y ¿cómo, inocente?

—Poniendo en el balcón otras boti-

tas, mientras yo estoy calzada con éstas.

—¿Y dónde están las otras, hija de mi alma? ¡Si no tienes más que las puestas!

La niña calló tristemente, convencida por esta razón. La realidad desnuda se había opuesto á su primera falacia de mujer.

Y descalzándose rápidamente, entreabrió con cuidado las maderas del balcón, y de los hierros de su antepecho colgó sus únicas botas.

Se acostó. Pero el sueño huía de ella, ahuyentado por el vocerío de los transeuntes, el repiqueteo de los cencerros y el constante grito de "¡los Reyes! ¡Los Reyes! ¡Por allí! ¡Por allí!„

El pobre niño llorón, compañero fiel de la niña, fué desposeído de su mitad de lecho, donde había dormido siempre. ¡Pobre muñeco, arrojado de la cama en aquella noche de viento y nieve! Fortuna tuya es que tus ojos estén huecos; que si tuvieran lacrimales... ¡cuánto llorarían! ¡Bendito sea ahora el seco serrín que rellena tu pecho! que si en su lugar tuvieras un corazón de de carne y sangre, ¡cuánto sentiría la precoz ingratitud de tu dueño!

La niña trató cruelmente á su antiguo amor. Consiguió aquella noche descubrir lo que nunca, por temor de romperte, se había atrevido á escudriñar: lo que había

dentro de tu mal cosido cuerpecillo de trapo.

Te arrancó en jirones la camisa. Te agujereó el costado, y por la herida se escaparon, en chorro de menudas partículas, tus músculos y tu sangre de serrín. Delgado y flojo: caídos tus brazos, patizambas tus piernas; tal te dejó la inconstancia de la niña. Bien se ve que había en ella un alma de mujer.

Ya te lo decía la ingratuela cuando así te asesinaba: "¿Para qué te quiero ahora, muñequito mío? Te he vestido todas las mañanas; te he peinado todos los días; te he dormido conmigo todas las noches; te he besado todo el año. Pero... ¿para qué te quiero ya, si los Reyes Magos han de dejar esta noche en mi cama otro muñeco más rico que tú? No eres feo: tienes los ojos grandes, la boca pequeña y cara de ángel bueno; pero... pero ¡qué vestido tan pobre! Falda de percal y camisa de algodón. El que va á venir ¡qué hermoso será! Como es hijo del Rey, tendrá corona de perlas, vestido de terciopelo, espada de oro; ¡espada, sí, porque será más grande que tú, tan alto como yo!„

A cada algazara de la calle, á cada rumor de la alcoba, la niña abría curiosamente los ojos y los asomaba por el embo-

zo de la sábana, esperando sorprender la entrada de los Reyes, ó creyéndolos ya presentes en cada ráfaga del viento que aleteaba en los cristales del balcón.

II

EL DORMIR DE LAS NIÑAS

Al fin, agobiados por el sueño, sus párpados se cerraron, para lo que se cierran los párpados inocentes cuando su velo cae entre el mundo y el alma; para contemplar las claras hermosuras interiores. El alma que sueña, es como la pupila que mira al mar: ve el agua del color que tiene el fondo. Por eso los ojos llorosos sueñan tristezas; los ojos viejos sueñan temores; los ojos que han visto mucho, sueñan que pronto no han de ver nada: porque el sueño es la mirada que se vuelve hacia dentro de la conciencia.

¡Qué sueños los sueños de la niña en la noche de Reyes! La estrella de Bethelem, iluminando el cuarto con suavísima luz azulada; el incienso y la mirra, embalsamándolo con perfume no exhalado de la tierra; los tres Reyes, con coronas de dia-

mantes, parados bajo el balcón; cabalgatas de negros jinetes en camellos cargados de oro en grano; muñecos de plata arrojados al lecho; las botas henchidas de dulces de sabor desconocido, como no elaborados por mano humana, sino nacidos en árboles de esmeralda. La niña tomaba un juguete, y, apenas tocado, lo trocaba por otro, sin saber cuál elegir. Probaba un dulce, y lo escupía apenas gustado; espalaba con las manos los montones de oro, y se revolcaba en ellos como el labrador en la parva de dorado trigo. Acarició la el Rey delantero, montándola sobre el erguido lomo de su camello.

Pero más que la caricia del Rey, agradeció la niña el beso que dejó en su mejilla el príncipe de la capa de armiño. El príncipe era de su edad, y las edades se atraen, como se mezclan pronto los líquidos de igual densidad.

*
* *

"¡Los Reyes! ¡Los Reyes! ¡Por allí!„ seguía gritando la turba. ¡Ah! Los Reyes estuvieron aquella noche sordos al llamamiento de la turba y á los deseos de la niña.

III

EL DESPERTAR

Muy temprano, cuando apenas la claridad de un día nebuloso se entró por las entreabiertas hojas del balcón, la niña despertó.

Más que la impresión de la luz en sus párpados, la desveló la impresión de sus deseos mal dormidos en su cerebro. La impaciencia y la esperanza son despertadores de exactitud cronométrica. Sus manos, casi sin tacto, palparon con ansiedad la cama. La cama estaba vacía. Sus pupilas, casi sin visión con las últimas nieblas del sueño, se esforzaron por mirar alrededor, y no encontraron sino lo visto, lo conocido de siempre. El vaso de agua sobre la mesa de noche; las ropas sobre la silla; los peines sobre el deslucido lavabo; el abrigo y la cartera del colegio en la percha; pero nada más. Palpó de nuevo la cama, y tropezó con un bulto grande. Incoporóse con alegría: ¡qué poco duro! Era la almohada, puesta de través en las agitaciones del sueño. Aquel reclinatorio de sus ilusiones no las quitó de una vez. Arrojóse precipi-

tadamente del lecho en busca de su última esperanza, y, asomándose por los cristales, miró al balcón: en él había solamente un zapato, y ese vacío. El otro, mal sujeto por sus cordones podridos, había sido arrebatado por el viento Norte de la noche de Reyes.

El empuje de dos lágrimas amargas acabó de abrir sus ojos, todavía entornados por la pesadumbre del sueño.

¿Y la antigua muñeca? Quien ha vivido, aunque ficticiamente, toda una noche entre reyes y príncipes, esplendores y muñecas con ojos de esmeraldas y vestidos de tisú, ¿cómo ha de acordarse ya del pobre niño de trapo? El gusto había ascendido muchos grados sobre su anterior nivel, y no se satisfacía con menos que con juguetes de oro y pedrería.

La niña ni vió su muñeca ni preguntó por ella. Así es que no supo que su madre la había recogido del suelo, guardándola cuidadosamente. Las madres viven dentro de sus hijos: por eso padecen cuando ellos, ríen cuando ellos, adelgazan cuando ellos y sanan cuando ellos; y la madre había conocido, visión por visión, toda la fantasía de la niña; había adivinado, deseo por deseo, todas sus ambiciones, y recogía la muñeca abandonada, reservándola para el desenlace de la historia de su hija.

IV

LOS SUEÑOS DE LA MUJER

La niñez sueña dormida: la mocedad despierta. Los niños sueñan cuando deben soñar: cuando sus ojos cerrados no ven nada de lo exterior. Los jóvenes sueñan precisamente por lo que ven y con lo que ven sus ojos abiertos por las excitaciones exteriores y deslumbrados por las realidades brillantes.

Esperanza no soñaba ya dormida, contando á medias palabras sus ilusiones infantiles; deliraba despierta contándose sus desvaríos juveniles. No soñaba sobre la almohada, que era antes para ella como bola de jabón hinchada de vapores inocentes: soñaba sobre la mano que sostenía su sien, horno encendido con el fuego de las pasiones y de los deseos femeninos.

¿Y qué pasaba por aquel cerebro puesto en actividad nerviosa?

Ya no veía la luz azulada de la estrella de Oriente: no veía á los Reyes Magos, ni cabalgatas de esclavos negros, ni dulces de sabor extraño, ni muñecos vestidos de raso dado. La niñez sueña lo imposible, lo

quimérico. La juventud lo posible, pero agrandándolo tan desproporcionadamente, que lo hace imposible.

En vez de reyes pasados veía príncipes presentes, de carne y hueso, coronados por el gibus y vestidos con el frac. En vez del brillo de la estrella azul veía centenares de bujías alumbrando salones adornados á la moderna: en vez de cabalgatas de negros, trenes elegantes; el descarado milord arrastrado por yeguas inglesas, la abrigada berlina esperando en la puerta del teatro Real: el alto *Mac-cloac* dominando el desfile en el Hipódromo, el blanco y tieso cochero de patillas rubias y el enano *groom*, de rostro aniñado.

En verdad, los salones ostentosos, los príncipes enamorados, los trenes elegantes, son realidades humanas; pero á pesar de serlo, como en la vida todo es sueño ó todo es realidad, según el punto de mira por donde se ve, resulta que los príncipes, los palacios y los trenes son sueños de hadas para una pobre muchacha que vive estrechamente, careciendo hasta de lo que sobra á los criados de esos palacios.

¿Y quién es Esperanza? La misma niña del sueño de los Reyes: la niña hecha mujer; y así como sus miembrecillos tiernos se habían desarrollado cubriéndose con más car

ne, así sus sueños de ángel se habían hecho también carne.

La niña de seis años estaba convertida en mujer de diecinueve, mejorada con los medros del cuarto creciente de la vida; porque los años hacen como las mareas del mar: llevan arena á la playa al subir y la roban al bajar. Era, pues, más hermosa y también más visionaria que antes, porque entonces soñaba de noche y ahora soñaba de noche y de día.

Su padre era un funcionario público, sujeto á los vaivenes de la administración española. Como todos los que beben de la fuente secadiza del empleo, aquella familia, si mandaban los amigos, vivía medianamente, y cuando llegaban las amarguras de la cesantía, andaba con malos zapatos, como aconteció á la niña años pasados en la noche de Reyes. Hija única y bien querida, fué educada, si con mucho esmero, con más mimo, y en inclinaciones capaces de producir, aun en cabezas sólidas, esas torceduras morales que acaban por constituir vicio incorregible en el espíritu.

Cierto es que la muchacha poseía méritos de cara y de inteligencia; pero las pretensiones superaban á los méritos.

Desde la niñez la acostumbraron á la vida sa. Poco bienestar en la casa y muchos

humos en la calle: mucho tocador y poca cocina. Alfombra en la sala y desabrigo en la alcoba. Hablábase en familia como de cosa propia, de personajes y magnates no conocidos ni aun vistos, pero cuya genealogía, vida y milagros se contaban al dedillo; y antes faltaba en la sobremesa el café que el periódico con la revista de salones y fiestas del lejano gran mundo. El cuarto lleno de caprichos de fantasía y lujo de imitación: lo barato que falsifica lo bueno. Porque allí todo era imitación y oropel: imitación las costumbres; el vestido, de industria casera, imitación del buen corte en mala tela; imitación los modales y gustos; aparato todo lo que se veía, y escasez todo lo que se ocultaba. Presunción de comediantes secundarios que pudieran lucir en papeles cortos, y se caían por empeñarse en representar con coturno.

La abuela y el padre, el señor de Carvajal, eran autores principales de aquella farsa casera. La buena anciana vivía en sus primeros tiempos, como si no hubieran pasado por ella los años y aun las hambres. Habíase criado, y crió también á sus hijos, en las rancíedades del linaje, y se pavoneaba con su apellido, que era efectivamente de tronco aristocrático y casa histórica. La savia del tronco, es decir, la riqueza, no había llega-

do hasta aquella hoja lejana, y la señora doña María Isabel de Guzmán no pasó de esposa, ahora viuda de un comandante de infantería, y madre de un modesto empleado que pudiéramos llamar de misa y olla, ó de la clase de tropa, porque los pergaminos no dieron sustancia para costearle una carrera y darle un título académico.

Por su parte el Sr. de Carvajal, antes dejaba de poner carne en su mesa que el escudo de la familia en las tarjetas: y, en efecto, muchas veces el estómago tuvo que ahorrar lo que la vanidad gastaba en timbres para el papel de cartas.

Abuela y padre, con culpa igual, llenaron de pájaros la cabeza de Esperanza, criándola para mujer rica. En cambio, las privaciones positivas no la educaron para mujer pobre. Pero ¿quién pensaba en esta contingencia? ¿Cómo había de casarse con un cualquiera? Su educación, su talento, su belleza, sus gustos y hasta su apellido, la llevaban derecha á destinos superiores, y podría honrar una casa aristocrática, resucitando en ella á las antiguas damas de su linaje. Así pensaba su abuela. Esperanza sentía como ella. La madre, más metida en la realidad, porque era la que contaba los garbanzos y advertía las sobras de los pergaminos y las faltas de la despensa, se

contentaba con un partido proporcionado á su clase social que, sin ser de las últimas, tampoco llegaba ni aun á las medianas, que pueden alcanzar á las primeras con un solo paso feliz.

***

Fué decisivamente funesto para Esperanza su primer amor, el amor de un Conde, de creación novísima, que tenía pendientes asuntos de interés económico en la oficina donde servía Carvajal. Esperanza se creyó tan Condesa como la misma mujer de aquel conde de Cabra de los romances que cantaba de niña en las ruedas infantiles del Prado y de Recoletos. Pero una vez resuelto el asunto con el informe favorable del Sr. de Carvajal, el Sr. Conde, que no buscaba más, se retiró de la casa, y hasta del trato de la familia.

Esperanza, no sólo se consoló pronto, sino que todavía el condado, y más siendo nuevo, llegó á parecerle poca cosa para sus méritos y pretensiones. ¿Cómo, pues, había de parecerle bien aquel Ricardo, sin más apellido que el vulgar de Ortiz á secas, sin otro título que el de abogado y sin otro patrimonio sino el que pudiera ganar con su carrera?

El mozo estaba cortado por la Providencia para marido de Esperanza, si la Providencia corta maridos.

Había terminado con provecho sus estudios, y obtenido plaza de juez de instrucción en las últimas oposiciones. Amaba á Esperanza tan de verdad, que la hubiese tomado por esposa cuando ella quisiera serlo.

Doña Rita, que tal era el nombre de la madre de Esperanza, reputaba aquella unión como la más adecuada, por su igualdad, para su hija.

Compañeros de la niñez, hijos de dos compañeros de oficina, iguales en bienes de fortuna, pues ni uno ni otro los tenían, parejos en lo físico, solamente existía entre ellos una desigualdad interior, y de esa nunca quiso enterarse Esperanza. Ricardo la aventajaba mucho en nobleza de sentimientos y de intenciones. Pero aquella monótona igualdad contrariaba á Esperanza, mujer de las que buscan marido y no compañero. Reconocía y aun confesaba las excelencias personales de su pretendiente: sería admirable si la hiciera Marquesa; pero la hacía solamente jueza. ¿Y qué iba á ser de ella á solas con el juez en la sociedad semicampestre de una cabeza de partido de entrada? No se resignaba á gastar los mejores años oyendo hablar de pleitos

al abogado del pueblo, de procesos al escribano, al labrador de la sementera y al ganadero de la epizootia.

Convenía con su discreta madre en que allí tendría siempre los zapatos, si no de raso, de piel sin agujeros; la camisas, si no de seda, de holanda siempre blanca; la mesa siempre servida, y sobre ella el cocido sustancioso, la carne fresca, la fruta sana, la perdiz barata, los pollos al alcance de la mano en el gallinero, el jamón al alcance del cuchillo en la despensa, y á veces el apetecido jabalí, cazado por el señor juez en sus horas de ocio. Y sobre este bienester seguro de la casa, el bienestar del espíritu descansado por toda la vida en las llanuras sociales donde si no hay cumbres que dominan grandes horizontes, tampoco hay abismos en que se entierran de un salto las alegrías del alma y poco á poco los vigores del cuerpo.

Pero enseñar la realidad á Esperanza, equivalía á llamar desde la tierra á una mujer dormida en la luna; seguía soñando en la venida de los Reyes Magos, con su cortejo de títulos y grandezas, con sus palacios, trenes y espectáculos. Y á todo haber, habría en el pueblo algún hidalguillo provinciano avecindado á la vista de la hacienda que sustentaba escasamente sus pre-

tensiones nobiliarias. A todo tener, el administrador de algún señorón cortesano tendría para visitar las posesiones un carricoche descompuesto, jubilado del servicio de su amo. A todo cantar, se cantaría un trozo del viejo repertorio zarzuelero, acompañado á tropezones en un piano gruñón por achaques de la edad. ¡El pueblo! El pueblo sería adorable para Esperanza, si ella fuera propietaria de aquel histórico castillo, residencia en lo antiguo del señor de aquella villa que aún da denominación al título de la familia.

Entonces levantaría las almenas desmontadas, completaría los muros aportillados, restauraría los artesones rotos, descascarillaría los escudos revestidos de cal, como se viste con blanca mortaja á un difunto, llenaría sus salones con tapices viejos, con arcones tallados, con bargueños incrustados, con sitiales de cuero cordobés; y hecha toda esta obra, se dignaría pasar en el castillo ocho días al año con el alegre acompañamiento de una docena de amigos para montear los venados en los jarales anejos.

—Soy joven—contestaba á las recomendaciones de su madre.—Soy joven, y tengo años por delante para esperar colocación mejor que la de jueza de entrada.—Esperaremos—añadía mentalmente;—que para

último recurso ahí queda mi juez, que siempre hará justicia á mi hermosura.

Y, efectivamente, seguía esperando el paso de los Reyes Magos, sorda á los buenos consejos de su madre y dura al amor y á los requerimientos de Ricardo. Llegó el día en que el mancebo tuvo que ausentarse para tomar posesión de su cargo. ¡Qué contento hubiera partido en otras circunstancias! ¡Juez á los veinticinco años de edad! Esas fueron las ilusiones suyas y de casi todos sus compañeros de aula. La importancia de las funciones públicas que deciden de la vida y hacienda de los ciudadanos, el ejercicio activo de la autoridad, lisonjean siempre las vanidades de la naturaleza humana, y más las altiveces de la juventud. Pero si éstas lisonjean, el amor encanta, avasalla, ocupa por entero el corazón de la mocedad. Así es que, en el pobre Ricardo, la pena del amor desdeñado triunfaba con triste triunfo sobre la alegría de su vanidad satisfecha.

El día de la marcha, Ricardo había pasado en la casa de Esperanza todas las horas que pudo hurtar á sus preparativos de viaje. Ya se había despedido de ella, que por cierto, y por excepción, en aquel acto se mostró cariñosa y hasta emocionada por la separación. ¡Cuál no sería su sorpresa al

verla entrar en su cuarto, donde él preparaba su equipaje, ganando con apresuramientos de última hora el tiempo perdido en despedirse de su amada! La niña, acompañada de sus padres, había ido á la casa de Ricardo.

—¿Cómo por aquí?—exclamó éste abandonando en una silla los objetos que estaba empaquetando.

—¿Te sorprende?—le dijo doña Rita.—¿Qué menos que despedirle en su casa, merece un amigo de toda la vida?

—Que lo merezco, es verdad; que no lo esperaba, también. Si se alcanzara siempre lo merecido, añadió Ricardo dirigiéndose á Esperanza, estarías ahora ayudándome á arreglar este mundo, en vez de estarte mirando mano sobre mano.

—Si no es más que ese poco trabajo lo que mereces, cuenta que hoy estás de suerte.

Y diciendo y haciendo, Esperanza cogió la toga de Ricardo, y doblándola cuidadosamente, la colocó en el baul.

—Y estarías colocando encima de esa toga tu corona de azahar y tu vestido de boda.

—¡Qué cosas tienes! Se arrugarían. Este mundo es muy pequeño para trajes de mujer.

—Ya lo veo. Ya sé que tu equipaje no es para mi mundo,—contestó Ricardo subrayando con amarga ironía el vocablo.—Pero ¿qué quieres? por ahora no tengo otro mayor.

—Me llamas, llanamente, ambiciosa.

—Ese es tu nombre.

—Hoy no hablas: hieres.

—Porque estoy herido. Yo, punzo solamente con la lengua: tú, me hieres con lo que ahonda más: con tu desdén.

—No te merezco. Lo conozco, y por primera vez lo confieso. Eres demasiado bueno para mí; tan bueno, que me perdonarás y hasta me olvidarás.

—Perdonarte, desde ahora; olvidarte, nunca; al contrario, siempre, como ahora, te adoraré. Acuérdate de lo que oyes. Quiero para ti toda la felicidad que buscas; pero no vendrá. Cuando los desengaños que te acechan, la experiencia, que no ha de tardar, y los hombres que han de enseñarte, te hagan llorar, acuérdate de mí: llámame, y verás entonces si hay hombre capaz de hacer lo que yo, por ti. Olvidaré todo, menos tu amor.

—¿Lo ves? No te merezco y ¡sabe Dios que quisiera merecerte! Perdóname; pero... no me olvides.

Esperanza comunicó á estas palabras una

melosidad encantadora, acompañándolas con un gesto de coquetería refinada, gesto y acento bastantes para trastornar el seso á persona que lo tuviera menos sensible que Ricardo.

Y haciendo punto en la conversación, dióse prisa á embalar el equipaje de su enamorado amigo.

Esperanza se detuvo al recoger de manos de éste un estuche cerrado. Suspendió su faena, y, picada de la curiosidad, lo abrió antes de colocarlo en el mundo.

—¿Y qué es esto?

—Las insignias de mi cargo. La placa y la medalla de la justicia.

—¿Y las puedes usar?

—Son precisamente para eso.

—¡No gastan pocos arrumacos los señores jueces!

—Y además este bastón,—dijo Ricardo ostentando con cierto orgullo el de autoridad.

—Con borlas y todo. Ya veo que un juez es algo más de lo que yo pensaba.

Aquella mujer, como siempre, había parado exclusivamente su atención en lo que brillaba.

Ricardo salió para su destino.

Esperanza retuvo en su memoria el brillo de las facetas bruñidas de la placa, mucho

más tiempo que el brillo triste de la última mirada de Ricardo.

¡Mariposa sorbida por las llamaradas de luz en que había de abrasarse!

***

Sería cuento de nunca acabar, aun siendo somera, la narración de todos los lances amorosos en que Esperanza fué parte, ya demandante, ya demandada, desde el día aquel en que tocó la felicidad real y la dejó escapar de entre sus manos, cuando empaquetaba el equipaje de Ricardo.

Aconteciόle lo que suele acontecer á estas mujeres soñadoras; y es que ellas no llegan á su ideal porque está demasiado alto, y la realidad no llega á ellas porque teme sus desdenes.

Esperanza no admitió á los hombres que la querían con lo que las mujeres llaman buen fin, y, en cambio, los hombres á quienes ella quería, ó mejor dicho, buscaba, aunque á veces la entretenían en devaneos, no la querían con ese amor que trae aparejada ejecución matrimonial. Y así pasaban para ella el tiempo, que marchita la hermosura del rostro, y los amoríos, que marchitan la hermosura del alma; porque un amor

único y feliz, esponja el corazón; muchos, lo atrofian.

Esperanza, aun siendo muy joven, iba tomando la que pudiera llamarse pátina de las pasiones, ese tinte rechupado que es el mate de la belleza, esa demacración prematura de las mujeres gastadas en el roce apresurado de los placeres; aspecto de fruta madurada artificialmente y fuera de sazón.

Por otro lado, sus impaciencias visibles, su apetito manifiesto de boda, su pretender con hambre, en vez de esperar con recato, su mirada de provocación, le habían dado aires descocados y como de buscona. Todo lo cual la hacía aparentar lo que en realidad no era, confundiendo en ella las incontinencias morales con las incontinencias carnales: porque el mundo no puede siempre, y, cuando puede, no quiere discernir desde fuera si esa pátina viene del contacto destructor de la desgracia ó de lo vicioso de la vida.

En suma: Esperanza llegó á parecer una de esas mujeres de quienes los hombres huyen para los Sacramentos y á quienes se acercan para los pecados.

Las existencias soñadoras son como las placas fotográficas: dentro de su aparato propio, en las oscuridades de su cámara, re-

cogen, reproducen y hacen suyas todas las hermosuras de la naturaleza: pero salidas á la realidad, tocadas de la luz del sol, sus imágenes se desvanecen, dejando, en vez de cuadros hermosos, cristales manchados. De la propia manera Esperanza, recogida en su cuarto y dentro de su espíritu, gozaba de claridades esplendorosas, que se convertían en negruras cuando salían á la luz verdadera de las realidades. Entre sus mejores horas de éxtasis, pueden contarse aquellos meses en que consideró cumplidas sus ambiciones con el amor de un hombre de condición tal como lo había imaginado en sus desvaríos.

Juntábanse en él los triples atractivos de la cuna, de la opulencia y de la gentileza juvenil. Añadíase como miel sobre hojuelas su extranjería, que convidaba á Esperanza con perspectivas de tierras desconocidas y viajes placenteros.

El Marqués de... pertenecía á familia francesa, que, si no de la vieja aristocracia que llevó la Cruz Roja á Tierra Santa y guerreó con el Bearnés y sucumbió con el prisionero de Pavía, tampoco era de la aristocracia revolucionaria de paño democrático y hechura imperial. Sus ascendientes ya sonaban con distinción en los escándalos de la Fronda. De sus riquezas daban

testimonio vivo sus gustos y sus trenes, y, más que esto, la voz unánime de los altos círculos de Madrid, que le habían recibido con agasajo extraordinario. Lenguas, no sé si malas ó veraces, contaban que al tal Marqués le habían traído á España, como á la perdiz el reclamo, los gorgoritos de una artista; y no precisamente por amor del arte musical y por la belleza del canto, sino por la belleza de la garganta que lo producía. Nuestro Marqués, por lo visto y por lo que se verá, era alegre de corazón.

La verdad de este caso, no está averiguada; pero sí está sabido que la aparición de la hermosa cantante en el teatro de la Opera, coincidió con la aparición del Marqués en Madrid.

El suceso importaría poco á nuestra narración, si no fuese porque entre la tal cantante y Esperanza había un gran parecido fisonómico; al cual parecido se debió precisamente el conocimiento y trato de Esperanza y el Marqués.

La *diva* fué con su música á tierras americanas, adonde no la siguió el Marqués; y éste, que había visto en la calle á Esperanza, la buscó, y de conocimiento en conocimiento llegó á ser presentado á ella. El Marqués estaba, aunque no enamorado, en

nino de estarlo, y Esperanza en situa-

ción de creerlo. El Rey Mago llegaba á las puertas, y no de pasada, sino llamando á ellas con palpitaciones de amor.

Las artes que las sirenas de la fábula clásica, las artes que los demonios de la teología romántica emplean para seducir almas, fueran grado único para comparar y medir las artes que Esperanza puso en ejercicio para encantar el alma y embriagar los sentidos del Marqués.

Añádanse á estas gracias del artificio femenino las gracias naturales, y se obtendrá una suma de encantos muy sobrados para trastornar una cabeza de treinta años.

Efectivamente; el Marqués fué sintiéndose poco á poco invadido de esa fiebre de la sangre, de esa pasión sin amor que no se satisface con la esperanza; que, lejos de reposar, se exacerba con la vista del ser ansiado: egoísmo de los sentidos que no daría nada por la felicidad de su amada, y lo daría todo por su posesión.

Esperanza, aunque graduaba el alcance verdadero de la pasión del Marqués, no se daba por entendida, ni menos por ofendida de ello; antes bien, se complacía y hallaba delectación vanidosa en aquello que era lisonja y adoración de su belleza; porque la vanidad femenina prefiere á toda otra alabanza, la alabanza de sus gracias físicas.

Á más de esto, si el Marqués la apetecía por hermosa, ella pretendía al Marqués por marido más bien que por enamorado. Y Esperanza no desconocía que también las impurezas de la pasión bastarda, tratadas hábilmente, pueden y suelen dar un marido, como las escorias del horno de fundición, explotadas con arte, dan de sí todavía el metal precioso retenido en su seno. El Marqués, como sorbido por la atracción de aquella mujer, ó mejor de aquel deseo, iba abandonando el alto círculo de sus amistades y entrándose en el de Esperanza, donde ella le veía con el goce íntimo del cazador que ve al pájaro entrar fatalmente en el terreno del tiro seguro. Un paso más en él, otra resistencia en ella, y estaba andado el camino.

Toda mujer, por inocente que sea, conoce y maneja las dos armas de combate de la honestidad: la honestidad que defiende y la que hiere: la resistencia ejercida para defenderse, sin cuidarse de la suerte del enemigo, y la resistencia hecha para someterlo definitivamente. La que vence y la que provoca. Esperanza era mujer pura, y no tenía para qué fingir aquella virginidad de los sentidos que poseía en realidad. Pero si no la fingía, la exageraba por extre-

o tal y con tanta maña, que encendía los

apetitos del Marqués con esa provocación de lo inocente, más tentadora que todas las tentaciones de lo prostituído.

El Marqués, conocido el carácter de Esperanza, se la imaginó débil por ambiciosa; pero no había calculado bien la carga de ambición, resultándole que, precisamente por muy ambiciosa, era muy fuerte.

Y loco ya con la manía progresiva de la posesión, cuanto menos llegaba adonde pusiera sus deseos, iba más allá de lo que quisiera en ofertas y compromisos. En los labios de aquel hombre sonó alguna vez el conjuro de la seducción, el vocablo "matrimonio„ la palabra mefistofélica á que responden las almas femeninas que se entregan al diablo.

Esperanza se tenía ya por Marquesa segura.

Veía la corona de perlas y florones bordada en sus ropas y tapicerías; su mesa de tocador cargada de joyas; sus armarios henchidos de trajes lujosos; el tronco inglés estirado ante la puerta de su hotel, como sirviente que espera cuadrado la orden del señor; la platea de la Ópera, llena de aduladores; el viaje en el *sleeping,* la vida de París; el barrio aristocrático abriéndole sus puertas misteriosas. Ensayaba sus actitudes, estudiaba sus frases y hasta dispo-

nía las contestaciones ingeniosas con que habría de humillar á alguna dama altiva que la recibiera despegadamenle, si por acaso alguna midiera las distancias de lo pasado sin considerar la igualdad de las coronas.

Sumergíase en estas delectaciones con tal unción, que huía de la gente para consagrar su espíritu entero á sus éxtasis, como las místicas se encierran en la celda para la contemplación interna de su Dios.

Llegó hasta ver sin disgusto las ausencias de su Marqués, porque le permitían ser Marquesa á solas. ¡Naturaleza egoísta la de aquel amor falso! ¡Los amores verdaderos sueñan juntos!

Y prestaba tanto bulto y color á aquellos cuadros, que, confundiéndolos con la realidad, cuando volvía á ella la tomaba á veces por pesadilla que turbaba su existencia ordinaria.

Era dichosa, en verdad, disfrutando de esos goces inefables que nadie podía restarle ya de su vida. Porque los sueños, mientras duran, son tan realidad como la realidad misma; así como los hechos, una vez pasados, son tan sueños como el sueño

A la manera que los cuerpos físicos tien peso igual en el vacío, las dichas fene-

cidas y las soñadas tienen valor y consistencia iguales en el tiempo.

La ilusión, para quien cree en ella, equivale á la felicidad para quien la posee. El loco que se imagina rey, es tan rey como el rey cuerdo.

¡Felices los soñadores si no despertaran; si la muerte les sorprendiera de repente en las alturas, cortándoles el paso antes de recaer en las durezas de la tierra!

VI

LA PESADILLA

A modo de plantas en tierra seca, los amores de Esperanza y el Marqués se iban arrugando y perdiendo el verdor de su primavera. Faltos de savia, no resistían las primeras heladas enemigas, y se les caía la hoja.

Sus relaciones contaban apenas un año, y, sin embargo, se hacían viejas sin sentir, porque su fuerza procedía de los sentidos, y no del sentimiento. No era aquella la vida robusta alimentada por sangre arterial, sino la vivacidad sustentada por corriente galvánica. Codiciaban: uno, la hermosura; otra, la posición. El amor era en ellos accidente innecesario para sus fines.

Imponíase la necesidad de las aclaraciones decisivas, y el Marqués no sabía cómo hablar de sus propósitos, ni Esperanza acertaba á hablar de su matrimonio. Sin querer huirse, se veían menos cada día, y se temían, queriéndose, como si ambos se leyeran por dentro.

Cansábanles ya recíprocamente, no su persona, sino su actitud; no su presencia, sino su situación indefinida.

Avistábanse todas las tardes con resolución de hablar claramente, y todas las tardes lo aplazaban para la noche, y todas las noches lo dejaban para la mañana siguiente. Y así corría el tiempo, sin que el Marqués pasara de aventurar alguna petición casi honesta en hombre de sus costumbres y alientos. ¿Era tímido? Lo era, quizá por primera vez en su vida galante; y lo era, no por temor de decir una desvergüenza, sino por miedo de oir una repulsa. Sabía que el pudor de muchas mujeres reside en el oído: caen de hecho y resisten á la palabra. La habilidad de los seductores estriba en preparar la ocasión sin ofender el tímpano; llegada la ocasión, lo demás es labor espontánea, ó á lo menos inconsciente, de la pasión.

Una noche planteó el problema á las primeras palabras, porque le constaba que no

lo plantearía dejándolo para las segundas.

—Necesitamos hablar definitivamente,—dijo.

—Pienso lo mismo,—se apresuró á contestar Esperanza.

—Es natural; los que se quieren piensan á la vez. Pero, si hemos de hablar seriamente, hay que hablar á solas.

Esperanza fingió una mirada interrogante, como si no entendiera lo que se la proponía.

—¿A solas? Como si lo estuviéramos. Mamá no nos oye nunca, y para hablar...

La observación no admitía réplica. Cuando no se hace más que hablar, la voz baja es la soledad de la conversación.

Doña Rita, mujer precavida, trataba á los enamorados como la policía á los sospechosos. En aquella casa, el amor estaba sujeto á la vigilancia de la autoridad materna. Verdad es que la buena señora solía distraerse por las tardes mirando á la calle desde el hueco del balcón donde su dignidad se acogía mientras ambos amantes cuchicheaban en el fondo del gabinete, y por las noches descabezaba el sueño sobre la labor con que entretenía sus aburrimientos. Pero su presencia corpórea nunca faltó donde estuvieran su hija y el Marqués; y esa era cabalmente la que estorbaba á

éste, porque los descuidos momentáneos de doña Rita no le daban tiempo sino para deslices primitivos y casi inocentes.

El Marqués, por tanto, no se contentaba con menos que la soledad absoluta y libre.

Sabía que en querellas como la entablada con su novia, la razón está de parte de las que resisten, y apeló á la pasión, única brecha por donde entran los que vencen. Resolvió no controvertir, sino afirmar.

—No me complaces porque no me quieres.

—Más que tú á mí; pero no veo la necesidad...

—Pues es necesario.

El Marqués calló, y Esperanza no contestó.

—Necesario, —añadió el Marqués,—necesario si nuestro amor ha de llegar donde llegan todos.

Esperanza se negó á continuar semejante diálogo. La asustaba, más que la concesión, la facilidad de la concesión, por el juicio que mereciera del Marqués.

Diéronse por ofendidos: ella con la proposición, él con la negativa, y aquella noche doña Rita, se aburrió menos porque terció con frecuencia en la conversación. El Marqués, siendo modelo de cortesía, era, como el común de los amantes, desatento con la ire, y fuera de algunas palabras sueltas,

no entablaba con ella conversación seguida, sino cuando reñía con Esperanza.

La visita fué más breve que otras.

Esperanza estaba ofendida por la actitud de su pretendiente, pero contenta de su actitud propia. Su negativa dignamente cerrada, afirmaría su reputación en el ánimo del Marqués y espolearía á la vez los deseos de éste, estimulándole á realizarlos por caminos honestos.

¡Con qué impaciencia esperó la entrevista del día siguiente!

Llegada la hora de costumbre, Esperanza no hacía sino ir y volver desde el balcón á la puerta de la escalera.

Media hora más; una hora más, y nada. Pasó la tarde, y el Marqués no pareció.

Llegó la hora de la noche: repitióse con agravación la inquietud, y se repitió también la ausencia.

Se comprende que la retirada no fué casual, sino estudio de una mala intención que conoce su fuerza.

Pasados dos días, el Marqués acudió para ver el efecto de su estrategia.

Se disculpó fríamente, con una de esas excusas mal vestidas de intento, para que se vea que son excusas.

Esperanza no había dormido la noche anterior. La vigilia del cuerpo, el disgusto

del espíritu, las excitaciones de la pasión, tenían extraordinariamente perturbados sus nervios, ya de suyo irritables por razón de su temperamento.

El Marqués, por el contrario, era dueño de sí; poseía ó aparentaba una calma desesperadora. Semejante rebeldía acabó de exasperar á Esperanza, llevándola á ese estado de exaltación que impulsa con igual facilidad así á las heroicidades como á las bajezas.

—Nada, nada, no hay otro remedio,— decía el Marqués cuando ya llevaba un buen cuarto de hora de conversación viva con Esperanza.—Lo que antes era deseo, es ahora caso de honra para mi amor. Tu negativa demuestra dos sentimientos igualmente ofensivos: desamor y desconfianza.

—Lo dices para obligarme: pero sabes que mientes. No es desamor, bien lo conoces. ¡Desconfianza! Aunque la sintiera ¡qué importaría! tengo confianza en mí: la bastante para abandonarme á la soledad, á tus audacias, y hasta á mi pasión, sin miedo de nada.

—Pues entonces no me amas; y quien no ama, no tiene derecho para ser amado.

—¡No te amo, porque no quiero exponerme á una desdicha! Así sois todos. Ya ves,

si te hallaran conmigo á solas... ¡Qué vergüenza!

Esperanza, como se ve, argumentaba, y en estas materias discutir equivale á rendirse. Estaba vencida, en efecto, y sólo buscaba, como los gladiadores, la postura airosa para caer.

A los segundos embates ya no contestaba, callaba. El miedo de disgustar al Marqués, perdiendo en un día lo trabajado en un año; el cariño que le tenía, y el cariño y el miedo, aguijoneados ahora por esa vibración nerviosa, que ni mide los peligros ni deja sosiego á la reflexión, la impusieron una pasividad desacostumbrada, semejante á la sugestión hipnótica. Su amante proponía, y ella otorgaba con su silencio.

—Bueno; lo tratado, tratado. ¡Ahora te quiero más que á mi vida! dijo con pasión el Marqués.

Y para no dar espacio á mudanzas y arrepentimientos, se despidió repentinamente, saliendo de la casa con la felicidad compasiva de quien ha triunfado de un débil.

***

Fuese preparación de Esperanza, fuese audacia del Marqués ó casualidad oportunamente aprovechada, el caso es que, á la

mañana siguiente, ambos se encontraban á solas, mientras doña Rita y el Sr. Carvajal estaban en la calle. Esperanza no le había permitido pasar del recibimiento, porque siendo la pieza más próxima á la escalera, le parecía que así el Marqués estaba menos dentro de la casa. Ultimo sofisma del pudor.

Además, como allí llegaban pronto los ruidos de la escalera, podría tomar precauciones si sus padres regresaban antes de tiempo. Al Marqués le tenían sin cuidado el lugar y terreno, porque en otros más desfavorables había obtenido victorias galantes. A la criada le fueron tapiados los oídos con dos bolitas de papel del Banco. Hallábanse sentados en uno de nogal y casi á oscuras, porque aquel recibimiento carecía de luz directa, como es general en los de casas modestas. El Marqués acariciaba con sus manos la izquierda de Esperanza: ésta había perdido ya en la lucha esa mano; cansada de retirarla sin éxito de aquella persecución pertinaz, acabó por entregarla á discreción. Conservaba la derecha, con la cual defendía cintura y cara de los asaltos, porque el Marqués hablaba accionando. El amor es siempre orador que nace hecho; pero el amor á oscuras es, además, mímico espontáneo. Esperanza se defendía siguiendo á tientas, para recha-

zarlas, las evoluciones de aquella mano incansable.

Hablaban con ese cuchicheo imperceptible de los enamorados, con esa voz baja que, sin rozar en el oído, penetra y suena con alboroto de tempestad en las profundidades del alma; murmurio sutil, que pasa por el aire sin ruido, como pasa la palabra por el alambre eléctrico, sin ser sentida sino por los que están en las extremidades del hilo.

Presentes de amor, futuros de matrimonio, llamadas al corazón, estímulos á la naturaleza, fueron empleados alternativamente, y en sazón oportuna, por el Marqués.

Esperanza ardía por todo su ser como si el sol se hubiera derretido entre sus poros. No pronunciaba, balbuceaba: sus ojos, medio dormidos, relucían con fosforecencia vaga: sus mejillas se acarminaban con las rosetas de la fiebre; tumbos de sangre subían á sus sienes con golpeteo aturdidor, que la llevaba casi á la caída del vértigo. Podía acercarse, y no quería; quería huir, y no podía. Se levantó de improviso, como si pidiera aire y fuerza al ambiente, y sus brazos, como descoyuntados por peso interior, cayeron á plomo á lo largo del cuerpo. El Marqués aprovechó rápidamente la indefensión, y ciñendo á Esperanza por

la cintura, la estrechó fuertemente contra su pecho, pegando más que juntando sus labios á los labios temblorosos de su amada.

Después de aquel beso, ni dado ni resistido, otra mujer menos ambiciosa no se hubiera sostenido en pie un minuto más. Esperanza hurtó el cuerpo, escurriéndolo entre los brazos del enemigo y ganándole la acción, como él se la ganara antes, abrió rápidamente la puerta de la escalera y se plantó en el umbral. Negóse á las instancias repetidas, y el Marqués hubo de salir de la casa contentándose con lo adelantado en aquella jornada.

No puntales de virtud, sino tiesuras de la ambición, sostuvieron firme á Esperanza; porque sabía que sólo puesta en pie podía alcanzar la corona de Marquesa.

Entre las frases atravesadas como relámpagos en aquella tormenta de palabras y de apasionamientos, una había dejado luz profunda y larga en el ánimo de Esperanza: "Cuando pueda casarme contigo, creerás lo que ahora no crees.„

"¡Cuando pueda casarme! — pensaba. — Luego no puede ahora. ¿Es un pretexto? ¿Es una razón verdadera? ¿Pretexto? Entonces no me quiere. ¿Razón? ¿Cuál puede ser? ¿La esigualdad de clases? Ya la conocía antes

de amarme. Además, él puede allanarla con su voluntad. ¿Acaso la familia? ¿Tendrá un padre orgulloso con sus timbres, y se opondrá? Pero él es mayor de edad, y también puede vencer esa oposición. Luego la dificultad está en él mismo. ¿Tendrá compromisos de honor? ¿Quizá una prometida? ¿Acaso una amante? ¿Tal vez una familia irregular que le obligue á ciertos deberes? Sea lo que sea, he de saberlo.„

Y desde aquella mañana anduvo distraída del mundo, desvelada por las noches, perseguida de una idea fija, á la cual daba continuamente vueltas como si fuera monomanía.

"¡He de saberlo; saberlo, y pronto!„

¿Qué misterio se esconderá á la curiosidad femenina cuando toma vuelos de pasión? Nada resiste á su tenacidad blanda.

Quince días después, Esperanza poseía el secreto conocido de pocas personas en Madrid. El Marqués estaba casado y separado de su mujer por convenio mutuo, y también por mutuos extravíos.

Tenían poder y libertad para todo, menos para casarse. La Marquesa podía deshonrarse, el Marqués podía deshonrar, pero ninguno redimirse por el sacramento. Dos condenados á pecado perpetuo.

Esperanza ni dormía ni comía. Antes la

alimentaba la ambición, ahora la rabia. Estaba totalmente borracha de ira.

"¡Y ese pillo ha osado á enamorarme! ¡Y ha pretendido hartarse de mi amor, y después dejarme por otra! ¡A todo correr de la suerte, hacerme su amante favorita, envolverme en sedas, cargarme de joyas, comprarme con sus billetes! ¡Miserable! ¡Estúpido! ¡Y me abrazó, y me besó! ¡Y le he besado yo misma! ¡Y le he querido! ¡Tanto como le he querido le aborrezco, y he de vengarme! Contaré todo á su mujer. Y eso ¿qué le importa á su mujer? ¡Otra perdida!„

Estas y parecidas cosas imaginaba y profería en alta voz, paseándose por su cuarto como una loca en su jaula.

Temía y deseaba la llegada de su amante.

El notición traía sello de certeza indudable: procedía de la embajada. Sin embargo, Esperanza se consolaba á ratos soñando que podía ser falsedad. Los celos, la envidia, cualquier pasión vil lo habría quizá inventado para desacreditar al Marqués ó perjudicarla á ella.

Por eso quería averiguarlo directamente, segura de leer la verdad en la cara de su amante. Esperanza contaba desde luego con la negativa: faltábale sólo examinar la expresión de la negativa.

Equivocóse de medio á medio. El Mar-

qués era hombre demasiado experto para negar lo sabido, que es arte tan cándido como el del niño que cierra los ojos para no ser visto.

No negó el hecho: se limitó á disculparlo con atenuaciones tan lisonjeras, que casi desarmaron á Esperanza.

—Yo—decía,—no he cometido esta vileza, esta traición. He sido empujado á ellas irresistiblemente y por fuerza superior á mi voluntad. Quería olvidarte, apartarme de ti, y no podía. Me avergonzaba de mí mismo, y no sabía enmendarme. No me culpes; no era dueño de mí, sino ciego, esclavo, loco, capaz aun del crimen por tu amor. Culpa á tu hermosura, que me hechizó hasta hacerme atropellar mis deberes y tus respetos.

Esperanza no le interrumpía con los dicterios propios de la cólera. Lloraba con el dolor silencioso de quien pierde un bien deseado. A veces hasta la conmovían aquellas excusas, que la sonaban á elogio supremo de su hermosura: para la mujer la lisonja es la razón.

Pero el Marqués, en vez de continuar por aquel buen camino, en vez de pedirle perdón por lo pasado y licencia para seguir amándola con pureza fraternal, cometió la imprudencia de proponerle, aunque con ro-

deos y precauciones, ni más ni menos que un concubinato.

Esperanza no pudo resistir más: ahogó un sollozo, y levantándose rápidamente, fué á encerrarse en su cuarto.

Cinco minutos después, el Marqués salía de la casa.

Esperanza se arrojó de cara sobre su lecho, y dió rienda suelta al llanto. Clavados los codos en el colchón, y entre las manos la frente; en la oscuridad absoluta del cuarto, como si estuviera asomada á un abismo, veía pasar en procesión brillante imágenes de las grandezas que consideró ya propias, y las miraba luego caer de golpe en aquella sima y romperse con estrépito que repercutía como una carcajada de burla. Y mordía la almohada revolcándose en ella.

—¡Canalla! ¡Estúpido! ¡No ha sabido seducirme y quiere comprarme! Lo que hecho resultaría exaltación del amor, dicho es procacidad insultante. Ha de pagármela. Pero... ¿cómo? ¿Qué puedo hacer yo, mujer indefensa? Lo hará otro. ¿Quién? ¿Mi padre? Nunca se lo revelaré. Seré siquiera buena hija. Un amigo leal. ¿Y dónde lo tengo? No he querido jamás á los iguales, y los superiores me han querido para lo mismo que ese miserable.

Cesaron un punto las contorsiones y el

llanto de Esperanza. Á no estar en las tinieblas, se hubiese visto su rostro iluminado repentinamente por luz tétrica, como si cayera sobre él la de una estrella lejana que entrelucía por un jirón del nublado. Rió nerviosamente y exclamó: — ¡Ricardo! ¡Ricardo! - Y con aquella risa y aquella expresión continuó clamando pausadamente, como si llamase un recuerdo perdido. "—¡Ricardo!.. ¡Ricardo! Me quería de veras: con resolución para todo. Hasta para azotarle la cara; para morder aquellos labios insolentes. ¡Ricardo! quiero saber lo que hay detrás de sus juramentos; lo que hay dentro de su corazón. Y si tuviera lo que busco... Le escribiré. Pero ¿vendrá? ¡No ha de venir!„

Olvidada de la oscuridad, se dirigió apresuradamente á la mesilla donde tenía tintero y papel: tropezó, y mesa y mujer rodaron por el suelo.

Su madre, llamada por el estrépito de la caída, acudió al cuarto y halló á Esperanza presa de un síncope. La enorme carga de sensaciones sufridas en un día, el susto del tropezón y el mismo dolor físico, habían doblegado aquel cuerpo, postrándolo con ese desmayo que es la muerte temporal.

Cuando á la mañana siguiente, cobrado ya el conocimiento, empezó á darse cuenta

de lo sucedido, pensó, para consolarse, lo que suelen pensar tras su primer sueño los que sufren una gran desgracia; que todo había sido una pesadilla; que su Marqués era soltero, y que seguía queriéndola para esposa legítima.

Doña Rita la restituyó á la realidad.

—No te apures, hija mía—le dijo.—Olvidalo y sírvate de lección. Recuerda que nunca me gustaron esas relaciones ni ese Marqués.

—¿Pero tú sabes? .. preguntó Esperanza angustiada.

—Todo. He pasado la noche á tu cabecera, y registrado tu correspondencia. Es natural que una buena madre indague las causas que afligen á su hija, cuando ésta no se las confía.

—¿Y has leído?...

—Hasta la carta de la embajada.

Esperanza rompió á llorar. No lloró como la noche precedente sobre el colchón; lloró en los brazos de su madre.

***

En los cuatro años transcurridos, Ricardo se había consagrado al ejercicio de sus funciones judiciales, como á un sacerdocio; y con tanto acierto, que acababa de ser pro-

movido á un juzgado de ascenso no distante de Madrid.

Los desencantos de aquel amor sin desmayo, pero sin ilusión, habían dado á su carácter un baño de dulce melancolía que sentaba muy bien á la naturaleza de su cargo. Serio en sus palabras y procederes, apartado de la sociedad lo preciso para no apartarse de la cortesía, y ajeno á las bur das intriguillas políticas de villorrio, vivía en un alejamiento simpático, al cual nadie llegaba con familiaridad, y todos llegaban con la confianza de ser tratados digna y justamente. En los pueblos donde ejerció, fué siempre tan querido como respetado. Como debe ser la autoridad, la suya era blanda, pero no manoseada. No confundía el mando con la dominación, ni la entereza con la ira, ni el carácter con los modos groseros. No imponía la obediencia, sino que se la ganaba, y era obedecido con gusto.

Escribía pocas cartas, fuera de las de familia, y por lo mismo se le pasaban á veces semanas enteras sin recibir correspondencia privada. ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa cuando una mañana descubrió entre el montón de pliegos oficiales una carta, cuyo sobre fino y escrito con letra delicada, contrastaba con los cartapacios sucios, mal tratados y mal escritos de la corresponden-

cia curialesca! Conoció la letra al revuelo de los ojos: el sobre fué más bien rasgado que abierto, y la carta fué, más que leída, devorada. Decía así:

"Ignoro si sentirás lo que sentías por mí. Si tuviéramos, tú esa constancia y yo esa fortuna, te rogaría que vinieses á Madrid.

„Necesito lo que no he vuelto á encontrar en el mundo: un hombre que me quiera.

„Esta carta y este ruego son un atrevimiento mío, casi un atentado contra tu dignidad; sé que debes estar agraviado, y que me he hecho merecedora de tu olvido. Pero conozco tu nobleza, sé también que cuento quizá con el éxito, y desde luego con tu perdón, que es lo que te pide tu hermana del alma

ESPERANZA.„

El amor no muerto, ni siquiera dormido, pero sí posado en el fondo del ser, se alborotó de nuevo con aquella lectura, como se alborota el agua tibia al recibir un chorro de agua hirviente; y aquel afecto, recalentado súbitamente, subió en borbotones á su corazón, llenándole el pecho de palpitaciones, y de colores el rostro.

Solicitó por telégrafo licencia del presidente de la Audiencia y le fué concedida con facilidad, porque era la primera que pedía,

Pasados tres días, estaba camino de Madrid, y una hora después de llegar departía á sus anchas con Esperanza, á quien su madre dejaba confiadamente á solas con Ricardo.

Ricardo escuchaba. Esperanza hablaba. Su acento y su color tomaban alternativamente todos los tonos de la pasión. Á veces vibrante la voz, erguido el cuerpo, encendidos los pómulos como arrebatada por la ira; á veces pálido el rostro, opaca y débil la palabra, caída la cabeza sobre el pecho como vencida por el dolor: casi siempre clavados los ojos en el suelo y avergonzada como quien cuenta sus culpas al confesor. Sentía, efectivamente, vergüenza por lo que iba á revelar y por lo que iba á pedir; de suerte que anduvo encogida y por rodeos dilatorios antes de ir al punto principal.

Comenzó hablando genéricamente de sus desgracias amorosas: de las relaciones de aquel Conde que la cortejó mientras se tramitaba un expediente y la dejó cuando su padre lo hubo informado bien.

—Lo sabía—respondió Ricardo.

—Es verdad; eso pasó cuando todavía estabas en Madrid.

—No se me olvida. En realidad, no fuiste para él un amor, fuiste una carta de recomendación: te lo dije muchas veces.

Esperanza habló después de otros amores con un banquero viejo, que se hubiera casado con ella á no haberle puesto impedimento una antigua amante, en la cual tenía cuatro hijos.

—Lo sabía—volvió á decir Ricardo.

—Pues eso pasó cuando no estabas ya en Madrid.

—A pesar de eso lo sabía. El banquero había dado palabra de casamiento á su querida como á ti.

—¡Pero á ella se la cumplió!

Y llegó la aventura del Marqués. Ricardo conoció desde luego que, aunque la última en orden, era la primera en calidad, por el detenimiento y la expresión apasionada del relato.

—Lo sabía también,—dijo Ricardo.

—¿También?... ¿Pero todo?

—Todo... Esto es, todo lo que puede saberse. Tú dirás si hay algo que deba ignorarse.

—Nada, nada—replicó presurosamente Esperanza. Me refiero al estado del Marqués.

—Es casado; lo sé.

—¿Y cómo y por qué sabes de mi vida tanto como yo?

—Porque te quiero, por lo menos, tanto como tú te quieres.

Ricardo había guardado hasta este momento la reserva propia de un vencedor generoso. Tenía anunciados á Esperanza estos desengaños. Su cumplimiento le dolía por lo que á ella tocaba, y le lisonjeaba por lo que á él se refería. Sin embargo, no la reconvino sino es con el castigo imponente del silencio.

Pero, á partir de esa frase, su palabra, voz y fisonomía tomaron súbita animación.

—¿Tanto como tú te quieres? No: más todavía, y si no más, mejor; porque yo te quiero sin la ambición con que tú te quieres. Conozco tu vida día por día y paso por paso. ¿Por qué? Porque para mí es como la mía propia. Pues qué ¿había yo de dejarme lejos todo el amor de mi corazón, sin procurar noticias frecuentes de él? ¿Cómo las he obtenido? A nadie falta un amigo leal que escriba. Tengo un paquete de cartas que compone tu historia de cuatro años; un expediente completo: el único que me ha interesado, fuera de los de mi profesión.

Esperanza sonrió por primera vez durante aquella entrevista.

—¿Luego sigues queriéndome como antes? preguntó.

—Como siempre.

—¿Como un hermano? No; más aún, más.

—Como lo que quieras. Te lo tengo dicho.

—Voy á verlo; y si lo veo...

Esperanza no se atrevió á prometer más, y cortando la frase, dijo:

—Voy á ponerte á prueba. Ese Marqués me ha burlado.

—¿De manera que me has traído aquí—dijo muy despacio Ricardo,—no para confiarme arrepentida tus desengaños, pedirme consuelo y darme esperanzas, sino para pedirme cólera y darme envidias de ese hombre, á quien has amado y amas?

—Eso no.

- Eso sí; de otro modo, no te interesaría su proceder.

—No me interesa su amor; pero ¿quieres que no me interese su injuria? ¿Que no la castigue?

—¡Castigo! ¿Por cuál culpa? ¿Porque ha ofendido tu amor propio?

—Porque me ha tomado por una perdida, enamorándome cuando no podía casarse.

—Esperanza, ¡qué nuevo desengaño!—prosiguió tristemente Ricardo.—Pensé que en mí buscabas un pecho para consolar tus tristezas, y buscas un brazo para tus pasiones impotentes y tus odios femeninos.

—¡Y no lo encuentro! También á mí me toca el desengaño.

—Cometes una ligereza, y por galantería

no la califico de necedad. Cualquier intento mío sería ridículo. Tu Marqués se reiría de mí con razón. ¿Qué título, qué derecho tengo para intervenir en tus asuntos? ¿Soy tu padre? ¿Tu hermano? ¿Siquiera tu pariente? ¿Soy tu amante nuevo?

—¿Si lo fueras?...—dijo Esperanza con esa indecisión de quien quiere obligar sin comprometerse.

—Estaría más atado para todo, por tu decoro y por el mío. ¿Habrías de parecerte á esas mujeres que recurren al amante matón contra el amante insolente?

—¡Ricardo!—exclamó Esperanza con altivez.

—Es duro el símil. Pero corresponde á la verdadera situación á que nos llevas.

Esperanza no replicó. Levantóse y empezó á pasearse; como el gabinete era corto, aquello no era andar, sino girar. Parecía una leona furiosa, á la cual el domador había vuelto á la jaula. Veíase burlada definitivamente: la ultima esperanza de su despecho había desaparecido. La furia de su corazón subía á sus labios en temblores convulsivos y palabras incoherentes.

Nada tan punzante, tan cruel como la rabia femenina, más amarga cuanto más impotente. Es la congestión de la cólera, porque como no puede salir á las manos en es-

tocadas y tiros, queda en la intención y en el alma como depósito de veneno asfixiante.

—Y ese hombre, ¿va á quedarse riendo?

Y después, acaso sin saber lo que decía, ó precisamente porque la oía Ricardo, y con propósito de exaltarle, añadió con voz tan ahogada que semejaba un rugido:

—¡Y me ha besado!

Ricardo se irguió también violentamente, y empezó á pasear como Esperanza. Su rostro tomó esa palidez condensada de la ira que va á estallar. La sangre se le había retirado al corazón, golpeado, herido por aquel beso. Todo presagiaba el trueno de dos tormentas que se juntan para ayudarse.

—¡Y ese hombre, engañándote, ha conseguido un beso, ciento, de tu boca! ¡Yo, adorándote, ni una sonrisa! ¡Así sois todas! ¡Amor de mujer, siempre imbécil!

Y después de una pausa, agregó:—Pero no sólo habiéndote besado, sino habiéndote deshonrado, habiendo poseído, además de tu boca, todo tu ser, fuera imposible defenderte. ¡Eres mayor de edad, y sabes lo que haces!

Y, enfurecido, Ricardo salió del gabinete y de la casa. Aconteció á Esperanza lo que acontece siempre con los celos cuando se

les irrita. Se llama al rayo, sin prever que nos caerá en la cabeza.

La envidia del celoso recae sobre el rival; pero la ira, en el primer impulso, descarga sobre el objeto amado.

VII

EL DESPERTAR

Ricardo no podía expulsar de su cerebro la imagen viva de aquel beso, confesado con intención incendiaria por Esperanza.

Reconociendo todo su egoísmo y falsedad, pretendía olvidarla; pero como su pasión superaba á su voluntad, ni la olvidaba ni la desdeñaba, como él quisiera y ella merecía.

A la par de este sentimiento de amor involuntario, vivía en Ricardo otro sentimiento extraño en su corazón sano y noble: el del odio mortal al Marqués. Ricardo procuró conocerlo; tarea fácil, porque el Marqués era de esas personas siempre expuestas en teatros, paseos, toros, carreras de caballos y demás escaparates públicos de la sociedad.

Cuando le hubo conocido de vista, se dió á seguir sus pasos con tenacidad, tenacidad que tenía mucho de esa atracción invenci-

ble con que nos llama, lo mismo que lo amado, lo aborrecido. Y como Ricardo andaba desocupado de sus obligaciones judiciales, la ocupación de sus celos llegó á ser la exclusiva de aquellos días.

Es de ver un celoso en actividad. Presa de la hidra negra, espía perpetuo de su amada, rebuscador de sus propias desgracias, cuando son ciertas, inventor de ellas cuando son imaginadas, loco, en fin, dedicado á agrandar sus propios tormentos.

Ricardo seguía al Marqués y vigilaba á Esperanza sin descanso.

¡Qué angustia si en ocasiones perdía su pista, figurándoselos ya juntos en escondites inaccesibles!

¡Qué suspiros de desahogo cuando sabía por un sirviente sobornado que el Marqués había pasado en la mesa de juego de algún club aquellas noches que él suponía pasadas en los brazos de Esperanza! En los brazos, nada menos que en los brazos; porque Ricardo, perdida la confianza en la virtud de su amada, la creía capaz de todo. El recuerdo del beso, que no le abandonaba un punto, le hacía pensar que Esperanza era materia corruptible y dispuesta para todo y para todos... ¡para todos, menos para él!

Una noche, Esperanza salió á la calle á ra desacostumbrada. No iba con su ma-

dre, sino con una amiga. Ricardo espiaba desde el portal frontero, como lo hacía siempre en aquellas horas que él juzgaba de mayor peligro, y lo eran ciertamente, porque en ellas el Sr. de Carvajal dejaba su casa para asistir á su círculo de café y doña Rita solía dormirse en el comedor ó acostarse del todo, libre ya de la tertulia enojosa del Marqués. Esperanza, entonces, quedaba sola en la casa y señora de sus puertas. Soledad y sazón oportunas para un amante osado y una niña complaciente.

Esperanza se había adornado con su traje y atavíos mejores. Ricardo la siguió, y ella y su amiga y él dieron en el Teatro Real, donde ambas ocuparon sendas butacas.

Ricardo quedó sorprendido porque Esperanza no iba á espectáculos caros, sino cuando algún amigo le proporcionaba billetes de favor ó alguna amiga la llevaba por necesidad de compañía.

Ricardo tomó otra butaca de las últimas y más escondidas filas, tanto para no ser visto de Esperanza, cuanto para ocultar de los demás la modestia de su traje, impropio de aquella exposición de elegantes maniquíes.

Cinco minutos después de comenzado el primer acto, el Marqués entró en el teatro. Ricardo se puso en pie sin saberlo, y palideció tanto, que un caballero que estaba á

su lado se creyó en el deber de preguntarle si se sentía malo. Efectivamente, parecía enfermo ó loco, á juzgar por el extravío de su mirada.

—No, no es nada—respondió sentándose.

—Lo debí suponer—añadió mentalmente.—Una cita, una cita segura. Se entienden; la amiga es una... tercera.

Continuaba la representación de la ópera.

Ricardo ni sabía cuál era, ni la oía. Sorbido por sus celos, se hallaba como sólo en medio de aquella esplendorosa concurrencia y como sordo en medio de aquella catarata de sonoridades musicales. Para él no había nada alrededor, nada enfrente, fuera de Esperanza y el Marqués. La armonía de la orquesta, las notas de los cantantes, el estallido frecuente de los aplausos, le sonaban como un rumor lejano, insuficiente para perturbar su aislamiento. En cambio creía percibir el cuchicheo de Esperanza y de su amiga, por virtud de ese poder de atención con que el maestro músico distingue la desafinación de un instrumento, entre los centenares de voces de la orquesta. Para él no había más ruido perceptible que la nota infernal de aquel beso que sonaba perpetuamente en su oído, y que el concierto de aquellas dos bocas que se juntaron día como se juntaban al presente las

dos miradas para fundirse en un éxtasis.

La sala llena, el hormigueo del público, la hermosura de las mujeres, la fosforescencia de las pedrerías, la animación del espectáculo, presentaban á su vista, recogida en un solo punto, el efecto confuso de un cuadro borroso.

En cambio veía claramente cómo la mirada de Esperanza, al dirigirse al escenario, se posaba largos espacios en el Marqués. Y veía también cómo la mirada de éste, al dirigirse atrás, se encontraba con la de Esperanza y se paraba en ella, compenetrándose ambas y enviándose una salutación más íntima, más honda, más habladora que el saludo de la mano, de la sonrisa y de la palabra.

Acabado el acto, el Marqués clavó sus ojos en Esperanza, y en compañía de amigos suyos, salió de la sala. Esperanza, con pretexto de acomodarse en su asiento, volvió el cuerpo atrás, dirigiendo una mirada como de despedida al Marqués.

—¡Ingrata! ¡desalmada! ¡No tienes consideración para mí, ni vergüenza de él, ni decoro en ti!

Ricardo salió también de la sala: no podía respirar en ella. Sentía ahogo en el alma y opresión en el pecho.

Vió en el vestíbulo al Marqués, el cual

se mofaba de la candidez de Margarita, enamorada de un señor desconocido que lleva en su compañía al diablo cargado de oro.

Representábase el *Fausto*, de Gounod. La irrespetuosidad con que aquel hombre corrido y aquellos barbilindos seductores de oficio, hablaban de objetos sagrados para Ricardo, encendió su corazón, donde aún se mantenían en pie los altares de la vieja caballerosidad española.

Su amor exaltaba doblemente esa hidalguía respecto de Esperanza, que en aquellas burlas infamantes era aludida entre otras mujeres.

Ricardo se habría apartado con asco del corro, si no le sujetaran su curiosidad y sus celos hambrientos de noticias.

Pero no pudo oir más: la bandada de buitres se dispersó por varios palcos, tal vez para cubrir de flores las mismas caras que acababan de despellejar.

Ricardo volvió á su asiento, y allí continuó sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

Sus miradas eran de esas miradas muertas que miran sin ver, que caen sobre todos los objetos y no tocan en ninguno; excepto en Esperanza y en el Marqués, á quienes absorbía con tal potencia, que los

veía sin mirarlos y sin poder apartarse de ellos, como si los llevara clavados dentro de la retina.

Por esto no se le escapó la sonrisa ligera que cruzaron una vez. Aquellos labios llenos de improperios días atrás, los labios que maldecían y juraban venganza, se entreabrían de nuevo, movidos quizá por la palpitación del último beso, y se entreabrían acaso para enviarse á distancia otro beso mental.

Ricardo, loco ó febril, con la demencia de los celos ó la calentura de la excitación nerviosa, que ambas producen delirios, se figuraba ya ver cómo el espacio se acortaba entre ambos amantes; cómo sus cabezas se iban acercando y cómo, al fin, sus bocas se dormían una sobre otra en lúbrica conjunción. Y entonces, en lo más vivo de esta visión, resonó claramente en la sala el chasquido de un fuerte beso. Ricardo se estremeció, creyendo haberse vuelto loco. Aquello no era fantasía suya: era indudablemente beso verdadero, corpóreo, que sonaba como el estallido de carne que se abrasa. Miró instintivamente á la escena. Fausto y Margarita sellaban su perdición con el primer beso de amor, en aquella poética ventana blanqueada por la luz de la luna. El grito de felicidad consumada que

Fausto profiere despues, penetró en el oído de Ricardo como chorro de fuego. Trajo á su imaginación la felicidad que el Marqués habría sentido en caso semejante.

Sus celos, sus rencores, sus envidias se revolvieron como serpientes en su corazón.

El Marqués salió al vestíbulo sonriendo al pasar frente de Esperanza. Ricardo salió detrás y se situó junto al corro de maldicientes. Las burlas se renovaron pronto.

—¿Parece que hemos vuelto á las andadas, Marqués?

—¡Bah! querido: ve usted visiones.

—Las que hemos visto son sonrisitas.

—Y es raro—observó un tercero,—porque el Marqués es de los que no vuelven por el camino andado.

Se referían infaliblemente á Esperanza.

El Marqués callaba, autorizando con su silencio aquellas suposiciones que lisonjeaban su vanidad tanto como herían la honra ajena.

—Hay que confesar que el camino merece billete de ida y vuelta.

—Es hermoso.

—¿Y llano?—preguntó otro.

Los interlocutores bajaron la voz y se acercaron mucho al Marqués. Este narraba, no sólo lo sucedido con Esperanza, pero

también lo que él quisiera que hubiese sucedido.

Lo contaba con ese tono hipócrita de secreto, y con esos embustes propios de los tenorios de profesión que no se creen honrados sino cuando deshonran.

Ricardo se metió bruscamente en el corro, y sin cortesías ni rodeos dijo:

—Todo eso es una mentira villana.

—Señor mío, eso de mentira...—contestó el Marqués.

—Pues si no es mentira, es algo peor. No deben referirse los favores de mujer, si son mentira; si son verdad, deben callarse. Conque, lo dicho: embustero ó canalla.

El Marqués, abrumado y aun avergonzado públicamente por aquella argumentación vigorosa en fondo y forma, no supo replicar. Los amigos intervinieron, procurando apartarlo de allí, y se hubiera apartado si Ricardo no estuviese resuelto á aprovechar la ocasión buscada para dar salida honrosa á su odio.

—Basta—dijo un amigo conciliador.—Este caballero retira sus palabras, y nosotros nos retiramos de aquí.

—Ni retiro una letra, ni ese señor se retira sin llevar marcado su castigo.

Y diciendo y haciendo, abofeteó al Marqués para cortarte de este modo toda reti-

rada, llevando la cuestión á punto irreconciliable.

Ricardo salió del teatro, entregando antes su tarjeta á un amigo del Marqués.

***

Dos días después, la familia de Carvajal recibió la noticia de que Ricardo se hallaba herido gravemente.

—Yo le he herido—exclamó Esperanza. Yo sola tengo la culpa. ¡El único hombre que me quería!

En el acto, madre é hija se encaminaron á casa de Ricardo. Los padres estaban locos de dolor. Sabían ya que su hijo había recibido aquella herida en un duelo. Ignoraban solamente la causa del lance y la responsabilidad que á Esperanza le cabía en él. Ricardo había guardado reserva absoluta acerca de estos puntos.

Hallábase el herido en su alcoba.

Acompañábanle su padre, el médico y los amigos que le sirvieran de testigos en el duelo. La madre, á quien se había prohibido la entrada, tanto por evitarle emociones superiores á su fuerza, cuanto porque afligía con sus lágrimas al paciente, salió al encuentro de sus amigas.

¡Me lo han matado! ¡Me lo han matado!—

dijo echándose en los brazos de doña Rita. Ésta, autorizada por la intimidad y lo grave del caso, entró seguidamente en el cuarto de Ricardo. Esperanza no se atrevió á tanto. La asustaba el cuadro vivo de su propia obra. Quedóse á la puerta, mirando á hurtadillas hacia dentro del cuarto, que era el mismo donde cuatro años antes se despidió de Ricardo cuando éste partió para su juzgado. Casi en el mismo lugar estaba la maleta que los dos habían arreglado. En aquella ocasión, una palabra hubiera labrado una vida tranquila para ella y una felicidad merecida para el hombre que moría amándola y por amarla.

Allí, á la luz ya mortecina de la tarde, veía á aquel hombre héroe, á aquel hombre mártir, caído en el lecho, con el rostro afilado y blanco, con las manos crispadas por las torturas físicas, con la respiración que semejaba ronquido entrecortado, débil unas veces como si la vida fuera rozando por un hilo, estruendoso otras como si la sangre cocida por la fiebre hirviera en el pecho.

Y además de los dolores materiales, ¡qué dolores infinitos habría dentro de aquel corazón!

Viendo y pensando esto, Esperanza no pudo reprimir un sollozo.

Ricardo advirtió la presencia de doña

Rita, y supuso la de Esperanza. Echó una mirada tristísima por el aposento, y como no la viera, hizo un esfuerzo para volver el cuerpo hacia la puerta.

En vez de conseguirlo, el esfuerzo le ocasionó un síncope peligroso.

El médico pulsó al paciente, y después se llevó al padre aparte.

—Mal, muy mal,—le dijo. Si hubiera salvación, yo sólo la conseguiría; no habiéndola, será inútil el concurso de otros profesores. Sin embargo, por la tranquilidad de la familia, le ruego que llame para consulta al que le inspire más confianza.

El bueno de Carvajal llamó en el acto al médico habitual de la casa, porque el que asistía ahora era un doctor, amigo particular de Ricardo.

Horas después, celebrada la consulta, ambos doctores convinieron en que la herida era mortal de necesidad. Ricardo tenía una bala alojada en el pecho. La extracción del proyectil era imposible, y también era imposible la vida en aquella situación.

Ricardo salió del síncope para entrar en un estado de grande agitación y delirio.

Solamente delirando, pudo escaparse de aquel alma generosa una acusación contra Esperanza.

—Míralo, míralo—decía con voz fatigosa

y cortada:—mientras tú le sonreías, él te calumniaba; se ufanaba de haberte vencido y deshonrado. Mientras tú me desdeñabas, yo te defendía, yo le castigaba, yo perdía mi sangre por ti.

Esperanza no resistió más; se arrojó dentro del cuarto y sobre el cuerpo de Ricardo, abrazándose á él casi gritando:

—Lo sé, Ricardo: un beso te ha matado; si como te há matado pudiera resucitarte, no uno, cien besos te daría: ¡tómalos!

Y besó muchas veces, y con mucha fuerza, el rostro de Ricardo. Éste concentró en ella toda la vida que le quedaba, levantó penosamente una mano para asirla y entreabrió la boca como para responder á aquellos besos. Pero no pudo besar ni abrazar; ni brazo ni boca obedecían ya al deseo.

La soñadora Esperanza se sintió mujer quizá por primera vez en su vida, dejándose llevar del corazón con olvido de los respetos sociales y hasta de la presencia de sus padres.

Los asistentes, sin embargo, nada objetaron á aquel desbordamiento que fuera incasto, si la ocasión no le diera color de sublime castidad. Aquellos besos, purificados por la muerte, parecían preces de los que no saben rezar en latín.

Solamente los médicos se opusieron apartándola de allí, y fué, en verdad, por motivos de conciencia profesional, y no por otros. La emoción y el esfuerzo podían acelerar la muerte del paciente.

***

Ricardo murió aquella noche. Esperanza, al separarse del cadáver, llevaba sentimientos que no había conocido jamás. Su madre, único ejemplar de sensatez en la casa, quiso aprovechar aquella buena disposición de ánimo para conseguir una enmienda en el modo de sentir y proceder de su hija.

Sacó de entre sus recuerdos juveniles una muñeca rota y descosida, pero guardada cuidadosamente bajo doble envoltorio de papel, rotulado de la manera siguiente: "Juguete de mi hija, abandonado la noche del 5 de Enero de 1870, en la esperanza de otros muñecos mejores que debían traer los Reyes Magos.„

Púsola sobre la almohada, y en la posición misma en que Esperanza, cuando niña, solía acostarla consigo.

Esperanza no había cruzado la palabra con sus padres en toda aquella noche.

En silencio también, y cambiando un beso

amargado con lágrimas, se recogió á su cuarto. ¿Para dormir? No: el sueño no se posa en párpados mojados. ¿Qué cosa la desvelaba? ¿El amor de Ricardo? ¿Los remordimientos? Algo de ellos, y con ellos un tanto de egoísmo. Con Ricardo desaparecía el único hombre capaz para ella de esos amores desinteresados que adoran sin correspondencia, como los místicos adoran á los santos que no se acuerdan de ellos.

A solas con sus memorias y su conciencia, derramando por la alcoba sus miradas inciertas, halló la muñeca. Ni se acordaba de ella, ni comprendía cómo ni para qué estaba allí, hasta que, leído el rótulo puesto en el envoltorio, penetró el significado de la lección; sufriendo á la par una de esas condenaciones sin palabras, más terribles que todos los castigos corporales.

Ante su muñeca ajada y rota, reconstruyó las maravillas de su niñez. Alcázares, reyes y príncipes orientales; camellos cargados de pedrería; juguetes de oro; ambiciones, al fin, inocentes, locuras, al cabo, inofensivas, de la infancia. A todo ese sueño sacrificó la única muñeca que poseía, compañera inseparable de sus juegos, hermana muda de su alma, amante sufrida de sus caprichos.

Iba recordando cada vez con más inten-

sidad, viendo con mayores claridades. Y como iris remoto que se perfila y colora entre el nublado, le fué apareciendo la imagen de aquella noche en la cual, esperando las muñecas de plata de los Magos, despreció por inútil y pobre á su muñeca de trapo, y la arrojó del lecho, y le descoyuntó los brazos y le sacó las entrañas de estopa y la sangre de serrín, por la cruel satisfacción de saber lo que tenía y cómo estaba formada por dentro.

Y los Reyes no vinieron; y ella, triste y sola, se quedó sin muñeca de plata y sin muñeca de trapo.

La historia se repetía, agrandándose, pero con muñecos de carne, con ambiciones agresivas, con locuras cruentas. Esperando á los príncipes con corona de oro, había desdeñado, por vulgar y pobre, al compañero de sus juegos, hermano de su alma, amante sufrido de sus caprichos. Y la fortuna, ni dejó en su lecho un príncipe, ni dejó en el mundo el único corazón que la amaba.

Esto se decía Esperanza en monólogo inarticulado; porque en la vida real los monólogos se hablan con voces de la conciencia: solamente los locos los pronuncian con voces de la garganta.

Tenía en sus manos la muñeca, llorándo-

la como las madres lloran á la hija muerta. Pero los ojos no tocaban á muerto por ella; tocaban por sus ilusiones.

Como la tenía levantada en sus brazos para mirarla, vió manchas frescas de sangre en la manga de su vestido claro. La sangre de un muerto recogida en los abrazos que le dió. Exhalando un grito de terror, arrojó la muñeca, que al caer soltó el poco serrín que le quedaba.

También había sacrificado ahora á Ricardo, como antes á la muñeca: á ambos para saber lo que guardaban dentro.

Ya lo sabía: la una, serrín; el otro, sangre.

***

¿Qué aprovechó de aquella enseñanza? El primer día, mucho: remordimientos y propósito de la enmienda, como todos los pecadores recién confesados. A los ocho días, poco; á los dos meses, nada.

Sucede con las buenas intenciones lo contrario que con las buenas obras: aquéllas se consumen, éstas se crecen con el tiempo.

A los tres días de morir Ricardo, Esperanza no lloraba ya; á los nueve, salía de su casa; á los treinta, tenía novio. ¿De su clase? Para eso era tarde. El único hombre que la merecía, había muerto por ella. Ya

que el nuevo fuese vulgar, que fuese poderoso.

Ayudada por ese argumento, siguió soñando.

¿Qué fué de ella? ¡Quién lo sabe! Hay quien afirma que dos años después la vió en el *Bois* de París. Paseaba en lujoso milord, en compañía de un extranjero. ¿Su marido? No debía serlo, porque seis meses después fué también vista en Monte Carlo con otro tren y otro acompañante más viejo.

Indudablemente, el príncipe oriental de sus sueños había llegado á su alcoba, pero sin pasar antes por el cuarto de su madre, sino asaltando el balcón desde el arroyo.

Como los Reyes Magos no la hicieron propietaria de su esperada muñeca de plata, acaso ella pasó á ser propiedad transitoria de los muñecos de oro.

¿Llegó á salvarse? ¿Llegó á perderse en el montón donde suelen caer las soñadoras desilusionadas?

Lo único averiguado con certeza es... que no llegó á casarse.

LA CAJA DE CEDRO

—

NARRACIÓN PARA LOS CONFIADOS

Convéncete, Federico; está definitivamente resuelto el oscuro problema de la dicha doméstica y la fidelidad conyugal.

—¿Conyugal? Supongo que no referirás el descubrimiento á tu situación, porque no estás casado.

—¿Casado? Como si lo estuviera. Mis deberes son tan inexcusables, mis lazos tan duraderos como si los hubiera atado el voto público de perpetuidad.

—Un matrimonio con todos los sacramentos... menos el sacramento del matrimonio.

—No importa: la legitimidad y el amor van corrientes diversas, aunque á veces

pueden converger: las fórmulas van por fuera, y el amor por dentro.

Alejandro Dumas está en lo cierto al exponer cómo una pasión, llegada á tiempo, suele levantar los espíritus caídos en el fango. Los hechos lo comprueban.

—Los hechos acaecidos en sus fábulas.

—Y los acaecidos en la realidad de la vida. El amor es el gran desinfectante moral, el purificador de las naturalezas viciadas.

—Como la de Lola.

—Exageras respecto de ella. Lola ha tenido sus deslices, sus extravíos.

—No es una virgen por inocencia.

—Pero puede ser una virtud por conversión. Y la Iglesia adora á Magdalena tanto como á Susana. Ha tenido muchos amantes, es cierto; pero en eso consiste precisamente mi seguridad; debemos fiar más de la corrupción enamorada que de la honradez fría.

Tengo preferencias por lo usado. ¿Por qué? Porque el uso es la mejor garantía de las cosas. Las botas nuevas aprietan hasta que ajustan á la forma del pie; la levita no cae bien hasta que se acomoda á las líneas del cuerpo; el edificio hace movimiento hasta que toma su aplomo; el coche bota ó chilla hasta que se suavizan sus muelles.

Mira á nuestro alrededor, y verás la razón de estas preferencias. Armarios de roble viejo, sillerías de caoba maciza, mesas de antiguo nogal, bargueños de origen monástico; muebles que han servido, el que menos, á tres generaciones, y que servirán á otras tantas con igual firmeza.

Hé ahí, en cambio, este escritorio introducido furtivamente en mi casa por el capricho de Lola. Obra de la industria presente, modelo del gusto novísimo. Maderas recién cortadas, incrustaciones recién hechas, forma linda, cara limpia y lustrosa. Una alhaja cuando entró aquí. Pero vino la canícula, apretaron los calores, y saltó el barniz y se abrieron las maderas.

¿Qué queda de aquella preciosidad? Un mueble desvencijado, inservible y lleno de hendiduras, donde no hay papel seguro ni secreto guardado. Compáralo ahora con aquel cofrecillo de cedro que has visto tan conservado en casa de Lola. Cuenta á lo menos siglo y medio de servicios sin mancha ni abertura. Debiera ostentar cuatro cruces de San Hermenegildo, premio de su constancia y lealtad acrisoladas.

Lola y yo depositábamos en él cartas y recuerdos amorosos, visitados solamente por las guardas de la llave de plata que mi amante conserva en su poder.

—Considera que esos muebles fueron también nuevos en su día.

—Indudablemente. Pero, experimentada su novedad por otros hombres que desecharon los inútiles, han llegado á mí solamente las ventajas de los que resistieron á la prueba.

Aplica, pues, la teoría al corazón femenino. Tomas uno nuevo, fresco, lustroso, intacto. ¿Puedes preciarte de conocer la naturaleza de su pasta ó la resistencia de sus fibras? Cuando estés más tranquilo, llega la canícula del amor, aprietan los calores, y el corazón se abre en dos pedazos: el menor para ti, el mayor para un amigo.

—Perfectamente cuerdo. Sin embargo, espero que no adoptarás la teoría de lo usado al tomar mujer propia.

—No, porque no la tomaré. Quiero muebles que pueda tirar á la calle al primer crujido que den. Por lo que hace á Lola, está garantizada.

—No será por sus años, porque no llega á los veinticinco.

—Pero ha pasado muchas canículas amorosas: las cuenta, no por sus años, sino también por meses y hasta por semanas. Ha vivido muy de prisa, y tiene adquiridas prematuramente la dureza de la edad y la pátina del tiempo. Por eso la amo y confío

en ella tanto como en mi caja de cedro. Sólo puede abrirla quien tenga la llave. Madera ya incorruptible, por lo mismo que ha vivido entre todas las corrupciones.

—Incorruptible mientras no se deje corromper.

—Caerá, en todo caso, por cálculo, no por imprudencia temeraria. El arte consiste, pues, en tener previstos sus cálculos, lo cual está sujeto á reglas matemáticas infalibles. La fidelidad será, en último resultado, cuestión de precio. ¡Y ya quisieran los hombres más felices reducir á un término único y conocido esta cuestión sometida á incógnitas tan diversas!

La simplificación es siempre una perfección.

—Tu teoría es, cuando menos, peligrosa: tanto vale fiar la custodia de nuestros tesoros á los que han vivido del robo. Quien malas mañas ha...

—Tarde las olvida, pero las olvida. En tí hallo mi último argumento. Tu vida ha sido una sucesión de mañas no buenas y de engaños no siempre inocentes contra hombres y mujeres. De ellos tengo yo mismo memorias, aunque no rencores. Me has jugado muy malas pasadas, que á veces han tenido en suspenso nuestra amistad, tan antigua como nosotros. Y sin embargo,

hoy estás tan convertido, que te creo mi mejor amigo y mi consejero más leal, precisamente porque conoces el paño. Te confío cosas que no confiaría á nadie, pues considero gastada ya en ti la cuota de maldad que la naturaleza reparte á cada sér humano. Tu cuota de honradez se ha renovado por la amistad, como la de Lola por el amor.

El argumento, si no convenció á Federico, le obligó á mostrarse convencido y á poner punto en la conversación.

***

Antonio y Federico eran compañeros de infancia y camaradas de colegio.

Aristócrata y rico, Antonio había heredado mucha hacienda, poca sangre y mediana salud, cosas todas que había apurado ya á los treinta y siete años, por ministerio de sus vicios, que también parecían herencia familiar. Así es que en lo que debiera ser el vigor de la vida estaba arruinado, ó á lo menos muy gastado de ánimo, de cuerpo y de capital, ruina ésta la más llorada por esa ralea divertida y trasnochadora, vegetación nocturna, destinada solamente á consumir el oxígeno y desprender los gases maléficos en la sociedad.

Lola se había encargado de dar con sus besos el último soplo á aquella luz moribunda.

Federico pertenecía á las castas parásitas nacidas para chupar jugos agenos. Venía de la alta pobreza, que tiene las necesidades y no los medios de vivir bien. La naturaleza, que piensa por el hombre y da al pez agallas, le había dotado de las que necesitaba para respirar en la atmósfera donde tenía que desarrollarse: de la resistencia propia de los seres que vegetan en la podredumbre y de esa sordera moral llamada desvergüenza, que han menester los pájaros para no oir las voces que los expulsan cuando se meten por esos trigos de Dios.

Todo hombre rico, vicioso y pródigo lleva encima su buen amigo, y Federico era el de Antonio, aunque con las intermitencias que recordaban en su diálogo. A la sazón corría un período de confianza que Antonio creía definitivo, alucinado por la tesis novísima de la conversión de los infieles y de la superioridad de los convertidos.

Lola era una aventurera como todas las demás, que en el paseo de coches dan diariamente cuatro vueltas alrededor del *Angel caído*. Ni mejor ni peor que cualquiera ellas. Guapa como todas, limpia como

todas, morena ó rubia, según las circunstancias, como todas, y pródiga de lo suyo y de lo ajeno, como todas.

Sobresalía entre muchas de ellas por ciertas ventajas: ingenio cultivado en el trato de gentes escogidas, y educación, maneras y gustos casi aristocráticos.

"¡Falso!„—gritarán los moralistas ó esos á modo de catadores de vinos, que se precian de diferenciar, por privilegio exclusivo, lo que diferencian todos los paladares: el Champagne de la sidra, y el Burdeos del Valdepeñas. "¡Falso! - dirán -Las de su ralea nacen abajo, viven abajo y siempre están abajo, por mucho que suban. Pueden parecer elegantes desde lejos, pero son ordinarias desde cerca.„

Hay excepciones, y excepciones cada vez más numerosas.

Muchas, las más, suben; pero muchas también bajan. El vicio es hoy nivelador.

No atestiguo con muertos, ni me desmentirán los madrileños que han visto, ó más que visto, esposas ó hijas de dignatarios y de nobilísimos personajes, dando sus vueltas alrededor del *Angel caído* y muy caídas de todo, menos de ropa y de dinero ajeno.

Distinguíase, además, por una cualidad rara en mujeres de su clase.

Lola, lejos de ser provocativa, era seria,

casi rayana en la sequedad para los hombres. Achacábanlo sus amigas, que eran pocas, á orgullo, porque había tenido generalmente buenas proporciones; sus enemigas, á falta de talento y de atracción; los hombres cándidos, á disgusto de la vida aventurera, para la cual, según ellos, no había nacido; pero los prácticos, á avaricia de sus encantos, porque siendo mujer calculadora é interesada, no los malgastaba en galanteos sin fruto.

Precisamente esta cualidad engañaba á Antonio, que la atribuía, si no á virtud, á insensibilidad, y como á deseo de reposo de las fatigas abrumadoras del placer obligatorio.

Esta era la garantía que en lo usado encontraba Antonio, quien, romántico en medio de los vicios más prosaicos, creía de buena fe en la restauración de las virtudes destronadas por rebeliones de la concupiscencia.

***

—¿Con que has trabajado durante un mes para convencerme de las bondades de Lola, y cuando estoy convencido vienes tú mismo con dudas? Veamos, Antonio, ¿qué ıebas tienes?

—No tengo, efectivamente, prueba plena de la traición; pero á un hombre de mundo como yo le bastan los indicios, que en estas cuestiones son más terribles que la prueba, porque sobran para creer en el engaño y no bastan para vengarlo.

—¡Para vengarlo! ¡Pobre Antonio! Una mujer como Lola no merece otra venganza sino el desdén.

—Y la muerte, Federico.

—¡La muerte! ¡No lo tomas poco alto! La falta de la mujer ajena no deshonra al hombre.

—Ninguna traición, ni aun la de la mujer propia, afrenta el decoro como no haya consentimiento, y sin embargo, de cuando en cuando hay valientes que matan. No afrenta mi decoro, pero ultraja mi pasión y amarga para siempre mi vida. Lola es necesariamente mi último amor.

—¡Desdichado Antonio! ¡Romántico incurable!

—No, práctico convencido. Mi último amor, porque si se trata de las mujeres decentes, quiero decir, de las gratuítas, mi facha ruinosa no está ya para inspirar pasiones ni aun curiosidad; si se trata de las mujeres onerosas, mi bolsillo arruinado no está para inspirar codicias.

—Siento decirte que tienes razón en esto.

—Pues entonces la tengo para matar á Lola, cuando no prefieras que yo me mate.

—Pero veamos: ¿cuáles son esos indicios?

—Entre muchos, tengo uno decisivo: Lola ha cambiado de carácter y de conducta. Era grave y ahora es risueña; era fría y ahora es tierna; era áspera y ahora me rinde con caricias y melosidades inusitadas. Esto revela que goza de satisfacciones también inusitadas, porque las gentes felices son bondadosas hasta con sus enemigos.

—Los cambios de conducta nada prueban en la mujer, porque el capricho es su única constancia y naturaleza.

—Tienes hoy optimismos extraños: casi interés en convencerme de aquello que tú has dudado siempre.

—Porque no veo motivos.

—Porque los ves demasiado, y tu buena amistad desea tranquilizarme. Pero busco en ti, no caridades del cariño, sino ayuda para el convencimiento.

- ¿Ayuda de mi parte, Antonio?

—Tu ayuda: ¡qué! ¿me la niegas?

—No...

—A lo menos la regateas con tus vacilaciones y hasta con tu gesto, que me sabe á vinagre.

—Pero no hallo medio eficaz...

—Uno, que puedo confiar solamente á tu intimidad. Vas á enamorar á mi amante.

—¡Enamorarla!

—Precisamente enamorarla, no; pretenderla. Creo que te he hablado de mi caja de cedro. Voy á pasarla revista de inspección; quiero saber si permanece incorruptible, y claro está que no puedo averiguarlo directamente.

Esa antigua joya tiene una abertura á modo de buzón, por el cual yo introducía mis cartas amorosas, que eran así llevadas á Lola para no exponerlas á la imprudencia de los criados. Lola, que ha tenido siempre la llave, extraía la correspondencia y me devolvía la caja cerrada. Fué una precaución que adopté en vida de mi mujer, celosa como una africana y vigilante como un Argos.

Como hoy no necesito ya de esas precauciones, la caja permanece en poder de Lola. Ese artificio y ese procedimiento que sirvieron para engañar á mi mujer, ¿servirán ahora para engañarme á mí? Sería el castigo providencial de los pecadores que enseñan á pecar. Pedir á Lola la llave, es avisarla de mis recelos: vaciaría la caja.

Vas, pues, á escribirle una carta amorosa. Yo mismo la introduciré en la boca de aquel buzón, y él contestará. Si encontrada la

carta, Lola se calla, ¡ay de ella! Como me oculta esa correspondencia me ocultará otras. Aquel buzón será entonces la boca del infierno abierta á los pecados. Pero si me confía el secreto de tu carta, entonces se probará...

—Se probará, en todo caso, que yo no soy el amante que le conviene.

—Y quedará confirmada mi teoría constante: la mujer que mira á la conveniencia antes que al capricho, está asegurada. Todo el arte consiste ya, en tener cubiertos sus cálculos. El problema queda reducido á las reglas aritméticas. La simplificación de la fidelidad. Lo que te he dicho siempre. Ahora escribe.

—Escribo, y conste que escribo á ruego tuyo.

—Perfectamente. Son las doce: almuerzas conmigo y después voy á echar mi anzuelo en el río revuelto de nuestra famosa caja. Comeré con Lola: para aquella hora habrá picado. Esta noche conocerás el éxito.

—¿Dónde?

—En el teatro Español. Es día de moda.

***

—Estás preocupada, Lola.

—¡Dale con la preocupación, Antonio! No parece sino que te interesa que la tenga.

—Y estás más distraída que otras veces.

—Y tú más aprensivo que nunca. Distraída, no; ocupada formalmente en mi tocado. No me hables mientras me visto. Una distracción puede costarnos cara: á mí porque iría hecha una facha...

—Y á mí porque pagaría la renovación del traje que te hubiera disgustado. Comprendido: te espero en el comedor.

Este silencio nada tiene de particular,—pensaba Antonio;—el momento de vestirse es solemne para estas muchachas. Indudablemente me guarda la revelación para la mesa. La mesa y el lecho son los confesonarios de la intimidad.

—La señora está servida—avisó la doncella de Lola.

—¿El señor no toma sopa?—dijo el criado á Antonio, que estaba sentado á la mesa, no enfrente, como acostumbraba, sino al lado de Lola, con la esperanza de recibir en voz baja la confesión.

Antonio no tocó efectivamente á la sopa, creyendo comer de los otros platos con el apetito que da la satisfacción aguardada.

Lola no dijo una palabra.

Y vino el primer plato. Antonio tampoco

lo probó. Lola rompió á hablar. ¿De qué? De las imperfecciones de su tocado, hecho de prisa. Pasaron otros platos por detrás de Antonio, y Lola charló de todo, menos de la caja de cedro.

Y tomando una golosina de dulce por vía de postre, se levantó rápidamente de la mesa.

—¿No comes más?—preguntó Antonio estupefacto.

—¿Para qué más, hijito? No todos tienen el buen apetito que tú.

Lola no había reparado siquiera que Antonio estaba ayuno de aquella comida.

***

—Mal, muy mal, Federico; mi situación es desesperada.

—Lola...

—Callada como una muerta. ¡Ya ves que síntoma!

—No es malo.

—¿Que no es malo?

—Para mí—pensó Federico,—cuyos ojos se animaron con un relámpago de placer inadvertido para Antonio.

—Sin embargo, aún queda una duda: ¿estás seguro de que ha abierto hoy la caja y allado su contenido?—preguntó Federico

con tono en que sonaba más el interés del egoísmo qué el de la amistad.

—Verdaderamente, queda esa duda. Esperaremos. Una noche de angustia, y mañana un día de desesperación; porque la mato, la mato decididamente, y también al cómplice que me la roba.

—No te ciegues. No tiene cómplice. Lola te ama.

—Yo también lo creía.

—Y ahora empiezo yo á convencerme de ello. Mañana me darás la razón.

***

Federico había advertido en Lola miradas insinuantes, que un hombre más vanidoso que él hubiera tomado por expresión de un amor ó de un capricho. Sin embargo, fuese consideración de la amistad ó recelo del éxito, no había querido aventurar una frase que hubiese acortado las distancias.

Ahora encontraba andado el mal camino por empuje ajeno, y decidió aprovechar lo que le deparara buenamente la suerte.

A hurtadillas de Antonio subió al palco de Lola, y bien pronto hizo caer la conversación sobre lo que le interesaba.

—No creí que estuviese usted tan enamo-

rado, y menos que me lo contase por medio de cartitas, teniendo á su disposición una buena lengua y muchas ocasiones para hablarme. Es una timidez de muchacho primerizo, que casi casi me enternece.

—Yo tampoco lo creía; pero hay alguien empeñado en ello.

—¿Empeñado?

—Con ceguedad. No me enamoro, me enamoran. Primero, me encomian sus bellezas, como para atraerme; después, me confían sus fragilidades, como para estimularme, y, por último, me ponen la pluma en la mano, y hasta me dictan esa declaración, como para ahorrarme todo trabajo. Me dan el amor hecho; he puesto sólo la faena pasiva de aceptarlo.

—¿Y Antonio, porque se trata seguramente de Antonio, le hace á usted escribirme para averiguar cómo contesto? Sabe que la caña es frágil, y tira de ella para ver si se quiebra. El procedimiento es inocente; sólo un loco echa carne al hambriento pretendiendo que no la coma. Crea dos peligros por evitar uno, poniendo á prueba mi fidelidad y al mismo tiempo la de sus amigos. Porque si yo contestara á esa carta, ¿qué haría usted?

Lola acompañó esta pregunta con gesto un coquetón y mirada tan provocativa,

que Federico, rendido al encanto, respondió:

—¡Adorarla, Lola; adorarla!

—¿Y engañar á su amigo?

—Las traiciones son á veces obra de las circunstancias, más que de la intención. Si usted me quisiera...

—¿Tan pronto?

—En este caso desaprovechar el tiempo es desaprovechar felicidades.

—Mañana... le espero para almorzar.

—¿Solos?

—Casi solos. Con Antonio.

***

La mesa era muy otra que la del día anterior. Lola se presentó de mal talante.

—Buena entrada—dijo Antonio á Federico.—Lola vuelve á sus hábitos de siempre. Mira qué cara de vinagre; es un aperitivo. Creo que voy á almorzar bien.

Efectivamente, Antonio, que tenía el hambre atrasada desde la víspera, en que el disgusto le impidió comer, comenzó á devorar el primer plato.

—Es incomprensible este Antonio; cuando yo río, él rabia; cuando rabio, ríe y come lo mismo que un gañán. ¡Y dice que me quiere!

—Pues por eso. Yo me entiendo.

—Y yo también te entiendo. Tu arguyes así: mujer que está seria...

—No se divierte.

—Y mujer que no se divierte, no es amada. Y estás tranquilo respecto de mi fidelidad, y ríes y comes.

Antonio asintió con su silencio.

—Pues hoy vas á rabiar conmigo. Como todos los desconfiados, ignoras por dónde viene el peligro.

—¡Por dónde viene el peligro! Caerás en la vulgaridad de decir que por los hombres. ¿No es eso? —preguntó Antonio observando atentamente á Lola, como quien quiere obtener una afirmación.

Lola calló.

—No—continuó Antonio.—El peligro procede en primer lugar de las mujeres. En el mundo, á lo menos en el mundo actual, no hay seductores, sino seductoras. Toda mujer que cae, ha puesto de antemano la piedra en su camino. Por lo que á mí toca, nunca he pretendido á mujer que no haya deseado que la pretendiera. Y no soy tímido, ciertamente; pero la virtud impone, no ya respeto, sino miedo á los más libertinos. La violación moral no existe en la naturaleza.

—De modo—dijo Lola—que si yo, por jemplo, recibiera una carta...

—¡Una carta!—interrumpieron á la vez Antonio y Federico, con acento de gozo y de sorpresa respectivamente.

—Si recibiera una carta, pensarías indefectiblemente mal de mí. Después de esa declaración, me guardaría muy bien de confiarte semejantes secretos, cuando los tuviera.

Antonio comprendió que había ido demasiado lejos ó por mal camino en sus exploraciones.

—Con ese sistema puedo ser sorprendida por la declaración hablada ó escrita de un atrevido, y no puedo confiarte el lance para reirnos juntos del imprudente; porque tu desconfianza sería el pago de mi buena fe.

—Eso varía: si te adelantases lealmente á una explicación no reclamada, mi confianza y mi cariño acrecentarían á medida de tu espontaneidad.

—Pues bien; cela á tus buenos amigos en vez de celarme á mí. Federico ha profanado el santuario de nuestra caja, introduciendo en ella una carta amorosa.

Antonio fingió, lo mejor que pudo, una indignación que no sentía.

—Cuando la leas—continuó Lola,—te reirás como yo de su estilo ridículo y majadero.

—Majadero y ridículo—dijo Federico mirando intencionadamente á Antonio.—Perdóname siquiera por lástima de mi fracaso.

—La acción es mala, pero la crítica es demasiado fuerte.

—No hay de bueno en esa carta sino la letra. Lo demás, parece pensado por un tonto y dictado por un chino.

—¡Pero, mujer, ten consideración!—dijo Antonio que trataba de defender lo que él había dictado.

Federico, lleno de confusiones ante la conducta singular de Lola, quiso afligir á su amigo en venganza del papel desairado que le había repartido en aquella comedia.

—Lola tiene razón. No hay disculpa para mi traición ni para mi carta. Pero no siempre está uno bien de literatura.

—La redacción es mala como obra literaria, pero admirable como tónico: ella sola basta para fortalecer virtudes vacilantes.

Y llovieron tales burlas sobre la carta, que Antonio tuvo que defender tenazmente á Federico, y Federico tuvo que compadecer á Antonio.

—Sin duda exageras; la carta no es, quiero decir, no será tan mala como suponéis.

—Vas á juzgarla por tus propios ojos y criterio. Federico, tome usted la llave de su buzón, recoja todo lo que encuentre allí,

esto es, su carta, y tráigasela á Antonio con su misma caja, la cual, como no tengo secretos que ocultar, vuelve desde hoy á poder de su dueño.

Federico abrió la caja, y junto á su carta halló otra de Lola, concebida en los términos siguientes:

"Sea usted discreto, y seremos felices si me quiere de verdad.„

Federico leyó apresuradamente el escrito, lo guardó con alegría y volvió al comedor.

***

Lola era uno de esos caracteres que pudiéramos llamar de aluvión, formados por advenimientos sucesivos de tormentas y trastornos de la vida. Las locuras juveniles le habían acarreado á veces compromisos graves, y no era ya mujer que se dejase sorprender por los acontecimientos, ni se aventurara en caminos donde no tuviese dispuesta de antemano la salida.

Durante sus ya antiguas relaciones con Antonio no había escrito sino cuando negaba favores; sus concesiones iban siempre bajo el seguro de su palabra.

¿Por qué, pues, escribía aquella carta peligrosa? Para experimentar si en el corazón de Federico podía más el amor de ella que

la amistad de Antonio. Había que precaverse contra cualquier emboscada.

Cuando Federico estuvo de vuelta en el comedor. Lola comprendió de una sola mirada que el amor había vencido, y que aquel hombre engañaba al amigo que le escogió para instrumento de su ensayo.

—¿Ha leído usted mi carta?—preguntó Lola á Federico.

—Sí.

—Y naturalmente la confiará usted á su amigo...

—Naturalmente, no.

—Pues le advierto que se ponga en guardia, porque he noticiado á Antonio de mi carta por si usted se la mostraba.

—Entonces, ¿para qué la ha escrito?

—Precisamente para saber si usted se oculta de su amigo, y averiguar si esto es asechanza dispuesta por ambos contra mí, ó pasión formal.

—Ya ve que es pasión. Usted queda ante Antonio como buena y leal porque le ha revelado su contestación. Yo ¿cómo quedo?

—Pues confiéseselo como yo.

—Con una condición. La de que después nos confesaremos usted y yo.

—Mañana almorzará usted conmigo.

—¿Solos?

—Completamente solos.

—¿Hasta sin Antonio?

—Hasta sin criados. Yo misma serviré el café en mi gabinete.

—Pero, juguemos limpio. Usted es incomprensible. ¿Puedo fiarme?...

—Si le invitara por escrito, no.

—¿Y de palabra?

—Es otra cosa: las deudas de palabra son deudas de honor.

—¡Ah! ¡Pues entonces!...

—Al salón. Antonio espera.

***

[illegible] el café, Antonio recogió su pre[illegible] de cedro.

[illegible] conmigo, tenemos que hablar—[illegible]

[illegible] de la casa.

[illegible] inquieto, temiendo que su [illegible] la contestación de Lola, [illegible] explicaciones de aquel [illegible]

[illegible] de malograr la [illegible] sentimiento de su [illegible]

[illegible] á Lola?—[illegible] traspuso el um[illegible]

[illegible] Federico creyen-

do percibir en aquel adverbio el primer trueno de la tormenta. -Haces bien.

—¿Y por qué no? Lola es un tesoro de fidelidad.

—Lo es, en efecto; tesoro purísimo: te lo garantizo con mi propia experiencia.

Federico se adelantó á conjurar la tormenta, diciendo:

—¿Sabes lo que ha hecho? Escribirme. Es decir, burlarse de mí.

—Lo sé.

—¡Ah! ¿Lo sabes? añadió Federico, aparentando absoluta inocencia.

—Me lo ha declarado.

—Ya ves á lo que me expone tu amistad: á la chacota de tu querida.

—Te reconozco como amigo leal, á quien debo un gran servicio. Ella es un corazón de oro y tú la piedra de toque donde se ha probado su buena ley. Gracias, querido mío, gracias.

—Gracias á ti por la justicia.

Y se abrazaron con tal alegría y tal olvido del cofrecillo, que éste, cayendo desde los brazos de Antonio al suelo, recibió una ancha herida que lo abrió casi en dos pedazos.

—Un pequeño desperfecto, fácil de componer; aunque no lo necesito mientras tenga amigos tan curados como Lola y tú. Ves confirmada mi teoría de lo usado? Ha

sido necesario que yo arroje al suelo la caja. Por sí sola no se hubiera abierto jamás. Así sois para mí Lola y tú; cedros incorruptibles.

—Realmente tú solo eres culpable de esta rotura. El mal es como el retroceso en el billar: la bola se vuelve y viene hacia quien la tira.

Antonio no entendió nunca la ironía cruel de estas palabras, y siguió creyendo que el tiempo purifica lo impuro.

Y con efecto, Lola fué *mujer de honor* en cuanto al cumplimiento de la palabra que dió al amigo de su amante.

PLACIDEZ

—

NARRACIÓN PARA LOS FILÁNTROPOS

Hablas de mi optimismo. Pues ¿y tu pesimismo? Es la moda filosófica, no el sentimiento leal del siglo presente. El hombre no es perverso, aunque á veces sea pervertido; lo cual arguye diferencia, porque la perversidad es condición nativa, propia, espontánea, y la perversión obra artificial, sobrepuesta, ya por trabajos de la sociedad, bien por tiranía de las necesidades, quizá por contagio de la mala atmósfera en que se viva. El vicio, como lo dice su mismo significado, no es inclinación, sino declinación y falseamiento de la naturaleza, corrupción de lo sano.

La tierra encamina en derechura hacia lo

alto cuanto engendra en su vientre y cría en su costra. Las aguas sudadas por sus poros se deshacen en vapores que suben hacia las nubes: los árboles y las flores se yerguen en busca del sol: el hombre crece hacia el cielo. Cuerpo y alma, vapores y vegetación se tuercen porque son mal guiados. Guía bien al hombre, y será bueno. Sobre todo este hombre campesino, lindante con la naturaleza primitiva, apartado de las artes mundanas, sordo á las llamadas de la envidia, porque no tiene delante de sí el estímulo del goce ajeno ni el espectáculo de alturas adonde no alcanza.

Por eso las aglomeraciones son casi siempre viciosas. Mira los árboles de ese valle. Pocos y espaciados, crecen erguidos y parejos: muchos y espesos, se empujan porque se estorban, se retuercen porque se dañan, se encorvan para salir por donde puedan, y cada cual busca su medro á expensas del otro, acostándose sobre él para sostenerse, sin considerar que aplasta ó ahoga al vecino.

Así las sociedades. De la poca tierra para mucha gente, de la soberbia de los altos, de la codicia de los bajos, de los abusos del fuerte, del rigor de las leyes, de la opresión de las costumbres, de las desigualdades de la fortuna, provienen y fluyen como de

fuentes podridas los vicios que tuercen el buen natural y corrompen la buena sangre del hombre.

Cuando Plácido hubo acabado la última estrofa de este idilio, dicho con acento de convicción sincera, su oyente le miró con lástima, bien que no con asombro, porque sermones semejantes eran comida y hábito diario en aquella casa.

—Por ahí vas, sin duda, enveredado al cielo, pero llegarás en cueros vivos, porque te dejarás la lana entre las zarzas. Te has pasado la vida entre tus librotes; eres un sabio discurriendo y un tonto ejecutando. Ves á los hombres por sus obras escritas y no por sus obras practicadas. Los conoces por los aforismos de los filósofos y las sentencias de los moralistas, que los muestran como deben ser. Yo no sé palabra de todo eso: he trabajado siempre al aire corriente: he estudiado al hombre en libertad, y no me engaña el más astuto ni me convence el más listo. Sé que tiene uñas, aunque las tape con los guantes, que al fin y al cabo son de piel ajena.

—El que trata bien, será bien tratado: haz como te digo y no se hable más del caso.

Plácido se caló los anteojos que tenía entre las manos, y resuelto á mudar de materia, volvió á su lectura del *Flos Sanctorum*,

interrumpida poco antes con la llegada y conversación de Basilio, su amigo de la infancia y cuñado, que tal era quien con él mantenía el diálogo antecedente.

Plácido y Basilio, por sus inclinaciones contrapuestas, parecían nacidos para aborrecerse, y sin embargo, se querían tanto, que Basilio le había entregado gustoso por esposa á su hermana, de quien fué tutor, la cual no hubiera entregado nunca á otro hombre inútil y parásito. Es de advertir que Basilio tenía por inútil á todo ciudadano que no sacara el 20 por 100 de interés á su caudal, y reputaba por parásito á toda persona que se aficionara ó viviera de profesiones intelectuales. Desdeñaba á las gentes de ciencia y letras, á las que llamaba juglares de plazuela: con la diferencia de que éstos viven de hacer juegos de manos, y aquéllos de hacer juegos de palabras.

Y la verdad es que la doctrina de Basilio tenía de su parte la experiencia de lo que pasaba en el pueblo. Mientras el cura con su teología, el abogado con su derecho, el secretario del Ayuntamiento con su *Alcubilla*, el maestro de escuela con sus máximas pegadas en la pared, vivían con apuros en sus malas casas y sin pintar nada fuera de ellas, Basilio había doblado la hacienda heredada y se llevaba tras sí tantos votos

electorales, que era el cacique local mimado por el Gobernador de la provincia. Esto se explica sabiendo que lo mejor del vecindario tenía para con Basilio el deber de algún préstamo al uno y medio mensual, con hipoteca de la propiedad y además de la opinión política.

Su casa era lugar de tanto orden y recogimiento, y sobre esto de tanta comodidad y provisión, que el señor Obispo de la diócesis la prefirió á la del párroco para su morada y estancia durante la santa visita pastoral. Y aún se recuerda, como blasón de familia, que cuando la mujer de Basilio, tocada de la elocuencia evangélica, se desmayó en la iglesia oyendo la memorable plática contra la usura, el caritativo Prelado otorgó á los cónyuges, por vía de consolación, la honra especial de sentarlos á su mesa y bendecirlos. Verdad es que á Su Ilustrísima le conmovió aquella sensibilidad cristiana y la religiosidad del matrimonio, que además de costear una misa diaria, contribuía con oblaciones frecuentes al decoro del culto eclesiástico, deslustrado por la pobreza de la parroquia y la impiedad de los tiempos.

Era este Basilio áspero de lengua y de proceder, y sin llegar á avariento, más amide su negocio que de su prójimo, y tan

puntual en sus tratos, que no se tomaba dilación cuando había de desembolsar, por no dar esperas cuando había de recibir. Quien se la hacía se la pagaba, y aun se la pagaban algunos que no se la hacían, para acostumbrarlos á temerle. Con todo esto engordaban su hacienda y su cuerpo, mostrando así que el mal genio no enflaquece á los que lo gastan, sino á los que lo sufren.

Plácido... Plácido respondía á su nombre. Mansedumbre, tolerancia, desapropio de los bienes materiales y negligencia en sus intereses, prendas excelentes, muy admiradas, pero no competidas por sus convecinos. Con ellas nadie le hacía caso, ni le negaba oferta, ni le cumplía palabra, porque nadie temía castigo de su mano ni rencor de su corazón.

No es, pues, maravilla que ambos cuñados riñeran cada día y se abrazaran cada noche al despedirse reconciliados, pero firmes en sus respectivos pareceres.

En una de esas contiendas estaban hoy.

Basilio pretendía convencer á Plácido de que era, no ya largueza y caridad, sino mentecatez, lo que hacía de sus tierras y ganados. Conviene saber que la hacienda de Plácido consistía en muchedumbre de ganados de toda especie y en una dehesa enclavada en el término de la villa, que

era una no grande de la Extremadura ribereña del Guadiana.

Parte de la dehesa era monte de encinas, bastantes para cebar hasta dos mil cerdos. La otra parte era monte bajo, donde pastaban los rebaños de Plácido y otros que no eran suyos, pues lo extenso de la finca daba sobrado para el arrendamiento.

Años atrás, en invierno de frío y carestía, el buen Plácido tuvo, muy á disgusto de su cuñado, la generosidad de autorizar á los vecinos pobres para hacer leña en el monte bajo.

Llegaron inviernos mejores, pero ya le pareció mal recoger la palabra. Los pobres se habían acostumbrado al disfrute gratuito, ¡y era tan cruel hacerles pagar los míseros hacecillos de leña con que calentaban á sus hijos y cocían su olla en el hogar!

Mantuvo la licencia. Y los pobrecitos vecinos de hogaño no se contentaban con destrozar los jarales y madroñeras. Tenían razón: aquellas varillas delgadas y flojas que ardían como paja, se consumían pronto, y era fuerte trabajo el de ir todos los días por un haz de leña. Resolvieron, pues, sabiamente podar acebuches y alcornoques y otros árboles de semejante porte y corpulencia. Una regular carga de sus ramas uesas y sustanciosas equivalía á cuatro

cargas de los raquíticos arbustos, y daba, en igual volumen, candela y descanso para varios días. Y aun ciertos vecinos previsores, sin andarse por las ramas, se iban derechos al tronco, talando por el pie alcornoques y hasta encinas.

No corregido con esto, Plácido daba ahora en la flor de conceder á familias indigentes todas las cabezas de su cabaña que morían por caso desgraciado.

Basilio, arguyendo con el ejemplo de los leñadores, le aconsejaba que no repitiera tal locura, porque lejos de ganar gratitud y voluntades, granjearía enemigos y maldicientes. Y de aquí el fundamento y propósito del angélico discurso que Plácido le predicó acerca de la bondad nativa de la raza humana y de las ventajas de tratar bien para ser correspondido. Y se ha visto ya la poca mella que la controversia hizo en el ánimo de los interlocutores.

Sucedió, pues, que un día de buen año en que el ganado andaba retozón y triscador, un toro padre ensartó, sin mala intención, á un ternero, con cornada tan certera, que no bastaron remedios de vaqueros ni albéitares para que no muriera. La res estaba gorda, y su carne daba para comer muchos días á una familia más que mediana. Como la suya era muy poca y además parecía ro-

ñoso que hombre acomodado sacara carne á la venta en tabla pública, Plácido guardó para sí la porción que podía conservarse fresca, disponiendo que lo restante fuese repartido en las casas pobres.

¡Qué día aquél para los de la villa! Condújose la res muerta al corral, y en él fué hecha cuartos y luego raciones, presidiendo patriarcalmente Plácido, para equidad de la distribución.

Eran de ver la alegría y los extremos de aquellos desgraciados, redimidos un día por bula de la caridad de su contínua abstinencia, y eran de oir las bendiciones y los ofrecimientos con que se despidieron del bienhechor. Aclamáronle por padre del pueblo, y lo aclamaran por rey, ó á lo menos por alcalde si pudieran.

Aunque de natural modesto, se sentía envanecido y como bañado dulcemente por aquella ola de popularidad que confortaba más sus ideas acerca de la bondad humana.

—Cuéntale á tu hermano—decía á su mujer;—cuéntale esto para persuadirle de que la gente es de suyo sana y agradecida.

En ocho días los vecinos no hablaron de otro suceso. Los ricos alababan la acción, y los pobres, principalmente los agraciados, ponían junto á los ángeles el buen corazón del padre del pueblo.

Pasó un mes, y al cabo de él otra desgracia, en cierto accidente venatorio. Un hermoso macho cabrío, apartado en busca de pasto, llegóse á los linderos de la dehesa vecina, donde unos cazadores monteaban venados y corzos, abundantes en aquella comarca. Estaba el macho dentro del ojeo, y como sintiera cerca el ruido de ojeadores y perros, se levantó y dió á correr por un retamal, yendo á topar con el puesto de un cazador. Era éste primerizo, y ya fuese que no supiera distinguir de otros bichos cornúpetos que los caseros, bien que se le llenara el ojo de carne, el resultado fué que se apresuró en el tiro, y sin reparar dejó tendido de un balazo al macho. Cuando orgulloso con su hazaña se acercó á cobrar el que él juzgaba grandísimo venado, le salió el cabrero reclamándole con voces descompuestas el daño de la muerte.

La querella no pasó adelante por la intervención caballerosa de Plácido. Y éste, movido nuevamente de su largueza y aun tentado del demonio de la vanidad—porque el aplauso de las buenas acciones es su principal continuador—repartió la res; ahora entera y sin reservarse nada, porque su mujer no gustaba de la carne cabría.

Repitiéronse las alabanzas y bendiciones de los pobres. Volvióse á hablar del caso,

esta vez menos de ocho días, y aun alguno de los beneficiados, después de comida la carne, opinó como la mujer de Plácido tocante al desabor del ganado cabrío. Le sabía mejor el vacuno, y hubiera preferido que la bala equivocada tocase á otro ternero.

No eran cumplidos diez días cuando ya tardaba á los vecinos la muerte de otra cabeza. Muchos iban diariamente á casa de Plácido para enterarse del estado de la ganadería. Diríase que había enfermo grave en la familia, y si lo hubiera no acudiría la gente á ver el parte del médico con más solicitud que acudía á la hora en que los mayorales venían á la casa para dar noticias del campo. Plácido agradecía las demostraciones de sus convecinos, considerando cómo se interesaban por la salud de su cabaña, correspondiendo á su buen proceder.

Hubo hombre que, entrando una noche con el sombrero en las manos y dándole vueltas entre ellas, dijo con acento de pesadumbre:

Ya he oído al mayoral. Hay que conformarse: este mes estamos de desgracia.

—¿Qué—preguntó Plácido—ha muerto algún bicho?

—Al revés: en lo que va de Marzo—á la sazón promediaba—no ha habido novedad.

—Pues ¿de cuál desgracia hablas?

—Pues de esa. Lo digo por nosotros los pobres.

Plácido sonrió benévolamente por la ingenuidad del rústico.

¡Qué sencillez paradisíaca la de esta humanidad campestre, criada en contacto con la naturaleza!

Parece que la Providencia, velando aquella vez, como todas, por sus hijos, oyó la súplica secreta que le alzaban otros vecinos como éste, y dos noches después un cordero se enredó por el cuello en la malla del redil, en tal y tan violenta disposición, que amaneció ahorcado.

Tres días después de repartido, conforme á costumbre, la gente deseaba ya otra víctima y aun murmuraba de la pequeñez del cordero, escaso para tanto hambriento, y maldecía de la suerte de Plácido porque en un mes largo no había sufrido sino tres bajas en sus ganados.

Por otra parte los laureles de la gloria popular iban ajándose con el manoseo diario. Le alababan pocos, y eran más los que le mordían. Tachábanle unos de manirroto y desordenado. Quién sostenía que todo aquello era pura vanidad y prurito de sobresalir. Algunos, que no hacía nada de sobra, porque la buena higiene aconseja no comer carne muerta sin saber de qué. Tales jui

cios lograba su conducta, y tales mudanzas tomaba la opinión, que se cansa hasta de las buenas acciones

La Providencia acudió otra vez al socorro del pobre y al castigo del afortunado, entregando una robusta vaca á los dientes de los lobos, que, hallándola un amanecer extraviada, la mataron y comieron de ella lo que les vino en gana. El vaquero aguantó la amonestación por su descuido, y la merienda comenzada por los lobos fué consumada por los hombres.

A la desventura de la vaca sucedió la de una cabra grande, y á la cabra siguieron en muerte dos borregos en muy pocos días.

Desde entonces, unas veces despeñadas las cabras, otras ahogados los carneros, cuándo mordidas de los lobos las vacas, menudearon los percances y desdichas, que se alcanzaban sin dejar noche de huelga, como si la maldición y la peste cayeran sobre las majadas y fuera venido el fin del mundo ganadero.

Afligíale la merma desastrosa, pero le afligía más considerar que el cielo se entera poco de las buenas y piadosas obras, porque si se enterara y las tomara en cuenta, no sería dable á su justicia pagarlas con reveses, mientras favorecía visiblemente á los malos de corazón y de hechos, pros-

perándoles en bienes terrenos y morales.

Esto acaecía con Basilio. Pasaban meses enteros sin un contratiempo en sus ganados, que aumentaban prodigiosamente. Contra ellos no había mala hierba, derrumbadero peligroso, ríos profundos ni lobos hambrientos.

—¿Pensáis que crío mis vacas para holgazanes?—respondía á los que le demandaban alguna res muerta, poniéndole el ejemplo de su cuñado.—No soy lila como él: para tontos basta con uno en la familia.

Y podía guardarse el leñador de tocar un solo tomillo de su dehesa. Aunque fuera cortado para un remedio, iba la denuncia al juez municipal, y el dañador era condenado infaliblemente, unas veces por la razón y otras por respetos del cacique.

De esta manera ocurría que, si alguien se propasaba, era delatado al punto por sus mismos vecinos, temerosos de verse complicados en el juicio, y ya el miedo guardaba las siembras y la fama los ganados, mejor que mesegueros, pastores y mastines.

Volviendo á Plácido, le aconteció que un día una vaca se ahogó en el Guadiana con circunstancias sorprendentes. En vez de irse aguas abajo, como cuerpo muerto, el animal fué tan querencioso, que, ahogado y todo, se salió á la ribera, y apareció á bu-

trecho de ella, en el lugar donde pacían sus compañeras. Que estaba ahogada, era indudable: el albéitar lo certificó. Era, pues, evidente que había sido extraída del río á fuerza de puños, y los vaqueros juraban que ni la vieron ni la sacaron.

—La vaca no se ha ahogado: todos los días entran en el río y vuelven á salir—objetaba Basilio á Plácido.

—Pues ya ves, las señas son verdaderamente mortales.

—Diciendo que no se ha ahogado, quiero decir que la han ahogado.

—Hombre, ¿quién va á tener interés en dañarme? Mi conducta no es para hacer enemigos.

—Yo me lo sé. Y te advierto que esto no puede continuar así, y no seguirá. Si fueras solo, pase. Pero tengo que mirar por tu mujer, que es mi hermana, y por tus hijos, que son mis sobrinos.

—¿Y qué vamos á hacerle?

—Hacienda, tu amo te vea, y el ojo del amo engorda el caballo. Conque desde ahora tú y yo nos hacemos pastorcitos, y no de Belén, como lo eres; y nos vamos de ronda á la dehesa al recoger y soltar el ganado.

Dicho y hecho. Basilio, que era hombre para cumplir lo que decía, se llevó á Pláci-

do, quiso que no, á vigilar las majadas con las precauciones convenientes al secreto de tal servicio.

Las tres veces primeras no hallaron novedad. A la cuarta les dió que sospechar la presencia de dos hombres que también rondaban por aquellos parajes, donde nada tenían que hacer. Eran dos pobrecitos abonados á la tabla gratuita de Plácido.

Comenzaba á anochecer. Pastores y perros, que en este oficio son iguales, recogían á los rediles los rebaños, que iban á la desfilada, tardos y cabizbajos, como sintiendo ya el peso y tristeza de las sombras. El monótono cencerreo parecía toque de queda de la naturaleza que iba á entrar en el reposo nocturno. Los perros flanqueaban y los pastores voceaban á las cabezas rezagadas por la gula del pasto. Dos de ellas habían de expiar caramente el vicio. Entretenían se más que las otras, como si el pasto les fuese sabrosísimo. Como que era el de unos mendrugos de pan que les arrojaba desde lejos uno de aquellos hombres, mal oculto entre las retamas.

Distraídas con la golosina se quedaron muy atrás de la manada, y cuando toda hubo traspuesto un collado, el hombre de los mendrugos y el otro que con él andaba, arremetieron con ambas ovejas y las mata-

ron. Acabada la matanza, se alejaron cautelosamente sin llevarse la presa.

Plácido, que tapado por unas peñas observaba la maniobra, quiso correr tras los matarifes; pero se lo impidió Basilio.

—Tanta bondad mal empleada, y ahora tanta furia fuera de tiempo. Aguántate por la buena hasta mañana y no echemos á perder el descubrimiento.

Basilio tenía razón. Plácido, como todos los caracteres apacibles, sacaba en un momento el depósito de cólera, que no había gastado en su vida, y lo sacaba inoportunamente cuando convenía la astucia.

Efectivamente, la traza dió resultado. Al día siguiente, muy de mañana, se corrió por el pueblo que los lobos habían destrozado dos ovejas, como siempre, de Plácido, porque Plácido era el único con quien se metían los lobos y los ríos. El pastor las traía á cuestas á casa del amo, que recibió la noticia con bien fingida sorpresa.

No cabia dudar: eran las mismas que había visto y señalado la noche antes. Parecían, en efecto, destrozadas por lobos: la matanza estaba hecha con arte y conocimiento verdaderamente teatrales. Faltábales alguna carne en las nalgas, como si la hubieran comido los carnívoros, y tenían en el cuello dentelladas que imitaban las de

aquellas fieras. Es ocioso decir que los dos matadores no fueron los últimos á acudir al reparto esperado como de costumbre. Cuando los pretendientes estuvieron reunidos, Plácido les habló de esta manera:

—Por acá, hijos míos, conocemos ya á los lobos que iban acabando con mi ganadería. Así, he resuelto no repartir estas reses ni ninguna otra en adelante. Os lo advierto para que ni despeñaderos, ni lobos, ni ríos, se tomen el trabajo perdido de matarme más cabezas, porque yo voy á comérmelas, y vosotros á pagármelas.

Y sin hablar más puso en mitad de la calle á los pobres, que se desataron en quejas é improperios. El que menos decía que Plácido era un pillo y robaba á los pobres lo que les debía dar y era de ellos.

Como ya no interesaba á nadie el secreto, Plácido conoció después al pormenor, y por confesiones propias, la industria ejercida contra su generosidad. Las pérdidas casuales habían sido muy escasas: las más, desde la del carnero ahorcado en el redil, convenidas y ejecutadas por los mismos beneficiados, simulando ya despeños en los barrancos, ahora sumersiones en el río, luego acometidas de lobo, cuándo cornadas de reses bravas.

Faltábale otro castigo á su candidez

Como Plácido retirara la licencia para cortar leñas en su dehesa, la gratitud popular intentó mantener por derecho lo que disfrutaba por costumbre y gracia. El común de vecinos, dirigido por un abogado intrigante, le puso pleito, alegando que gozaba de aquel aprovechamiento con justo título, por concesión voluntaria, de buena fe, puesto que poseía á ciencia y paciencia del dueño, y por uso y tiempo sobrados para la prescripción: lo cual constituía ya derecho con todas sus condiciones legales. Estuvo en muy poco que Plácido no perdiera el litigio, y aun ganándolo, le costó dinero y trabajo desenredarse de él y readquirir el dominio pleno de lo que era suyo.

Con estos castigos que le dieron y los que él dió, su propiedad fué creciendo, respetada y guardada por los que Basilio llamaba enemigos naturales del hombre: sus convecinos.

Plácido quedó convicto, aunque no confeso, de que su placidez le era dañosa, y de que la bondad y filantropía no aprovechan á quienes las poseen. La temperatura suave, la blanda humedad de los jardines crían alrededor insectos que nos pican y molestan. El frío y el aire duro limpian de estorbos el camino.

No se atrevió, pues, en lo sucesivo, á

predicar sus evangélicos sermones delante de su cuñado, si bien se consolaba pensando que en otras tierras las cosas pasaban de diferente modo. Porque él, hombre versado en escrituras, acababa de leer libros nuevos por donde infería que la raza humana viene de orígenes varios, y siendo disputable la universalidad de la especie, es también disputable la universalidad de su perfidia.

Basilio, ignorante de textos nuevos, fuera de los de la Iglesia, objetaba, con el *Génesis* en la mano, que toda la humanidad fué hecha de la misma carne con hueso, como engendrada por la pareja primitiva, á la cual su propio Criador tuvo que arrojar del Paraíso á puros latigazos.

Yo no tengo la certeza de Basilio respecto de la unidad y de la malicia humanas, y en conciencia no respondo de que sea así sino la parte de humanidad que puebla la villa donde aconteció lo narrado.

CÓMO ARGUMENTAN LAS MADRES

—

DIÁLOGO PARA LOS DESCASTADOS

Lugar y tiempo de la acción: un campamento en días de la guerra de los germanos, levantados por Arminio contra la dominación de Roma.

I

Tu esposo era una de las cabezas principales de la tribu. Las virtudes de su padre lo elevaron al primer rango. Su propio valor le dió puesto preeminente en el ejército que defiende la independencia de nuestra raza, la propiedad de nuestro campo, la pureza de nuestra religión, la castidad de nuestras esposas, la vida de nuestros hijos.

Pero su proceder le ha hecho indigno de su padre, de su nombre, de la confianza de sus gentes.

—¡Qué! ¿Mi esposo está acaso vencido por las legiones de ese á quien Roma llama *Germánico* y Germania llamará siempre enemigo?

—¡Ojalá fuera vencido, que entonces lloraríamos nuestra mala ventura, pero no nuestra deshonra! Duele la derrota, pero mancha la cobardía.

—¿Acaso ha perdido su escudo, descolgado de su brazo flojo, como las lágrimas se descuelgan de los ojos del niño cuando siente el alarido de la batalla? ¿Acaso ha huido ante esas águilas muertas con Varo, de las que se burlan ya hasta nuestras doncellas?

—¡Ojalá huyera! Que entonces las flechas enemigas, más veloces que los pies, se le hubieran clavado como rayo de los dioses, en las costillas, matándolo comó á los cobardes, de cara al lodo y con la espalda la cielo.

La cobardía mancha al que la tiene; pero la traición deshonra al que la ejecuta, y además asesina á quien la recibe.

—Pero... ¿de cuál traidor habláis?

—De tu esposo. Con Sigimero, digno hermano del vil Segesto, se ha pasado á las banderas romanas, vendiéndoles su nombre, su escudo, la honra de la tribu y la santidad de sus dioses.

Ha entrado al servicio del César. En el Rhin era cabeza de mil germanos; en el Tíber es un siervo más, que sigue con la plebe el carro de los triunfadores, vitorea á Tiberio en el circo y se postra en el atrio de los patricios.

Se ha desceñido la veste guerrera, el sayo corto de piel de venado, arreo propio de los hombres libres, porque deja en desnuda independencia brazos y piernas, y se ha enfundado en la larga túnica mujeril de la raza latina, vestidura propia de los esclavos, porque estorba á las piernas para avanzar y embaraza los brazos para combatir.

—Tú, gran sacerdote y jefe de la tribu, no me engañas, porque no puede engañar quien tiene en su boca la lengua de los dioses. Pero sin duda has sido engañado por los que tienen en su corazón la envidia de los hombres.

—No, mujer: ni me han engañado ni te engaño. ¡Ojalá te engañara! Bien saben los dioses que mejor quisiera ahora el pecado de la mentira, que el dolor de esta verdad.

—Dime, si quieres, que mi esposo es prisionero de los romanos; que, temerosos de su valor, le han arrebatado por ardid ó por fuerza; pero no me digas que engendró traiciones quien engendró á mis hijos.

—Porque tus hijos son hijos de traidor, y por ello hermanos de la traición, vengo á hablarte en nombre de las cabezas de la tribu. El ejército sin jefe vuelve roto y deshecho; el enemigo invade nuestros bosques y amenaza nuestro campamento; nadie osa á defenderse, porque con el ejemplo de la traición, no hay soldado que se fie ya del compañero; el pueblo, irritado y en motín general, pide satisfacción para Germania y castigo para la deslealtad. Es forzoso apaciguarlo.

—¿Buscan los germanos al desleal? Ya saben que está en Roma. ¿Son tan valientes? Pues vayan á Roma por él.

—Quizá estuviéramos ya camino de Roma si estas traiciones no lo impidieran. Por eso es mayor la ira pública, que cae siempre sobre lo que tiene á la mano.

—¿Y qué quiere?

—El sacrificio de los hermanos de la traición.

—¡Eso no! ¿Qué tiene que ver la tribu con la vida de mis hijos? ¿Acaso ella se la ha dado como á hijos de meretrices? Sacrifique los que haya engendrado en común, carne pública de lupanar.

—Pero te los han dado los dioses, y los dioses están ofendidos con quien ha renegado de ellos. Su cólera se manifiesta pa-

tente por calamidades en la tierra y prodigios en el cielo. Ellos por boca de nosotros, sus sacerdotes, ordenan el sacrificio.

—Los dioses no ordenan crueldades innecesarias. ¿Para qué les sirve la sangre de un gusano de la tierra, si pueden aplacarse cuando quisieran?

—Los ritos de nuestra religión lo prescriben; no eres la primera ni serás la última madre despojada de sus hijos. Es locura porfiar con los pueblos y los dioses. Siempre prevalece su poder, que es como la corriente del sagrado Rhín, que no tiene más riberas sino las que ella se hace. ¡Síguela si quieres vivir, pero no le pongas presas, porque no es el río el que se para, sino la presa la que perece! Tienes cinco hijos: escoge el que haya de ser sacrificado.

—No escojo, porque entonces yo lo sacrificaría.

—Ni por eso lo librarás del sacrificio. El pueblo te arrebatará uno cualquiera, y acaso sea el más amado.

—Pues bien, reunid á las madres de la tribu: ellas escojan entre los cinco.

II

—Con el poder del jefe de la tribu y la autoridad del sumo sacerdote, venimos á ti

mujer, para elegir entre tus hijos el que haya de ser sacrificado.

—Aquí están los cinco juntos y dispuestos: escoged, madres de la tribu, como si hubierais de escoger entre los vuestros.

—Lo escogeríamos para marido de una hija; para la muerte, no. Seríamos sus homicidas, porque quien escoge uno pudiendo escoger otro, ese lo mata. Echémoslo, pues, á la suerte; mátelo ella, que no tiene ojos para las desdichas ni oídos para las quejas de los hombres.

—La mala suerte irá derecha al más desgraciado. ¿Y por qué ha de morir ese? ¿La desdicha es acaso delito que merezca la muerte?

—Dices bien. Muera el que haya sido hasta ahora más venturoso. Alguna desgracia había de tocarle. Sea el primogénito. Ha gozado más tiempo que los otros de la luz de la vida, de los bienes de su padre, de las caricias de su madre.

—Pues por eso os lo niego. ¡Estoy tan acostumbrada á verlo, que al llevaros su vida os lleváis también la mayor parte de la mía! Los dioses piden el sacrificio de un hijo, pero no el de su madre.

—Sea, pues, el menor, ya que mides el cariño por sucesión de años y noches, como si fuera costumbre que se adquier-

más bien que sentimiento espontáneo que se impone.

A más de esto, tal vez gane con morir cuando su inteligencia no discierne el bien y el mal, y antes que la madurez le enseñe el baldón de su casta. Tú también pierdes menos perdiéndolo, porque ahorras los cuidados que necesita su niñez. ¿Para qué sirve ahora á tu casa ni á su tribu? Sus manos pequeñas han de robarte muchas manzanas antes que puedan manejar el instrumento de labranza con que arranque su propio sustento á la tierra. Sus miembros débiles han de sufrir muchos golpes y torturas antes que puedan soportar el peso del escudo y de la trámea para defender nuestra nación.

—¿Y acaso pertenece á la raza de esclavos que se tasan por lo que aprovechan, como el buey y el caballo? ¿Por ventura lo he criado para instrumento de trabajo? ¿Es niño y débil? ¿Y qué? No pisoteéis por inútil la raicilla, que ella será tronco fortísimo. Si vuestras madres y las madres de vuestros esposos hubieran discurrido como vosotras, ¿dónde estarían ahora vuestros hermanos y maridos, que son gloria de vuestros ojos, sostén de vuestra casa, y defensa de nuestra tribu?

¡Ay! ¡Que entonces las legiones cesáreas

no habrían encontrado pueblos grandes ni razas numerosas en los bosques de Germania!

No puede cazar fieras montaraces; pero, mientras otros las cazan, él puede guardar ganados mansos; que si le falta fuerza para defenderlos de los lobos, le sobra ternura para desviarlos de los despeñaderos.

Aun sobre eso, es el más inocente de las culpas de su padre. ¿Qué sabe él de traiciones y perjurios? ¿Qué valdría á los dioses su sacrificio, si su lengua, no enseñada todavía á hablar claro, no sabría decirles ni la ocasión de su muerte? ¿Cómo los satisfaría del agravio paterno, si es tan pequeño que acaso profanaría la ceremonia invocando ante el ara misma el nombre maldecido de su padre para que lo defendiera de los sacerdotes?

—Sea entonces la mayor de tus hijas.

—¡Ay! Que mi Turismunda es muy hermosa para dar á la cuchilla ese cuello blanco y redondo, envidia de nuestras doncellas y codicia de nuestros mancebos! Consultad antes con vuestros hijos, y ved si quieren para los dioses lo que ellos quisieran para su corazón.

¿Dormirá eternamente con los gusanos de la tierra la que nuestros príncipes pretenden para encanto de su lecho? ¿Vai

esterilizar por el hierro ese seno robusto preñado de esperanzas, y destinado quizá á encastar prole de héroes que honren la Germania? ¡Ella, tan dulce en la paz, tan animosa en la guerra! ¡Ella, que ha ganado por sí sola más batallas que todos nuestros capitanes, porque cuando acompaña á nuestro ejército los cobardes se hacen valientes por no sufrir sus miradas de desprecio, y los valientes se hacen héroes por verse luego coronados con los lauros que les teje de las encinas sagradas!

—Sacrifica á tu hija segunda. Es blanca y rubia, pero no tiene la hermosura ni el ánimo varonil de la primera. Tímida como la corza que tiembla al ladrido de los perros, no hace héroes en la pelea.

—Pero laboriosa como la hormiga, hace el granero en la casa. Sin sus cuidados, ¿qué sería de nosotros el día en que la edad rinda mis manos? Bajo las suyas se multiplican las de los siervos, menguan los gastos de la vivienda y crecen los frutos de la heredad. Vela para que yo duerma y anda para que sus hermanos reposen.

Nunca el sol la ha visto dormida, ni las primeras estrellas parada. Me pedís más que los dioses: ellos quieren que caiga una cabeza; vosotros que caiga toda una familia.

—Dales tu tercer hijo. ¿Con cuáles razones, ni aun salidas de corazón de madre, podrás defenderlo? ¿Qué bondad verás en él para redimirlo, aunque lo remires con ojos de amor?

—Os confieso que es perezoso de cuerpo y flaco de ánimo.

—Está arrimado á tu casa, no como viga para sostenerla, sino como hierba parásita para chuparla. Derrocha en festines lo que tú aumentaste con la sobriedad. Consume la mies que su hermana siembra, y engulle la caza que sus hermanos matan.

—Confieso que le veo más entre las pieles del lecho que entre los zarzos del monte, y que por su rostro, rasurado á la romana, corre más el vino de las Galias que el sudor del trabajo.

—¿Te ama quizá, ni ama á su gente?

—¡Ha vivido tanto tiempo lejos de mí y de sus tierras! ¡Fué á Roma tan niño!

—Sí; nació con cuerpo deforme, y quisiste que la medicina italiana enmendara á la naturaleza. Nació con entendimiento más torcido que el cuerpo, y su padre quiso que los retóricos de Roma le pusieran entendimiento postizo. Fué con Arminio á la ciudad enemiga, y sus academias le enseñaron el latín y el griego para que maldijera en muchas lenguas del nombre germano. ¿Mald

cirlo? ¡Es poco! ¿Odiarlo? Es noble. No; aprendió á despreciarlo como nombre de bárbaros, nacidos para la esclavitud.

—Pero volvió á su patria.

—Volvió con la misma joroba en la espalda y la misma joroba en el entendimiento. Y encima de ellas trajo todos los vicios de la ciudad prostituta.

Le enseñaron aquellos cortesanos sus afeminamientos, aquellas cortesanas sus bajezas, aquellos histriones á ponerse la carátula para fingir, aquellos cantores á atiplar la voz para engañar. Su espíritu se acobardó en la servidumbre del César, sus miembros se apoltronaron en los triclinios de los banquetes.

¿Para qué servirá á su gente ni á sus padres quien lleva la lira por solo escudo y la copa por único armamento?

La doblez, la cobardía, la traición, la envidia, viven en su cuerpo jorobado, como en morada propia, como la manada de lobos en la concavidad de la peña.

—Serán defectos de mis entrañas, que lo concibieron.

—En mala hora lo concibieron. Parece que su padre, cuando lo engendró, pensaba, más que en la blancura de tu pecho y en el azul celeste de tus ojos, en la negrura de las traiciones que preparaba. Parece

que, en vez de cuajarse su amor en un hijo, sus malos pensamientos se cuajaron en un pedazo de carne.

—No decís sino la verdad. Es descastado, es cobarde, es inútil, es vicioso. Pero, ¡es tan feo! Dijérase que por eso lo sacrifico; ¡como si el corazón de madre fuera corazón de cortesana, que deja lo enteco por lo gallardo!

—¡Sublime pretexto, mujer! Los dioses no quieren, sin duda, el sacrificio de tus hijos, puesto que sólo las deidades pueden inspirarte esa defensa.

Volvamos á los sacerdotes, y digámosles que si por su boca habla el dios de la Ira, por la tuya ha hablado el dios de la Casta, que es la divinidad tutelar de Germania.

UNA BROMA DE CARNAVAL

—

NARRACIÓN PARA LOS DIVERTIDOS

Un manicomio es un cementerio de almas. Y así como la muerte física no tiene recato ni castidad que guardar, la locura, que es la muerte del espíritu, abandona también la honestidad debida al estado social.

En esos panteones de cadáveres que andan fuera del mundo, aunque encima de la tierra, el sér humano, para el cual ya nada existe, vive en soledad con otro sér que existe únicamente para él. Es la comunicación de dos fantasmas en las tinieblas.

La mujer demente procede en esa oscuridad mental, como la mujer cuerda en la oscuridad material; á sus anchas y según sus instintos. Ha perdido el miedo de la vis-

tá ajena. Por eso la locura femenina es, generalmente, incasta.

Hay, sin embargo, excepciones. Éralo, sin duda, la infortunada loca que conocí cierta tarde en una casa de orates.

Cuando entré en el jardín, todas las alienadas continuaron como estaban, sin hacer caso ni cuenta de nosotros. Unas tendidas cuan largas eran: otras medio desnudas de pecho: alguna totalmente desnuda de piernas y dando con ellas en el tronco de un árbol. Solamente ésta de quien hablo, se ocultó detrás de un tilo grande, y se tapó exageradamente el pecho, aunque lo tenía ya cubierto hasta la garganta. Pensé entonces que era menos loca que otras muchas mujeres á las cuales vemos en libertad.

Pero cuando tapó también sus ojos, que eran hermosos, y, con exceso cruel de pudor, ocultó hasta sus manos, bien hechas y bien cuidadas, conocí que estaba fuera de toda razón femenina. Maravillóme más todavía que su recato y afán por abrigarse, el género de abrigo con que se tapaba. Cubría todo su cuerpo larguísimo manto que empezaba liado á la cabeza á modo de rostrillo monjil, tan ceñido, que solamente le dejaba libres los ojos, la nariz y la boca; y encima del manto tenía puesto otro abrigo

impermeable, con amplia capucha que se caló al verme, dejando completamente cubierto el poco rostro que la toca descubría.

Mi curiosidad fué grande, porque ni había barruntos de lluvia que aconsejaran la precaución del impermeable, ni la temperatura pedía tanto abrigo.

—¿Tiene usted frío?—le pregunté para entablar conversación con ella.

—No—contestó dulcemente, pero arrebujándose mejor con su impermeable.—No tengo frío. Tengo... lunares. Y no quiero que me suceda lo que le sucedió á mi amiga Concha. Por eso me he encerrado en este convento; y aun así necesito llevar mi capa de aguas. No hay castidad bastante guardada de la vista agudísima de los hombres. Tienen la mirada líquida.

—No entiendo—dije—lo de la mirada líquida.

—Que es como el agua de la lluvia: cae por fuera, pero se filtra por el tejido de la ropa y cala hasta la carne. Además, no sirve lo espeso del vestido; porque las malas lenguas nos desnudan y descubren lo que cubre la tela.

Pensé que se trataba de una mujer calumniada, y me atreví á decírselo.

—¿Yo calumniada? Mi amiga. Y realmente no fué calumniada tampoco; no dijeron

de ella sino la verdad: que tenía dos lunares.

—¿En su reputación?—pregunté.

—Sí. Es decir, no. En su cuerpo: pero es lo mismo: porque teniéndolos en el cuerpo se tienen en la reputación.

—No lo entiendo—advertí.

—¡No entiendes nada!—repitió con esa ingenua descortesía de los niños y los locos. Sin duda has entrado por equivocación en este convento: aquí están las monjas locas, pero no las bobas. Me explicaré. Como tú sepas que yo tengo lunares en mi cuerpo, los tengo ya en mi reputación. Porque es claro que la gente no puede conocerlos sin mostrárselos: y no se muestran sin daño de la reputación. ¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente—contesté asombrado de la manera de razonar de los locos, más lógica á veces que la de los cuerdos.

—Pero lo misterioso—prosiguió—es que Concha no había enseñado sus lunares á nadie, y sin embargo, todo el mundo los vió. Mi amiga... pero ¡si no era amiga! era más. Éramos como una sola persona repetida en un espejo. En fin, lo que fuera, amiga ó sombra, era un pensamiento virgen, tan virgen, que seguía pareciéndolo después de casada. Casó muy joven, é hizo del matrimonio una religión en que el hogar

era el templo, la cuna de su hija el altar, y su marido, su Enrique, el Dios en quien adoraba de día y soñaba de noche.

Era una mujer de sociedad por fuera y una monja por dentro. Monja con el mundo por claustro, que es el linaje de virtud más difícil y meritorio. En ella era la castidad más todavía que un voto; un sentimiento natural: y era la pureza una luz; la tenía y la comunicaba á los demás. Su cara daba gozo por hermosa y miedo por severa. En suma, una de esas mujeres por las cuales todos los hombres son capaces de volverse locos para amarlas, y todos se vuelven cobardes para pretenderlas: y aun si hubiera alguno bastante osado para enamorarla, se hubiese contenido antes de conseguirla, por esa dulce compasión que siente quien va á deshojar un flor delicada.

La defendían, como triple muralla, su amor conyugal, su virtud y sus apariencias, que en junto la guardaban de tentaciones propias y de osadías ajenas.

Pero ni esto bastó para su seguridad; porque el diablo sopló una noche, y murallas, altar y Dios rodaron por tierra.

Según iba hablando, la loca se exaltaba tanto, que hasta descubrió sus ojos para clavarlos en los míos, escudriñando la sensación que su relato me producía.

Entonces ví de cerca y de lleno su rostro, que era de hermosura indudable, á pesar de esa impasibilidad estatuaria, de esa falta de vida, de esa que pudiera llamarse opacidad de la fisonomía de los dementes, que les da aspecto semejante al de una lámpara apagada.

Comprendí, por su actitud, que tenía interés en ser preguntada, y en que le diera pie para seguir su narración.

Lejos de retraerse, se mostraba comunicativa.

Se encontraba frente á frente de su manía.

—¿Flaqueó?—la dije accediendo á su deseo secreto.

—¡No!—contestó con energía.—Ni flaqueó ni fué calumniada. Dijeron de ella una de esas verdades que hacen más daño que la calumnia.

Era tiempo de Carnaval, cuando el diablo anda suelto, unas veces por las calles, con su traje sucio y su rabo de percalina, y otras por los salones, con su capa veneciana de raso.

Concha asistía á una mascarada en un salón aristocrático. Se había quitado la careta antes que nadie, porque ni gustaba de dar bromas, ni temía recibirlas, como otras muchas mujeres que se ponen la careta por

lo que se la ponen los floretistas, para seguridad de la piel, pues sólo yendo desconocidas van respetadas.

Iba del brazo de Enrique, su marido, cuando un máscara—el diablo de la capa veneciana—dijo á Concha:—Adiós, Vestal.

—No lo dirás por el traje—respondió Concha, que vestía de diosa de la locura.

—Cada uno se disfraza de lo que no es: por eso precisamente se llama disfraz. Si tuvieras alma y vida de loca, te vestirías como esas vestales y beatas que á esta misma hora llenan de escándalo y de vino el salón del teatro Real. Pero mucho cuidado, marido dichoso,—añadió encarándose con Enrique—porque también las vestales tienen... lunares.

Enrique, que realmente confiaba en la virtud de su mujer, contestó riendo:

—¿En su vida?

—Más adentro—repuso el máscara.

—¡Bah! Será en la conciencia—dijo Concha, también con la risa serena de quien está seguro de su conciencia.

—No, más fuera.—Y bajando la voz, añadió el máscara:—Tus lunares están en la carne.

—¡Mientes!—replicó Concha entre avergonzada y sobrecogida.

—¿Miento? Estoy viéndotelos ahora mis-

mo, porque mi careta es milagrosa: da á quien la lleva el dón de la doble vista. Voy á demostrarlo.

Y metiendo la cabeza entre las de Concha y Enrique, de manera que su boca caía junto á los oídos de ambos, y hablando en esa voz bajísima con que se dicen los secretos interesantes, el máscara señaló los sitios del cuerpo donde Concha tenía sus lunares.

La pobre muchacha sintió un estremecimiento frío por todas sus carnes: porque, efectivamente, tenía en ellas dos graciosos lunares, y aquel hombre los señalaba con certeza y puntería tales, que, á no haberlos visto muchas veces, fuera imposible acertarlos.

Y el de la capa veneciana desapareció rápidamente, confundiéndose entre aquella colmena bulliciosa de máscaras que llenaban los salones.

Fué grande la turbación de Concha, y no menor la sorpresa de su marido, quien, por pruebas palpables y precisas, veía que eran conocidos de otro hombre secretos reservados exclusivamente para él: encantos tan recónditos que sólo pueden verse á la luz de un altar ó al fuego de un pecado: mediando un sacramento ó mediando un vicio.

Concha no supo cómo contestar á aquella revelación. Enrique buscó al máscara para exigirle explicación seria del misterio; pero no lo encontró entonces ni después en toda la casa.

—¿Qué es esto? —preguntó Enrique cuando volvió al lado de su mujer.

—No lo sé—contestó ella con perfecta candidez.

—Pues nadie, sino Dios y tú, podéis saberlo, fuera de ese hombre que ha dicho verdades que yo únicamente puedo conocer, siendo tú honrada.

—Pues en el caso presente no lo saben sino Dios y ése, que debe ser el diablo.

Concha sufrió entonces la primer injuria de palabra y de obra de su marido que, asiéndola violentamente del brazo, la condujo á casa.

***

La calumnia, aunque por diversas causas, produce á veces en las conciencias puras los mismos efectos que la acusación verdadera de un delito.

No hay espíritu bastante sereno para oirla con desprecio; perturba más cuando es menos merecida.

El rostro de Concha palidecía; su voz tem-

blaba como si realmente hubiese en ella pecados por que temblar y palidecer. La felicidad del matrimonio murió de aquella puñalada traidora; porque ante un hecho innegable, toda sospecha era fundada y toda excusa imposible.

El marido exigía, con derecho, explicación, y la mujer no podía dársela, porque era la primera en ignorar cómo y por qué otro hombre que su Enrique conocía aquel secreto. Y así la desconfianza del uno y el tormento de la otra formaban como esos nudos ingeniosos que se aprietan y enredan más cuanto más manoseados.

Enrique desconfiaba, porque Concha se atolondraba al contestarle; y Concha se atolondraba, porque Enrique desconfiaba al preguntarle. Y su situación no tenía salida.

—Si no hay en ti traiciones, habrá á lo menos descuidos—le decía Enrique con ese amor noble que desea abrir caminos de salvación para su fe.

Pero Concha, por más que examinaba su vida, no recordaba caso en que nadie pudiera haber visto sus lunares.

Su misma exagerada castidad la condenaba.

—Ya que no recuerdes, inventa. Inventa algo para mi tranquilidad y tu decoro.

Miente siquiera, que así demostrarás que los estimas.

Pero Concha no mentía; la pobre no había aprendido á mentir, porque jamás lo había necesitado.

Y Enrique acabó por convencerse de que Concha había faltado hipócritamente á sus deberes conyugales.

Aquella noche fué para los amantes esposos como una pesadilla con los ojos abiertos. Quedó en ella roto para siempre el vínculo consagrado con la doble consagración del sacramento y del amor.

El estallido de los celos es pronto, como el estallido de la tormenta. O mata con su primer rayo antes que lo veamos, ó no mata nunca. Cuando se le ve, ha pasado sin herir. Rayo diferido, es rayo apagado.

Enrique no tuvo la fiereza de matar á su mujer en el primer ímpetu celoso. ¡Ojalá la matara; porque así Concha hubiera sufrido solamente un golpe y una muerte en un minuto de terror y otro minuto de agonía!

Enrique lloró su desengaño y abandonó el cuarto de su mujer, dejando de ver por vez primera aquellos lunares que eran ahora los puntos negros con que terminaba una historia de confianza y de felicidad.

Concha quedó sola, inmóvil, clavada en un sillón. Paralizadas su voluntad y sus

energías, no las tuvo ni para defenderse ni para resignarse. ¡Contra quién había de emplearlas, si combatía con un fantasma impalpable! Si Enrique la hubiera acusado por sospechas, su dignidad se hubiese levantado para desvanecerlas ó para desdeñarlas. Pero la acusaba con hechos demostrados.

Si hubiera sido realmente infiel, su ira cayera sobre el amante indigno que hubiese revelado los favores recibidos. Pero era inocente.

Pasaba por su sér el dolor más terrible de los dolores: el dolor seco. Rugía dentro de su cabeza una de esas tempestades sin agua, que ensordecen con sus truenos y encienden la temperatura, en vez de templarla con lluvia consoladora. El llanto es la sangre del alma: si afluye á ella y se agolpa cuando debe circular por sus corrientes propias, sobreviene la congestión, y con la congestión la parálisis del pensamiento y del sentimiento.

¡Cuánto padeció la pobre! Yo lo sé mejor que nadie, porque estuve toda aquella noche dentro de su corazón, y al salirme seguí padeciendo como si ella estuviese entonces dentro del mío.

Perdíase su razón en aquel misterio, como se pierde cuando intenta penetrar los misterios de la existencia.

¿Cómo y en cuál momento y quién pudo sorprender sus secretos corporales? ¿Algun descuido en el baño? ¿Alguna sorpresa en el sueño? Eran imposibles. Los dos santuarios de su castidad, la alcoba y el cuarto de baño, se cerraban hasta para su doncella, mientras no estaba completamente cubierto lo que debe cubrir el pudor. Ni aquella Virgen de la Concepción, colgada junto al lecho, á la cual rezaba todas las noches al acostarse, pudo nunca fijar sus ojos purísimos en las no menos puras carnes de su patrocinada, porque Concha apagaba la bujía después de rezar y antes de despojarse de aquellos lienzos interiores, más blancos aún que por su limpieza propia, por la limpieza del alma que envolvían.

Concibió después una sospecha horrible. ¿Habrían abusado de ella por medio de un narcótico? Pero ¿cuándo? Jamás se había separado de su madre, cuando soltera, ni de su marido cuando casada. Luego, fuera ya de razón, sospechó hasta de la inocencia de su hija. Mas la pobre niña estaba en esa edad en que los ojos miran sin ver y la lengua balbucea palabras sin recuerdos.

Fuése al cuarto de su marido y le expuso todas estas razones. Pero resultaron contraproducentes.

—Esas serían—le contestó—las maneras

honradas de explicar el hecho, y tú misma me estás convenciendo de que son imposibles. Y como el hecho es innegable, no queda sino la explicación que deshonra. Para mí has muerto. Vístete. Voy á entregarte ahora mismo á tus padres como se devuelve una moneda falsa. Nuestra hija vivirá contigo hasta que cumpla los siete años. Después la recogeré para educarla á mi modo. Más vale que aprenda vicios claros al lado de un hombre solo, que hipocresías traidoras de su madre.

Ante la injusticia de su marido y de su suerte, Concha, en vez de romper á llorar, rompió á reir. Abrió desmesuradamente los ojos, y por sus anchas aberturas comenzó á ver con claridad la causa de su desdicha. Entonces dió un grito de terror; cogió el hule que había al pie del lavabo, y se envolvió con él. Comprendió todo el misterio. El máscara del baile tenía la mirada líquida y había calado hasta los lunares.

¿Entiendes ahora bien lo de las miradas líquidas, y entiendes por qué me tapo con esta capa de hule?

La loca acabó aquí su historia. Volvió á cubrirse cuidadosamente y se apartó de mí, escondiéndose tras los árboles del jardín.

***

El médico director del manicomio completó entonces el relato.

Concha, la amiga de la loca, era la loca misma, que ponía su historia en cabeza ajena.

Sus recuerdos no alcanzaban á más de lo referido.

—Después de aquella noche de angustia—prosiguió el doctor—Enrique, doblemente inquieto de una parte por lo sucedido, y de otra por el estado anómalo de su mujer, la condujo al domicilio paterno. Era el amanecer, la hora en que volvían á sus hogares las gentes alegres que habían pasado la noche de Piñata en los bailes de máscaras.

No bien hubo entrado en el gabinete, Concha profirió un nuevo grito de espanto, y fué á esconderse detrás del piano, exclamando:

—¡Ahí está, ahí está otra vez el hombre de la mirada líquida!

El que allí estaba, vestido todavía con su capa veneciana, no era otro sino el propio padre de Concha, el cual regresaba en aquel momento del baile de la marquesa de N.

Refirióle Enrique lo acontecido.

—¡A quién se lo cuentas!—dijo el padre riendo á carcajadas. ¡Tontines! ¡Si he sido yo quien os ha dado la broma de los luna-

res! ¿Quién si no yo podía conocerlos, ni quién señalarlos mejor que el padre que ha criado, vestido y bañado tantas veces á tu mujer, cuando era una muñeca de carne y hueso?

—¡Buen rato y buen susto me ha dado usted con su broma!—dijo Enrique lanzando uno de esos amplios suspiros de tranquilidad que vuelven el alma al cuerpo.

Marido y padre explicaron el caso á Concha. Pero la explicación llegaba tarde.

Seguía gritando y mirándolos con ojos de imbécil, sin entenderlos ni conocerlos. Se había vuelto loca, y en aquel cerebro cerrado y oscurecido no penetraba ya ni penetró más la luz de la razón.

La demencia adquirió en poco tiempo tales vuelos y proporciones tan alarmantes, que fué necesario encerrar á esta pobre señora en el manicomio.

Su padre murió un año después, acongojado por las consecuencias de su broma de Carnaval. Lo mató la tristeza de haber sido demasiado alegre en su vida.

—¿Y confía usted en la curación?

—Poco, porque la doliente tiene mucha vergüenza y ésta es la peor colaboradora en su locura. Padece realmente la manía de la castidad. Sin embargo, se ha ganado terreno en este último año. Su locura es dul-

ce, tranquila y muy simpática. Fuera de los accesos, discurre bien y habla con patética elocuencia. Conoce y recuerda su historia, y la cuenta con todos los pormenores; solamente confunde y trastrueca su personalidad, atribuyendo, como usted ha visto, sus desgracias á una amiga íntima, en cuyo cuerpo vivió algunas horas. Se figura ser una monja que ha profesado en este convento, temerosa de que le suceda lo que á su amiga, porque tiene lunares cómo y donde aquella. Se exalta únicamente cuando ve á los hombres, y más si son desconocidos. Está convencida de que tienen la mirada líquida.

Esa es la manifestación de su locura: la razón de su sinrazón.

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR

—

NARRACIÓN PARA LOS JUZGADORES

¡Alerta! ¡Alerta! gritaban y repetian los centinelas del cuartel, convertido en plaza fuerte con improvisadas obras de defensa.

Ejecutábase entonces en España el parricidio periódico con que los liberales desangran, quizá inocentemente, la libertad, y robustecen, también sin buscarlo, el amor del orden, que gana en un año de anarquía más que en un siglo de opresión.

En el pueblo se había roto la presa natural de los derechos, y en el ejército la desconfianza y la indisciplina pisoteaban el altar de la fe mutua y la obediencia satisfecha, mandamientos supremos de la religión militar.

No eran, pues, muchas tales precauciones ni excusadas la fortificación y vigilancia, y

menos cuando estaban en sedición las tropas del otro cuartel de la ciudad y ésta en poder de las turbas que habían proclamado en ella el cantón. El cuartel corría dos peligros á la par: el de ser atacado por los de fuera ó vendido por los de dentro.

El regimiento alojado en él era de los pocos cuya disciplina quedó en pie en aquel terremoto de la ordenanza y la autoridad.

Por esto el gobernador militar se había refugiado en aquel único paraje donde la suya era reconocida y acatada.

Al capitán López se le había confiado el mando y defensa de la línea exterior, consistente en un atrincheramiento construído con faginas y en forma de luneta, delante de la única puerta del cuartel para protegerla del ataque esperado, mas no temido, por aquel puñado de leales. Era el punto flaco, porque el edificio ni tenía medianería por donde entrarlo, ni era de temer un asalto por las ventanas, guardadas por fuertes rejas y por la fusilería que en ellas se parapetaba detrás de jergones, mantas y toda especie de menaje y equipo que se hubo á mano en cuadras y almacén.

***

El capitán López era militar por oficio y por vocación. Hombre brusco y áspero por

fuera, se comparaba con esos frutos de cáscara dura que contiene delicado manjar, á diferencia de los que tienen la corteza fina y el hueso dentro.

Procedente de la clase de tropa, había hecho su carrera á fuerza de años y de golpes. Sus ascensos estaban firmados con su sangre, prodigada en la campaña de Africa y en las guerras civiles.

Todos sus amores y ternuras se habían concentrado en su hija, niña de diecisiete años, tan hermosa como sencilla, que vivía con él en su pabellón del cuartel, apartada del trato mundano, y casi siempre en la soledad que llevan forzosamente á la casa los deberes, guardias y ejercicios de la profesión militar.

Viudo á los pocos años de casado, había desempeñado para ella dobles funciones: las de padre por naturaleza y las de madre por necesidad. Parecería ridículo, si no fuera conmovedor, ver cómo aquel soldadote de mal genio se dejaba arrancar los bigotazos por su hija cuando párvula, saltaba con ella cuando niña, y le desarrugaba el vestido cuando moza.

Por eso también la amaba con dos cariños: el paterno, que era suyo, y el materno, que suplía.

López, á pesar de sus años no cortos y

sus servicios ya largos, no había pasado del empleo de capitán, porque nunca había desobedecido á los poderes. Era un brazo pegado á su bandera y á su Gobierno, fuese cual fuese; defendía la libertad contra los carlistas con el mismo celo que el orden contra los cantonales, y había dado á los moros infieles de Tetuán sablazos tan fuertes como á los curas católicos de Vizcaya. Su religión era su hija, en quien adoraba, y su política la obediencia, que no discutía.

***

Paseábase nuestro bravo oficial á lo largo de la trinchera, vigilando su compañía, puesta sobre las armas, y á sus centinelas, puestos en los sitios avanzados.

Andaba satisfecho con la muestra de confianza que sus jefes le daban, entregando á su lealtad la puerta del cuartel en aquellos días de prueba, y más satisfecho con la esperanza y ocasión de prestar algún servicio extraordinario que le valiera el ascenso, por todos apetecido, y no por todos ganado, como debe ganarlo el buen militar: bajo la ordenanza, al frente de su tropa y en función de guerra. Paseo arriba, paseo abajo, desde el atrincheramiento á la puer-

ta del cuartel, y desde la puerta al atrincheramiento, iba y venía, sin dar reposo á los pies ni á los ojos; porque recelaba del sargento Campos, primero de su compañía, mozo levantisco y ambicioso, de quien se fiaba poco en el regimiento, porque días atrás se le había visto en trato y compañía de gentes que ahora figuraban en el movimiento cantonal.

Capitán y sargento se celaban y se temían recíprocamente, porque el capitán sabía que su subordinado era muy capaz de venderse al primer descuido, y el sargento no ignoraba que su capitán era asimismo muy capaz de dejarlo seco de un tiro al primer movimiento sospechoso que en él advirtiera. Y ambos conocían exactamente sus respectivas intenciones.

Mediaba ya la noche, y, según noticias llegadas de afuera, los sediciosos habían señalado para atacar el cuartel aquella hora, como la más propicia para sorpresas y combates irregulares, en que todo se fía de la confusión y el desorden.

Como era todo oídos nuestro capitán, no dejó de percibir un golpe seco producido por una cosa caída casi á sus pies.

Llamóle la atención, y la recogió del suelo, hallando un papel, en el cual iba envuelta una bala de carabina, sin duda para fijar

bien la puntería hacia el punto donde debiera de caer.

Esta circunstancia picó más su curiosidad, y desdoblando el papel, vió que no era sino una carta dirigida al propio capitán, según pudo entender por lo que leyó á la luz de la luna, que, aunque no muy clara aquella noche, bastaba para descifrar las gordas letras del sobrescrito.

—¡Bah! — dijose. — Lo de siempre: confidencias que luego resultan falsas: obra de algún mal intencionado que delata á un enemigo para perjudicarle.

Y continuó su paseo.

La curiosidad, aunque tiene nombre de mujer, suele, por lo mismo, enamorar á veces á los hombres. Y el nuestro, que retenía en su mano la carta, fué rompiendo el sobre como por jugueteo, y después extrajo el papel contenido y luego lo desdobló, y al fin se lo puso delante de los ojos.

La luna no alcanzaba á iluminar bien aquella letra, menos gorda que la del sobre, y el capitán siguió paseando. Pero sus pasos cambiaron de dirección: en vez de pasear, como antes, á lo largo de la fachada del cuartel, paseaba desde la puerta hacia la trinchera, y á cada paso se retiraba más de la trinchera y se acercaba más á la puerta.

¿Por qué? Á la parte de adentro de la puerta estaba el cuerpo de guardia, y en el cuerpo de guardia había un farol encendido. Y á los pocos pasos, andando, andando, se halló, sin saberlo, debajo de la luz y con la carta ante los ojos.

Decía así aquel escrito:

"Mientras velas como un héroe por tu ho-„nor militar, descuidas, como un tonto, el „honor de tu casa. ¿Crees que tu coronel te „ha mandado á la trinchera para que te luz-„cas? No: para lucirse él con tu hija, cuyo „cariño te roba. Más te valdría vigilar tu „pabellón.„

—¡Eso quisieras, mal bicho! ¡Como si yo no conociera los ardides de la guerra!

Y echando un fuerte taco por la boca y una llamarada de ira por los ojos, se guardó en el bolsillo el anónimo, creyendo firmemente que no era sino un ardid de los revolucionarios para alejarlo del puesto que defendía.

Y continuó paseando. Pero sucedió con el pabellón lo que antes con la carta. Los lugares donde se ama ó se teme algo, tienen, como el mar, resacas que tiran hacia ellos, sin que la voluntad pueda resistir aquella succión invisible. El capitán sentía

una impaciencia, un hormigueo, un desasosiego que le atraía á lo interior del cuartel.

Quería pasear hacia el cuerpo de guardia, y, sin embargo, paseaba hacia el patio. Contaba sus pasos, y ni una vez andaba uno más que la anterior. Sin darse cuenta de ello, acortaba el paseo cuando iba hacia la puerta, y lo alargaba cuando iba hacia el patio interior; de suerte que con los mismos pasos se acercaba más al patio cuanto se acercaba menos á la puerta.

Y así andando, en desproporción progresiva, bien pronto se halló en un ángulo del patio desde donde veía completamente la ventana de su pabellón. La resaca le había sorbido.

Estando allí, ¿cómo no mirar á la ventana? Y mirando, ¿cómo no ver lo que dentro pasaba? Porque la ventana era grande y no alta, de modo que desde el patio podía registrarse buena parte del cuarto.

Alumbrábalo una lámpara que, puesta junto á la ventana, proyectaba sobre la pared de enfrente las sombras de los objetos que se interponían; y así desde la parte de afuera, si no se percibían directamente, se veían delineados en la pared, como se dibujan en el lienzo las imágenes de la linterna mágica. De esta manera se dejó ver dos ó tre-

veces el busto gracioso de la hija del capitán, la cual pasaba de un lado á otro de la habitación.

Nada tenía de particular que aquella niña estuviese en vela á hora tan avanzada; al contrario, era natural que no durmiera en noche de peligro para su padre. Pero no parecía tan natural el aliño de su tocado, ni propio de la soledad aquel accionar de manos y movimiento de cabeza usados sólo en la conversación.

Llamado y sujeto por esa novedad, nuestro hombre no podía quitar ojo de la pared, ni pie del sitio en que se encontraba. Eran de ver los esfuerzos de voluntad que hacía para continuar su paseo y su vigilancia. Miraba un instante al cuerpo de guardia; si daba dos pasos hácia él, tenía los ojos vueltos á la ventana, y á los dos pasos volvía pie atrás y cambiaba de frente, creyendo que ya había vigilado suficientemente. La sombra de su hija seguía dibujándose en la pared, siempre accionando como si hablase con segunda persona. Pero la sombra esperada, la sombra temida del otro interlocutor, no aparecía, por más que el espectador tomaba diversos puntos de vista, ya empinándose, ya inclinándose á derecha é izquierda.

Hubo un instante, sólo un instante en que

sobre el lienzo mágico se perfiló un brazo, un tercer brazo indudablemente, puesto que los dos de la sombra femenina estaban en dirección opuesta, y además aquel era más fuerte y estaba más alto.

Pero el brazo desapareció como uno de esos fantasmas instantáneos que pasan saltando en los espectáculos de sombras chinescas. Y otra vez apareció y desapareció del mismo modo media cabeza varonil, como aislada en el aire y que no parecía pertenecer á ningún cuerpo; éste quedaba fuera de la proyección de la luz.

Aquello era realmente una visión de linterna mágica, con sus apariciones rápidas, sus posturas caprichosas, su lenguaje mudo: todo muy divertido para un espectador indiferente, muy trágico para quien conocía el misterio de la representación y el impulso real que movía aquellos fantasmas pintados en la pared.

¡Qué palpitaciones duras, qué tormentos agudos no lacerarían aquel corazón que tenía tendida un ala fuera del cuartel adonde le llamaba su deber, y puesta la otra ala en aquel aposento interior donde le requerían á voces su cariño y su honor paternal!

¡El combate con los cantonales, con su fuego atronador y su sangre á torrentes, hubiera sido para él idilio feliz junto al

combate sin estruendo y sin sangre que se libraba en su corazón!

Fué, sobre todo, angustiosísimo el momento en que se hizo el relevo de centinelas en la trinchera. ¿Cómo ni por quién nuestro rígido capitán hubiera faltado en ocasión tan comprometida á aquel acto del servicio? Advertido de él, sacudió bizarramente el marasmo que allí le embargaba y se encaminó á la puerta del cuartel: mejor dicho, intentó encaminarse, dando hasta tres pasos al frente; pero tuvo la debilidad de volver la cabeza atrás y sufrió el mismo castigo que sufrieron las hijas de Lot, también por pecado de curiosidad: quedó como ellas inmóvil y petrificado en su sitio.

¿Por qué? El cuadro se completaba ante su vista atónita. Junto al busto de su hija, y como ciñéndola el cuello, aparecieron dos brazos de hombre: siguiendo á los brazos, asomó una cabeza ya claramente dibujada: la cabeza más alta se inclinó: la más baja se irguió: ambas se encontraron á nivel y se aproximaron hasta confundirse y formar una sola masa de sombra, sin línea interior que las distinguiera, como si las dos se hubiesen compenetrado á la manera que se compenetran los seres incorpóreos.

El capitán reconoció indudablemente la cabeza arrogante, la cara juvenil, los bra-

zos fuertes del coronel, confundidos con la cabellera rizada y el rostro delicado de aquel ángel seducido por el amor. Aquella conjunción de las dos sombras en la pared representaba ciertamente la conjunción de dos bocas en el espacio.

¿Qué sucedió luego? El capitán no lo vió, porque tan rápido anduvo, que al segundo beso él estaba ya en la escalera de los pabellones.

***

A esta sazón, dos tiros disparados en la trinchera anunciaban el ataque del cuartel. El capitán, ensordecido por la ira que en olas de sangre le golpeaba el cerebro, no oyó claramente el tiroteo, ni aunque lo oyera le hubiese ya detenido. Llegó á saltos á su pabellón, y antes de llamar á la puerta, se abrió ésta. La abría desde dentro el propio coronel, quien, sorprendido por los disparos, dejaba á su amante para acudir á su puesto. El capitán se abalanzó y abofeteó á su jefe: éste se defendió, y luchando á brazo partido, ambos dieron en el corredor en el instante mismo en que el General y otros jefes y oficiales salían también de sus pabellones, llamados por el tiroteo, que era

cada vez más nutrido. El coronel hubiera muerto seguramente, si los oficiales no arrancaran de manos del capitán el revólver con que le apuntaba. Naturalmente, fué arrestado.

Mientras esto pasaba arriba, el resto del cuartel parecía un infierno suelto. Los oficiales mandaban ¡fuego! sin ser obedecidos: por todas partes se oía la palabra "traición„ mezclada con los vítores á la federal y los mueras á la Ordenanza. La guardia principal, seducida y mandada por un sargento, había entregado la puerta, y los soldados del regimiento fraternizaban con los sediciosos venidos de afuera. La rebelión se había hecho señora de todo.

***

No duró mucho tiempo su señorío. Las tropas del Gobierno de Madrid, que marchaban sobre la ciudad, entraron en ella, y cantón, gobierno federal, pobres diablos convertidos en héroes, en ministros, en generales, toda aquella mascarada tragicómica se deshizo como humareda negra.

Vinieron entonces aquellos días de atriciones y arrepentimientos, efectuándose en el país, como en el Gobierno, la retrocesión del miedo. A la blandura casi indiferente sucedió el rigor casi excesivo: flujo y re-

flujo común en las marejadas políticas, que retroceden en la medida que antes avanzaran. En aquella inundación de ideas y delirios se desbordaron con las aguas limpias las cenagosas, y urgía recogerlas á su cauce. Se habían soltado vientos de tempestad, y hubo que encerrarlos en los cañones de la artillería y de los fusiles.

Vencida la sedición, los sediciosos y la soldadesca desenfrenada fueron sometidos á los consejos de guerra. La vieja Ordenanza militar empezaba á restaurarse, y su prodigada pena de muerte iba á ser restablecida en los hechos como lo estaba en el derecho.

El capitán era acusado de complicidad con los sediciosos; de abandono de su guardia en el momento preciso del ataque y enfrente del enemigo. Á más de esto, había abofeteado á su jefe y hecho armas contra él para impedirle la acción y secuestrarle la autoridad cuando iba á ponerse á la cabeza del regimiento. Delitos tan graves estaban probados plenamente, puesto que el reo había sido preso *in fraganti* por el mismo general gobernador de la plaza. No tenía, pues, defensa; y la Ordenanza, el honor del ejército, la opinión pública y la actitud del Gobierno le imponían á una voz la pena de muerte.

Había dos caminos por donde, á más de salvarse él, se hubiera trocado en simpatías la abominación universal: su declaración propia y la declaración de su coronel.

Cuanto á la hija, aunque quisiera salvar lo, y lo hubiera querido, á costa de su buena fama, ignoraba en absoluto el encuentro de su padre y su amante. Muy al revés de eso, pensaba que el caso había ocurrido en otro momento y lugar, y por las razones políticas que de público sonaban.

Por lo que hace al coronel, no comunicaba con el mundo. En la refriega del cuartel había recibido un balazo que le tenía en cercano peligro de muerte y privado del habla y del conocimiento. Y el honrado capitán era tan infeliz que no podía presentar ante el Consejo la única, pero decisiva defensa que le abonaba.

Es decir, podía; mas no quería salvar su existencia á costa de la reputación de su hija.

Si el coronel viviera para reparar caballerosamente su falta, el padre habría declarado la verdad, con rubor, pero sin deshonra para él ni daño para su hija Muriendo el coronel, como moría sin remedio, la pobre niña quedaba viuda, en la viudez que más perjudica y abochorna, la viudez sin matrimonio, la viudez sin luto exterior, que

no pueden llevarlo los dolores ilícitos.

Ayudando al sentimiento vivo del honor, labraba hondamente el amor paterno. Su consuelo único en los sinsabores del mundo, su único afecto dulce, aquella inocente engañada, perdía para siempre su reputación, sus esperanzas para lo porvenir, las ventajas de un casamiento honrado; iba á ser una pobre muchacha seducida, no se sabe si por el amor ó por el deleite, si por candidez ó por vicio, una mujer de esas pretendidas únicamente para el concubinato, que sale bueno de cualquier fuente, pero rechazadas para la maternidad casta, que fluye sólo de la virginidad.

Y todos estos males y vergüenza eran producidos por la confesión de su propio padre, hecha en un proceso público y conocido en toda España.

¡Ah! ¡Prefería ser fusilado por traidor á su bandera, antes que vivir por traidor á su sangre!

El humo de la pólvora era nube piadosa que encubriría para siempre el secreto de aquella desdicha. Á más de esto, ¿qué significaba la muerte para un militar cuyo oficio es matar y morir?

Tratábase sólo de un anticipo, bien usurario, hecho á la muerte, la cual, tarde ó temprano, habría de cogerle, ó en las calles

de una ciudad luchando con los cantonales, ó en las montañas del Norte peleando con los carlistas.

Con estos y otros semejantes pensamientos, discurría el capitán preparándose para la primera declaración.

En el acto del interrogatorio el fiscal instructor le puso de manifiesto la enormidad del delito y el mal estado del coronel.

—¿De modo—preguntó el interrogado,—que el coronel muere?

—Sólo un milagro podrá salvarlo.

—¿Y no podrá declarar en el sumario?

—Es imposible, por desgracia—contestó el fiscal.

El capitán respiró con desahogo, añadiendo:

—En ese caso, hay que atenerse á mi declaración en la sumaria.

—Y á la de los jefes y oficiales que presenciaron el atentado. El hecho está plenamente probado.

—Lo sé, y no voy á negarlo. Me refiero á las razones que yo tuviera para cometer el atentado.

—Supónese, con fundamento, que estaba usted en connivencia con los cantonales para entregarles el cuartel, y que intentó asesinar al coronel para suprimir un estor-

bo y aprovechar el desorden consiguiente.

—¡Eso es una calumnia vil!—respondió el noble capitán indignado.

—Habrá, pues, otras razones.

—Indudablemente: las he tenido.

—Pues debe usted manifestarlas. Primero por servir á la verdad, y después porque pueden influir en el sumario y en la sentencia del Consejo.

—Lo sé.

—Dígalas, que pueden favorecer su defensa.

El capitán calló.

—¿Son de caracter militar?

—No.

—¿Tal vez de caracter privado?

—Eso menos,—dijo el capitán con viveza y bajando la cara para ocultar los encendidos colores que delataban el acierto de la pregunta.

—Entonces hay que volver al primer supuesto.

El capitán volvió á callar.

—¿No confiesa usted su complicidad con los sediciosos? Es igual: la convicción vale tanto como la confesión.

—Jamás confesaré lo que es falso. Podré callar una verdad; pero no profiero una mentira.

Como no fué posible arrancarle una pa-

bra más, el interrogatorio acabó en este punto.

***

El sumario estaba concluído: iba á celebrarse la vista ante el Consejo de guerra; el capitán no ignoraba que sería condenado á muerte, y, sin embargo, se obstinaba en no declarar la verdad, que, constituyendo una circunstancia atenuante, le hubiera salvado por lo menos de la última pena.

Fué condenado, en efecto, y aprobada la sentencia con la brevedad que imponían el ejemplo y el rigor adoptado entonces en casos de disciplina militar.

***

Al entrar en el cuadro el capitán, miró á la bandera del regimiento y pidió permiso para besarla. La besó con devoción y la mojó con lágrimas.

Los testigos del acto maliciaron que pedía secretamente perdón á la bandera por él jurada y vendida. Otros pensaron que lloraba de miedo. ¡Mentiras de la malicia, que se juzga poseedora de la verdad!

Lo que menos asustaba á aquel hombre, era despojarse de la vida; le apenaba morir acusado de deslealtad.

El sargento Campos, que mandaba el piquete encargado del fusilamiento, no daba a voz de ¡fuego! aun cuando se le había hecho la señal para la ejecución. Repitióse la señal, y el sargento continuó mudo y como paralizado, puestos los ojos en el reo y el fusil en el brazo. El ayudante del regimiento tuvo que comunicar personalmente la orden al sargento.

—¡Preparen!—dijo éste, montando á la vez la llave de su arma.

Pero en lugar de añadir ¡fuego! murmuró ¡Dios mio! ¡Es inocente! y cayó desmayado por tierra. Con tan mala suerte, que, al caer, se le enredó el correaje del uniforme en el gatillo del fusil: el fusil se disparó y la bala le atravesó el cráneo, dejándole instantáneamente muerto.

Otro sargento le sustituyó, y la sentencia quedó ejecutada.

¿Faltaba al sargento Campos valor para derramar sangre? No. Le ahogaba el remordimiento. Él era el único hombre conocedor de aquel terrible secreto y de aquella heroica abnegación de un padre. ¿Por qué? Porque él fué quien escribió y arrojó delante del capitán el anónimo que delataba los amores y la entrevista del coronel y la hija del fusilado.

Ambiciones insanas le sugirieron tamaña

indignidad. Quería, como lo consiguió, alejar á su capitán de la puerta para poder franquearla á los revolucionarios, que le ofrecieron un despacho de teniente.

El traidor, que con sus mañas había sabido aparecer inocente y escapar de la ley, no burló á otro jurado más justo y certero que la justicia humana: su propia conciencia lo fusiló como merecía.

***

Ocho días después, el coronel recobró el conocimiento y se enteró de lo sucedido. Su declaración, tardía para salvar una vida, era sólo oportuna para perder una honra. Guardó, pues, dignamente el secreto y, curado de su herida, pidió su licencia absoluta.

Dábale miedo la Ordenanza militar, de la cual había sido uno de los pocos mantenedores en las turbulencias pasadas.

FIN DE LAS NARRACIONES

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Espejismos.....	7
Los anteojos de la edad.....	51
Las recetas de Maese Antón:	
PARTE PRIMERA: *Las peras del olmo*.	87
PARTE SEGUNDA: *Un alquimista del siglo XIX*.	111
Los sueños de la Epifanía.....	133
La caja de cedro.....	205
Placidez.....	231
Cómo argumentan las madres.	251
Una broma de Carnaval.....	263
Traidor, inconfeso y mártir.....	281

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE SEP 26 1925